



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

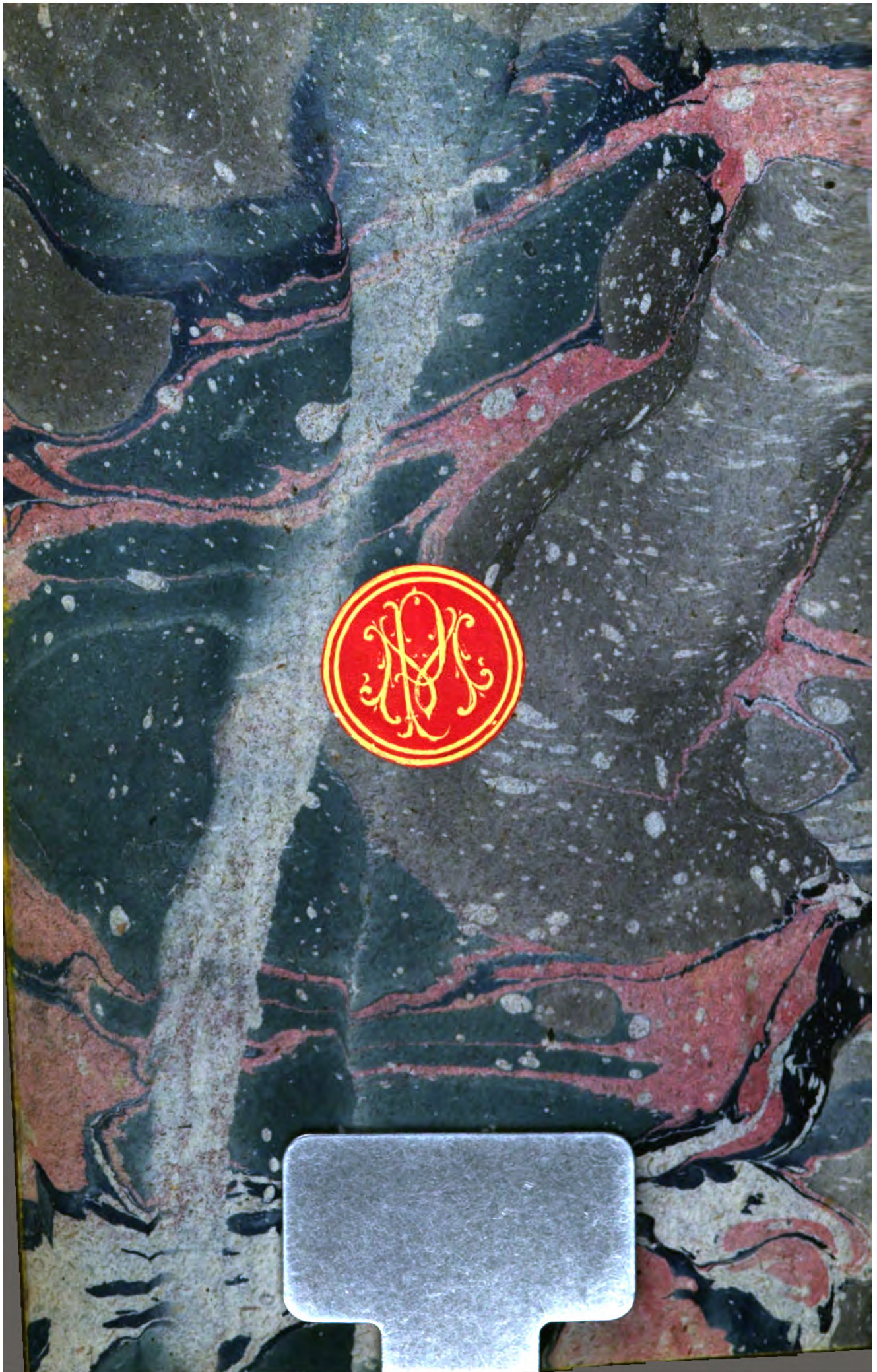
For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>

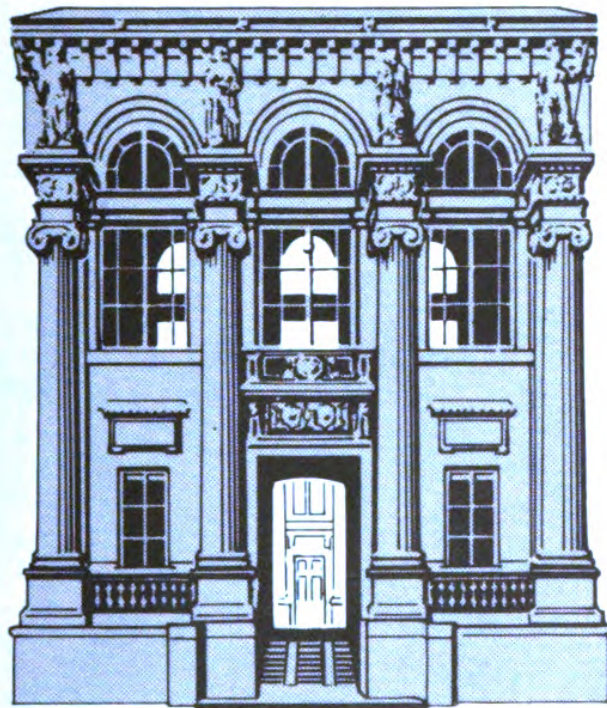


This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



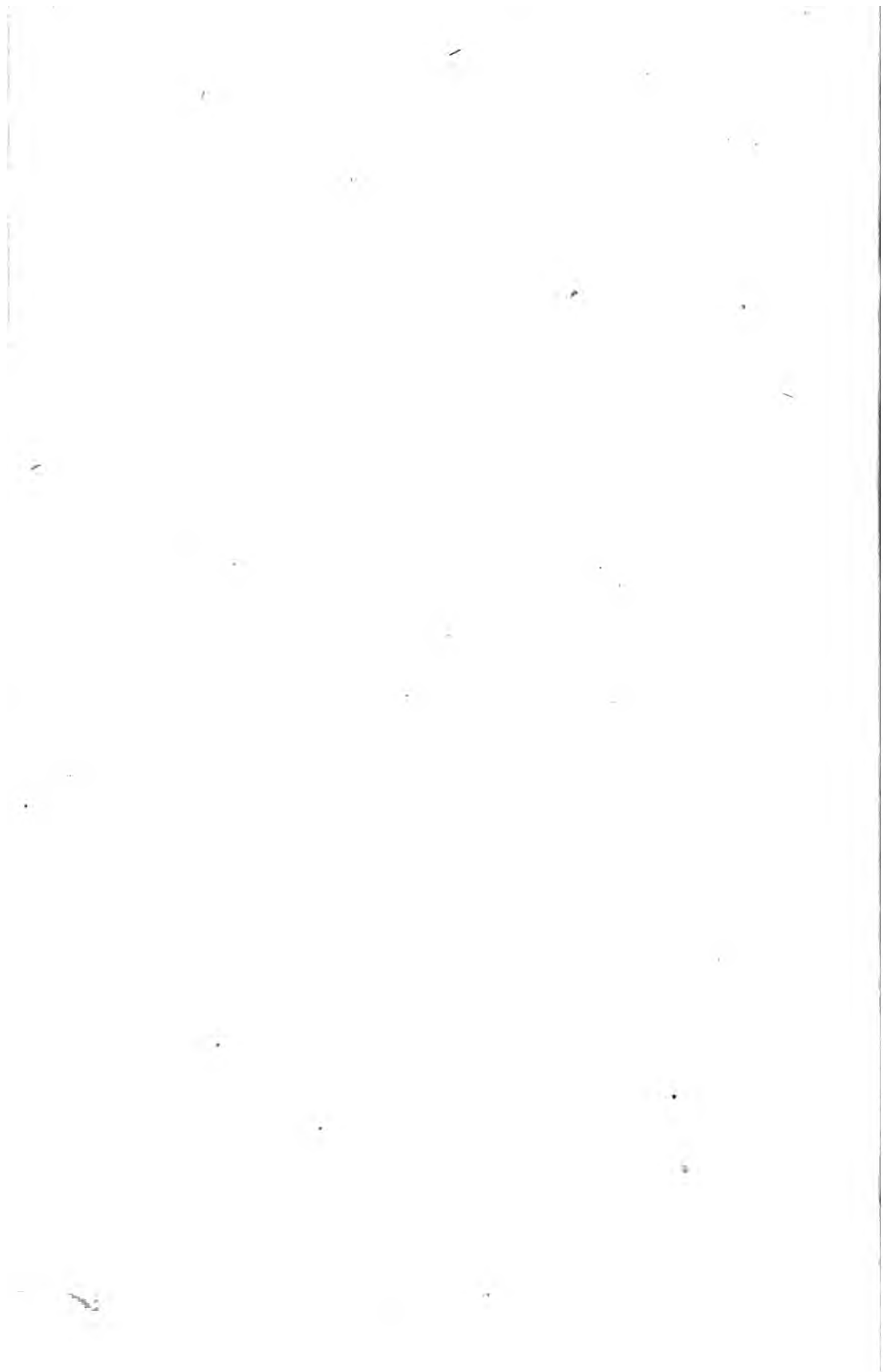


TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY



ST. GILES · OXFORD

Verb. Span. III A, 184



FIGARO.

COLECCION DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES,

publicados

en los años 1832, 1833, 1834 y 1835 en el Pobrecito Hablador, la Revista Española, el Observador y la Revista-Mensajero

POR

D. Mariano José de Larra.

SEGUNDA EDICION.

TOMO TERCERO.

MADRID, 1837.

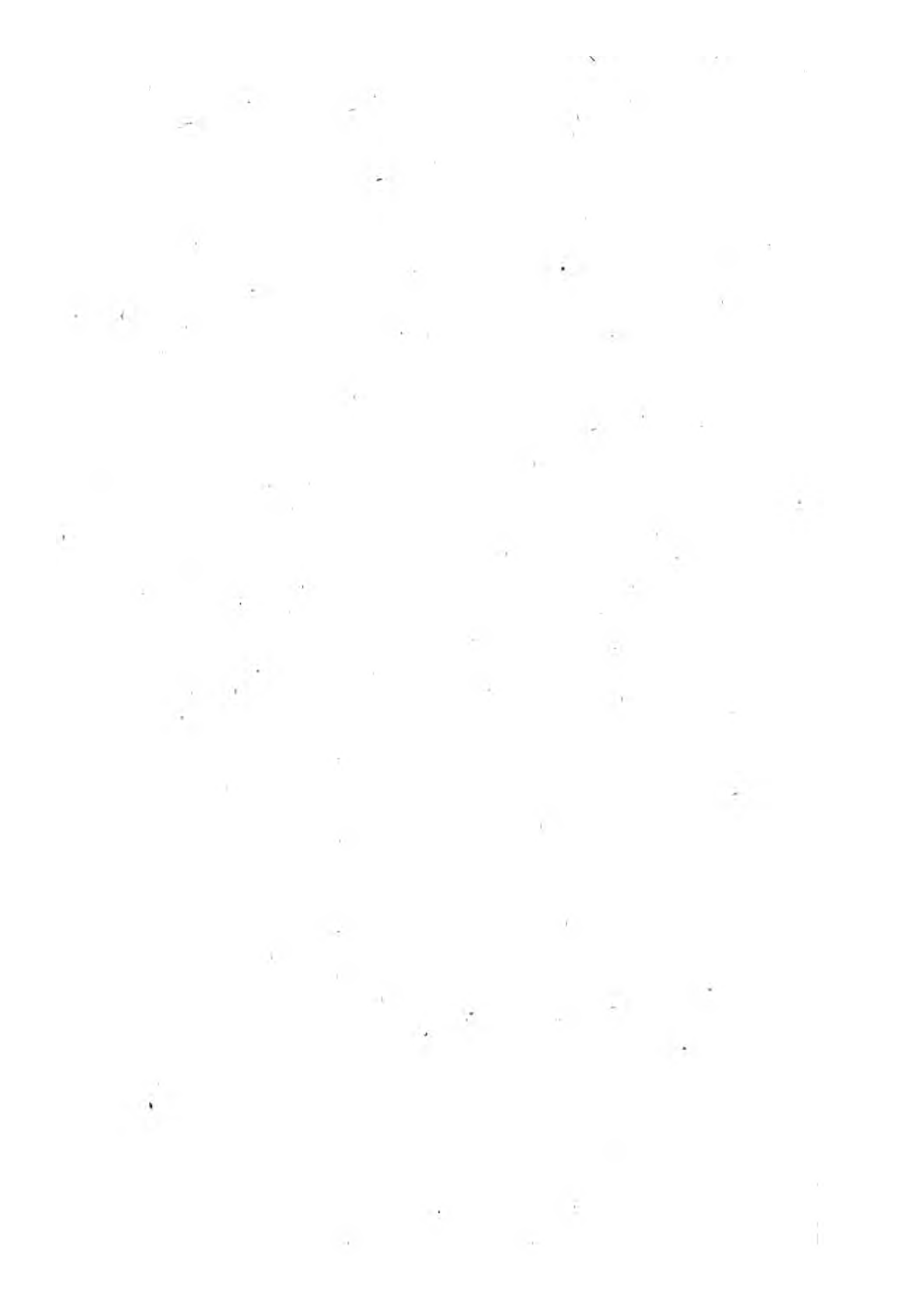


*Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,
calle del Amor de Dios, número 7.*



. On me dit qu'il s'est établi dans Madrid un système de liberté, qui s'étend même à la presse ; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose ; je puis tout imprimer librement, sous l'inspection de deux ou trois Censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un écrit.

BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro*. 1784.





R. E.—Número 450.—16 de Enero.—1835.

LA SOCIEDAD.

Es cosa generalmente reconocida que el hombre es *animal social*, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme á la opinion de los escritores mal humorados que han querido probar que el hombre habla por una aberracion, que su verdadera posicion es la de los cuatro pies, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Háñse apoyado para fundar semejante opinion en que la sociedad le roba parte de su libertad, sino toda: pero tanto valdria decir que el frio no es cosa natural, porque incomoda. Lo mas que concederémos á los abogados de la vida salvage es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad: razon por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar esta. A nuestro modo de ver no hay nada mas facil que encontrarla: alli donde está el mal,

allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Solo los bienes son ilusión.

Ahora bien; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus esfuerzos á los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea: que busque á su hermano, (que así se llaman los hombres unos á otros por burla sin duda) para pedirle su auxilio: de aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error: es todo lo contrario: nadie concurre á la reunion para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella: es un fondo comun donde acuden todos á sacar, y donde nadie deja, sino cuando solo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es por una incomprensible contradiccion aquello mismo que pareceria destinado á disolverla; es decir, el egoismo. Descubierta ya el estrecho vínculo que nos reúne unos á otros en sociedad, escusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesita.

rémolos unos á otros : segunda , que es franca, sincera, y movida por sentimientos generosos ; y en esto no cabe duda , puesto que siempre nos hemos de querer á nosotros mismos mas que á los otros.

Averiguar ahora si la cosa pudiera haberse arreglado de otro modo, si el gran poder de la creacion estaba en que no nos necesitásemos, y si quien ponía por base de todo el egoismo, podia haberle sustituido el desprendimiento, ni es cuestion para nosotros, ni de estos tiempos, ni de estos paises.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino á cierto tiempo ; en un principio todos somos generosos aun, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía ; pero á cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa : entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última. Entonces no hay nada menos divertido que una diversion ; y si pasada cierta edad se ven hombres buenos todavía, esto está sin duda dispuesto asi para que ni la ventaja cortísima nos quede de tener una regla fija á que atenernos, y con el fin de que puedan llevarse chasco hasta los mas experimentados.

Pero como no basta estar convencidos de las cosas para convencer de ellas á los demas, inútilmente hacia yo las anteriores reflexiones á un primo mio que queria entrar en el mundo hace tiempo, jóven, vivaracho, inesperto, y por consiguiente alegre. Criado en el colegio, y versado en los autores clásicos, traía al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y co-

medias se encuentran. Buscaba un Pilades; toda amante le parecia una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el dia que la necesitase. Desengañarle era una crueldad. ¿Por qué no habia de ser feliz mi primo unos dias como lo hemos sido todos? Pero ademas hubiera sido imposible. Limitéme, pues, á tomar sobre mí el cuidado de introducirle en el mundo, dejando á los demas el de desengañarle de él.

Despues de haber presidido al cúmulo de pequeneces indispensables, al lado de las cuales nada es un corazon recto, una alma noble, ni aun una buena figura, es decir, despues de haberse proporcionado unos cuantos fraques y cadenas, pantalones colan y mi-colan, reloj, sortijas, y media docena de onzas siempre en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad, introdújelo por fin en las casas de mejor tono. Un poco de presuncion, un personal escelente, suficiente atolondramiento para no quedarse nunca sin conversacion, un modo de bailar semejante al de una persona que anda sin gana, un bonito frac, seis apuestas de á onza en el *ecarté*, y todo el desprecio posible de las mugeres, hablando con los hombres, le grangearon el afecto y la amistad verdadera de todo el mundo. Es inútil decir que quedó contento de su introduccion. "Es encantadora, me dijo, la sociedad. ¡Qué alegría! ¡Que generosidad! ¡Ya tengo amigos, ya tengo amante!!" A los quince dias conocia á todo Madrid: á los veinte no hacia caso ya de su antiguo consejero: alguna vez llegó á mis oidos que afeaba mi filosofia y mis descabelladas ideas, como las llamaba: *preciso es que sea muy malo*

mi primo (decia) para pensar tan mal de los demas: á lo cual solia yo responder para mí: preciso es que sean muy malos los demas, para haberme obligado á pensar tan mal de ellos.

Cuatro años habian pasado desde la introduccion de mi primo en la sociedad: habíale perdido ya de vista, porque yo hago con el mundo lo que se hace con las pieles en verano; voy de cuando en cuando, para que no entre el olvido en mis relaciones, como se sacan aquellas tal cual vez al aire para que no se albergue en sus pelos la polilla. Habia, sí, sabido mil aventuras suyas de estas que, por una contradiccion inesplicable, honran mientras solo las sabe todo el mundo en confianza, y que desacreditan cuando las llega á saber alguien de oficio: pero nada mas. Ocurrióme en esto noches pasadas ir á matar á una casa la polilla de mi relacion; y á pocos pasos encontréme con mi primo. Parecióme no tener todo el buen humor que en otros tiempos le habia visto; no sé si me busco él á mí, si le busqué yo á él; solo sé que á pocos minutos paseábamos el salon de bracero, y alimentando el siguiente diálogo:

—¿Tú en el mundo? me dijo.

—Sí, de cuando en cuando vengo; cuando veo que se amortigua mi odio, cuando me siento inclinado á pensar bien, cuando empiezo á echarle menos, me presento una vez, y me curo para otra temporada. Pero ¿tú no bailas?

—Es ridículo: ¿quién va á bailar en un baile?

—Sí por cierto... ¡si fuera en otra parte!... Pero observo desde que falto á esta ca-

sa multitud de caras nuevas... que no conozco...

—Es decir, que faltas á todas las casas de Madrid..., porque las caras son las mismas; las casas son las diferentes; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

—Así es, respondí, que faltó á todas. Quisiera por lo tanto que me instruyeses... ¿Quién es por ejemplo esa jóven?... linda por cierto... Baila muy bien... parece muy amable...

—Es la baroncita viuda de...*** Es una señora que á fuerza de ser hermosa y amable, á fuerza de gusto en el vestir ha llegado á ser aborrecida de todas las demas mugeres. Como su trato es harto facil, y no abriga mas malicia que la que cabe en veinte y dos años, todos los jóvenes que la ven se creen con derecho á ser correspondidos; y como al llegar á ella se estrellan desgraciadamente los mas de sus cálculos en su virtud (porque aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad, los otros por venganza le dan otro nombre peor. Unos y otros hablan infamias de ella; debe por consiguiente á su mérito y á su virtud el haber perdido la reputacion. ¿Qué quieres? ¡esa es la sociedad!!!

— ¿Y aquella de aquel aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se la acerca? Parece que teme que la vean los pies segun se baja el vestido á cada momento.

— Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos á todo galan. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones

que ha tenido en menos de un año: nadie las sabe sino yo: es casada; pero como brilla poco su lujo, como no es una hermosura de primer orden, como no se pone en evidencia, nadie habla mal de ella. Pasó por la muger más virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias, y ésta la realidad. ¿Qué quieres? ¡en la sociedad siempre triunfa la hipocresía!!! Mira: apartémonos: quiero evitar el encuentro de ese que se dirige hacia nosotros: me encuentra en la calle y nunca me saluda; pero en sociedad es otra cosa: como es tan desairado estar de pie, sin hablar con nadie, aquí me habla siempre. Soy su amigo para estos recursos, para los momentos de fastidio: también en el Prado se me suele agregar cuando no ha encontrado ningún amigo más íntimo. Esa es la sociedad.

— Pero observo que huyendo de él nos hemos venido al *ecarté*. ¿Quién es aquel que juega á la derecha?

— ¿Quién ha de ser? Un amigo mio íntimo, cuando yo jugaba. Ya se ve; ¡perdía con tan buena fé! Desde que no juego no me hace caso. ¡Ay! este viene á hablarnos.

Efectivamente, llegósenos un jóven con aire marcial y muy amistoso. ¿Cómo le tratará usted?... le preguntó mi primo.

— Pícaramente; diez onzas he perdido. ¿Y á usted?

— Peor todavía; á Dios.

Ni siquiera nos contestó el perdidoso.— Hombre, sino has jugado, le dije á mi primo, ¿cómo dices?...

— Amigo, ¿qué quieres? Conocí que me venia á preguntar si tenia suelto. En su vida ha tenido diez onzas; la sociedad es para él una especulacion: lo que no gana lo pide...

— Pero ¿y qué inconveniente habia en prestarle? Tú que eres tan generoso...

— Sí, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y sobre todo, ese que nos ha hablado...

— ¡Ah! es cierto; recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separabais.

— Es verdad; y yo le queria; me lo encontré á mi entrada en el mundo; teniamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inesperto de mí! Pero de allí á poco puso los ojos en mi bella, me perdió en su opinion, y nos hizo reñir: él no logró nada; pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

— ¿Es posible?

— Esa es la sociedad: era mi amigo íntimo. Desde entonces no tengo mas que amigos; íntimos, estos pesos duros que traigo en el bolsillo: son los únicos que no venden: al reves, compran.

— ¿Y tampoco has tenido mas amores?

— ¡Oh! eso sí: de eso he tardado mas en desengañarme. Quise á una que me queria sin duda por vanidad, porque á poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo, y me dijo que no podia arrostrar el ridículo; luego quise frenéticamente á una casada: esa sí, creí

que me queria solo por mí; pero hubo hablillas, que promovió precisamente aquella fea que ves alli, que como no puede tener amores, se complace en desbaratar los agenos; hubieron de llegar á oídos del marido, que empezó á darla mala vida: entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro y que debia concluirse el amor; su tranquilidad era lo primero. Es decir, que amaba mas á su comodidad que á mí. Esa es la sociedad.

— ¿Y no has pensado nunca en casarte?

— Muchas veces; pero á fuerza de conocer maridos, tambien me he desengañado.

— Observo que no llegas á hablar á las mugeres.

— ¿Hablar á las mugeres en Madrid? Como en general no se sabe hablar de nada, sino de intrigas amorosas, como no se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles, como ni de política se entiende, no se puede uno dirigir ni sonreir tres veces á una muger; no se puede ir dos veces á su casa sin que digan: *fulano hace el amor á mengana*. Esta espresion pasa á sospecha, y dicen con una frase por cierto bien poco delicada: *¿si estará metido con fulana?* Al dia siguiente esta sospecha es ya una realidad, un compromiso. Luego hay mugeres, que porque han tenido una desgracia ó una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad, estan siempre acechando la ocasion de encontrar cómplices ó imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuracion. Si hablas á una bonita, la pierdes; si das conversacion á una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas

chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo. En una palabra, en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin.

Al llegar aqui no pude menos de recordar á mi primo sus espresiones de hacia cuatro años: *Es encantadora la sociedad: ¡qué alegría! ¡qué generosidad! ¡ya tengo amigos, ya tengo amante!!!*

Un apretón de manos me convenció de que me habia entendido. ¿Qué quieres? me añadió de alli á un rato; nadie quiere creer sino en la esperiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaria bien si nos buscáramos los de una edad; pero nuestro amor propio nos pierde: á los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen: como es natural le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luego á los que vienen detras. Esa es la sociedad; una reunion de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima á un tiempo! ¡picaros, necios, inocentes!!! ¡Mas dichoso aún, si hay escepciones, el que puede ser escepcion!!!



R. E.—Número 460.—26 de Enero.—1855.

UN PERIÓDICO NUEVO.

*Noble Espagne, où la littérature,
est reduite à la liberté du mono-
logue de Figaro.*

T. Soulié. La librairie á París.
Livre des Cent-et-un.

¿Por qué no pone usted un periódico suyo?
¿Cuándo sale Figaro? ¡Es idea peregrina! Ya he
visto en los demas periódicos la publicacion del
permiso para el periódico nuevo. ¿Saldrá por fin
en febrero, en marzo? ¿Cuándo? ¿Nos hará us-
ted reir, por supuesto?

Hé aqui las preguntas que por todas partes
se me dirigen, que me cercan, me estrechan, me
comprometen, y á las cuales me veo mas apura-
do para responder, que se ven hace tres dias...
Iba á hacer una mala comparacion; y si me la
habia de suprimir algun amigo de estos que mi-
ran de continuo por mi tranquilidad, suprímo-
mela yo.

¿Por qué no he de publicar un periódico
tambien? he dicho efectivamente para mí. En
todos los paises cultos y despreocupados, la lite-
ratura entera, con todos sus ramos y sus dife-
rentes géneros, ha venido á clasificarse, á encer-
rarse modestamente en las columnas de los pe-
riódicos. No se publican ya infolios corpulentos
de tiempo en tiempo. La moda del dia prescribe

los libros cortos, si han de ser libros. Y si hemos de hablar en razon, si solo se ha de escribir la verdad, si no se ha de decir sino lo que de cierto se sabe, convengamos en que todo está dicho en un papel de cigarro. Los adelantos materiales han ahogado de un siglo á esta parte las disertaciones metafísicas, las divagaciones científicas; y la razon, como se clama por todas partes, ha conquistado el terreno de la imaginacion, si es que hay razon en el mundo que no sea imaginaria. Los hechos han desterrado las ideas. Los periódicos, los libros. La prisa, la rapidez, diré mejor, es el alma de nuestra existencia, y lo que no se hace de prisa en el siglo XIX, no se hace de ninguna manera; razon por la cual es muy de sospechar que no hagamos nunca nada en España. Las diligencias y el vapor han reunido á los hombres de todas las distancias: desde que el espacio ha desaparecido en el tiempo, ha desaparecido tambien en el terreno. ¿Qué significaria, pues, un autor formando á pie firme un libro detenido él solo en medio de la corriente que todo lo arrebatara? ¿Quién se detendria á escucharle? En el dia es preciso hablar y correr á un tiempo, y de aqui la necesidad de hablar de corrido, que todos desgraciadamente no poseen. Un libro es, pues, á un periódico, lo que un carromato á una diligencia. El libro lleva las ideas á las estremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan á pequeñas jornadas como éste lleva la gente á las provincias. Asi solo puede esplicarse la armonía, la indispensable relacion que existe entre la ilustracion del siglo y la escasez de los libros nuevos. De otra suerte se-

ría preciso inferir que la civilizacion mata las artes y las letras. Y decimos las artes, porque aquella misma rapidez de existencia ha lanzado sobre el terreno de la pintura la litografia, y ha levantado al lado de las antiguas moles de arquitectura gótica de los tiempos lentos, las modernas construcciones de las ratoneras que por casas habitamos en el dia.

Convencidos de que el periódico es una escuela indispensable, sino un síntoma de la vida moderna, esperarían tal vez aqui nuestros lectores una historia de esta invencion; una séria disertacion sobre los primeros periódicos, y acerca de si debieron ó no su primer nombre á una moneda veneciana que limitaba su precio. Nada de eso. Solo dirémos que los primeros periódicos fueron *gacetas*: no nos admirémos, pues, si fieles á su origen, si reconociendo su principio, los periódicos han conservado la aficion á mentir, que los distingue de las demas publicaciones desde los tiempos mas remotos; en lo cual no han hecho nunca mas que administrar una herencia. Es su mayorazgo; respetamos éste como los demas, pues que estamos á esta altura todavía.

Inapreciables son las ventajas de los periódicos: habiendo periódicos, en primer lugar, no es necesario estudiar, porque á la larga, ¿qué cosa hay que no enseñe un periódico? Sabé usted por un periódico la hora á que empieza el teatro, y algunas veces la funcion que se representa, es decir, siempre que la funcion que se representa es la misma que se anuncia: esto, al fin, sucede algunas veces. Por los periódicos sabe usted de dia en dia lo que sucede en Navarra,

cuando sucede algo: verdad es que esto no es todos los dias; pero para eso muchas veces sabe usted tambien lo que no sucede: no se sabe ciertamente la pérdida del enemigo, pero esa siempre debe ser mucha, y en cambio se sabe que llegó la noche, porque la noche llega siempre; no es como la libertad, ni como las cosas buenas, que no llegan nunca; y se sabe que los caballos de los facciosos corren mas que los nuestros, puesto que siempre deben aquellos su salvacion á su velocidad. Asi se supiera dónde diantres los van á buscar. Esta investigacion sería de grande utilidad para mejorar nuestras crias. Por un periódico sabe usted que hay Cortes reunidas para elevar sobre el *cimiento* el edificio de nuestra libertad. Por ellos se sabe que hay dos Estamentos, es decir, ademas del de Procuradores, otro de Próceres. Por los periódicos sabe usted, *mutatis mutandis*, es decir, quitando unas cosas y poniendo otras, lo que hablan los oradores, y sabe usted, como por ejemplo ahora cuándo una discusion es tal discusion, y cuándo es meramente *conversacion*, para repetir la frase feliz de un orador.

¿A quién debe aquel orador de café, que perora sobre la intervencion estrangera, sus vastos conocimientos acerca de las intenciones de Luis Felipe, sino á los periódicos? ¿Dónde habria aprendido aquella columna de la Puerta del Sol, que hace la oposicion de corrillo en corrillo, lo que es un tory y un wihg, y un reformista, y lo que puede una alianza, sobre todo si es cuádrupla, y una *resistencia*, sobre todo si es una? ¿Dónde aprenderia, siendo español, lo que

es un progreso? ¿En qué libro encontraría lo que quiere decir un *ministro responsable*, y una *ley fundamental*, y una *representación nacional*, y una *fantasma*? ¿En qué universidad podría aprender la sutil distinción que existe entre las *fantasmas que matan y las que no matan*? Distinción por cierto sumamente importante para nosotros pobres mortales, que somos los que hemos de morir.

Convengamos, pues, en que el periódico es el grande archivo de los conocimientos humanos, y que si hay algun medio en este siglo de ser ignorante, es no leer un periódico.

Estas y otras muchas reflexiones, las cuales no espongo todas, por ser siempre mucho mas lo que callo que lo que digo, me movieron á ser periodista; pero no como quiera periodista atenido á sueldos y voluntades ajenas, sino periodista por mí y ante mí.

Dicho y hecho, concibamos el plan. El periódico se titulará *Fígaro*, un nombre propio; esto no significa nada, y á nada compromete, ni á *observar*, ni á *revistar*, ni á ser *eco de nadie*, ni á *chapar flores*, ni á *compilar*, ni á maldita de Dios la cosa. Encierra solo un tanto de malicia, y eso bien sé yo que no me costará trabajo. Con solo contar nuestras cosas lisa y llanamente, ellas llevan ya la bastante sal y pimienta. Hé aqui una de las ventajas de los que se dedican á graciosos en nuestro pais: en sabiendo decir lo que pasa, cualquiera tiene gracia, cualquiera hará reir. Sea esto dicho sin ofender á nadie.

El periódico tratará... de todo. ¿Qué menos?

pero como no ha de ser ni tan grande como nuestra paciencia, ni tan corto como nuestra esperanza, y como han de caber mis artículos, no pondremos las reales órdenes. Por otra parte, no gusto de afligir á nadie; por consiguiente no se pondrán los reales nombramientos: menos gusto de estar siempre diciendo una misma cosa; por lo tanto fuera los partes oficiales. Estoy decidido á no gastar palabras en valde; mi periódico ha de ser todo sustancia; así, cada sesion de Cortes vendrá en dos líneas; algunos dias en menos; como de esas veces no ocupará nada.

Artículos de política. Los habrá. Éstos, en no entendiéndolos nadie, estamos al cabo de la calle. Y eso no es difícil, sobre todo quien no los ha de entender es el censor. Oposicion: eso por supuesto. A mí, cuando escribo, me gusta siempre tener razon.

De Hacienda. Largamente, pero siempre en broma; para nosotros será un juego esto; no nos faltará á quien imitar. Los asuntos de cuentas solo son serios para quien paga, pero para quien cobra...

De Guerra. Tambien daremos artículos, y en abundancia: buscaremos primero quien lo entienda y quien sepa hablar de la materia; por lo demas saldremos del paso, sino bien, mal: nunca serán los artículos tan pesados como el asunto.

De Interior. Hasta los codos. Desentrañaremos esto: y tanto queremos hablar de esta materia, que no nos detendremos en enumerar lo que se ha hecho; solo hablaremos de lo que falta por hacer.

De Estado. Aqui nos estenderemos sobre el

statu quo y sobre el Estatuto, y nos quedaremos estendidos; ni moveremos pie ni pata.

De Marina. Esto es mas delicado. ¿Ha de ser Fígaro el único que hable de eso? No me gusta ahogarme en poca agua.

De Gracia y Justicia. He dicho muchas veces que no soy ministerial: haré por lo tanto justicia seca. ¡Ojalá que me dejen tambien hacer gracias!

De literatura. En cuanto se publique un libro bueno le analizaremos; por consiguiente, no seremos pesados en esta seccion.

De teatro español. No diremos nada mientras no haya nada que decir. Felizmente va largo.

De actores. Aqui seremos malos de buena fé; seremos actores hablando de actores.

De música. Buscaremos un literato que sepa música, ó un músico que sepa escribir: entre tanto, Fígaro se compondrá como se han compuesto hasta el dia los demas periódicos. Felizmente pillarémos al público acostumbrado; y él y nosotros estamos iguales.

Modas. En esta seccion hablarémos de empréstitos, de intrigas, de favor... en una palabra, lo que corre... á la *derniere* siempre.

De costumbres. Por supuesto: malas: lo que hay: escribiremos como otros viven sobre el pais. Fígaro hablará bajo este título, de paciencia, de tinieblas, de mala intencion, de atraso, de pereza, de apatía, de egoismo. En una palabra, de nuestras costumbres.

Anuncios. Queriendo hacer lo mas corta posible esta parte del periódico, solo anunciará las funciones buenas, los libros regulares, las refor-

mas, los adelantos, los descubrimientos. Ni se pondrán las pérdidas, ni menos todo lo que se vende entre nosotros. Esto sería no acabar nunca.

Hé aquí el periódico de Fígaro. Ya está concebida la idea. Sin embargo, no es eso todo. Es preciso pedir licencia; pero para pedir licencia es preciso poder presentar fianzas. Si yo las tuviera no sería yo el que me pusiera á escribir tontorías para divertir á otros, *ó tener empleo con sueldo...* Pero si tuviera empleo, y jefe, y horas fijas, y once y expedientes, y la cesantía al ojo, no tendría yo humor de escribir periódicos... *ó ser catedrático...* pero si fuera catedrático sabría algo, y entonces no servía para periodista...

Está decidido que no sirvo para pedir licencia. Otro al canto; un testaférreo; un sueldo al testaférreo; seguridades contra seguridades, fianza, depósito, licencia, en fin. Hé aquí ya á Fígaro con licencia: no esa licencia, tan temida, esa licencia fantasma, esa licencia que nos ha de volver al despotismo, esa licencia que está detras de todo, acechando siempre el instante, y el ministro, y el... No, sino licencia de imprimirse á sí mismo.

Ya no falta mas que imprenta. Corro á una... —Aquí es imposible: no hay letra. —Corro á otra: aquí, le diré á usted francamente, no hay prensas. —A otra: aquí no queremos periódicos; hay que trabajar de noche. Dios ha hecho la noche para dormir. —Sí, pero no el impresor, contesto furioso. —¿Qué quiere usted? Luego es trabajo en que no se gana: como no hay cajistas en España, piden un sentido, se hacen valer; el público no quiere pagar caro, el oficial no quie-

re trabajar barato. — ¿Con que es imposible imprimir un periódico? — Poco menos, señor; y si acaso se lo imprimen á usted, será caro y mal. Pondrán unas letras por otras. — Eso ¡par diez! no será imprimir mi periódico, sino otro del cajista. — Pues eso, señor, sucederá; en habiendo un dia de formacion no tendrá usted cajistas; y si usted se enfada algun dia por una errata, le dejarán plantado, y si no se enfada tambien.

¿Es posible? ¿Con que no hay Fígaro? ¡Oh! ¡Habrà Fígaro, habrá Fígaro! Vencerémos las dificultades... ¡Ah! se me olvidaba. ¡Papel! A una fábrica, á otra, á otra... Este es chico, este caro, este grande, este moreno, este con demasiada cola... — Mire usted, como usted le quiere, no lo hay, me dicen por fin. Es preciso mandarlo hacer. — Pues lo mando hacer: para dentro de ocho dias.—Señor, la fábrica está á sesenta leguas; hay que hacer los moldes, y luego el papel, y luego secarlo, y si llueve... y luego traerlo... y el ordinario echa quince dias ó veinte... y... — ¿Y no hay quien le eche á usted á los infiernos?... grito desesperado. ¡Pais de obstáculos!

Es preciso resignarse, esperar... Al fin lo habrá todo... demasiado va á haber luego... esta es la idea que me detiene, por fin, que cuando haya editor, redactores, impresor, cajistas, papel... entonces tambien habrá censor... Eso sí, eso siempre lo hay... ni hay que mandarle hacer, ni hay que esperar...—Aqui acabo de perder la cabeza, enciérrome en mi casa, ¡voto va! Pues ha de haber Fígaro, sí señor, por lo mismo ha de haber Fígaro, y ha de hablar de todo, absolutamente de todo.

:

Diciendo esto llego á mi casa , me sientó á mi bufete para tomar disposiciones. — ¿Qué hace usted? le digo á mi escribiente, de mal humor. — Señor, me responde, estoy traduciendo, como me ha mandado usted, este monólogo de su toca- yo de usted en el *mariage* de Figaro de Beau- marohais, para que sirva de epígrafe á la colec- cion de sus artículos que va usted á publicar. — ¿A ver cómo dice?

“Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se estiende hasta á la imprenta; y con tal que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corpo- raciones, ni de los cómicos, ni de nadie que per- tenezca á algo, puedo imprimirlo todo libremen- te, prévia la inspeccion y revision de dos ó tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa li- bertad anuncio un periódico...

— Basta, exclamó al llegar aqui mi escribien- te, basta; eso se ha escrito para mí; cópielo us- ted aqui al pie de este artículo: ponga usted la fecha en que eso se escribió...—1784.—Bien. Aho- ra la fecha de hoy.—22 de Enero de 1835.—Yde- bajo. — *Figaro*.



R. E.—Número 472.—7 de Febrero.—1835.

LA POLICIA.

Asi como hay en el mundo hombres buenos, tambien hay cosas buenas: no citarémos nombres propios en la primera clase, por no ofender á la mayoría; pero en la segunda preciso será citar si queremos que nos crean. Cosa buena por ejemplo es la prévia censura, y para algunos no solo buena, sino escelente. Que manda usted, y que manda usted mal, dos cosas que pueden ir juntas. ¿Pues no es cosa buena y rebuena que nadie pueda decirle á usted una palabra? Que manda usted, y que no manda usted mal, pero que es usted hombre de calma; y como habia usted de mandar algo bueno, no manda usted nada, ni bueno, ni malo. Pues ¿no es un placer verdaderamente que si hay algun escritorzuelo atrevido que sale á decir *esto no marcha*, salga por otra parte el censor que usted le pone y le escriba en letra gorda y desigual al pie del folleto "*esto no puede correr?*" Vaya si es cosa buena. Que es usted un sugeto de luces por otra parte, amigo del gobierno, y que tiene usted poco sueldo, ó no tiene usted ninguno, como suele suceder. Vaya si es cosa buena que le den á usted veinte mil reales de sueldo, ú opcion á los primeros que vaquen, solo por poner *esto no puede correr*, que al cabo es decir una verdad como un templo. Cosa buena es y muy buena.

Replicaránnos los que viven de disputar que la tal prévia censura no es igualmente buena para el que escribió el artículo que no puede correr, ni para el pais que de él pudiera sacar provecho; pero en primer lugar, que al sentar nosotros la proposicion de que hay cosas buenas, no hemos dicho para quién, y en segundo añadirémos que ese es el destino de las cosas de este mundo, en las cuales no hay una sola buena para todos. Paises hay donde se cree que la perfeccion consiste en que las cosas sean buenas para los mas; pero tambien hay paises donde se cree en brujas, y no por eso son las brujas mas verdaderas. Dejemos por consiguiente este punto, que entra en el número de los muchos que no son oportunos todavia para nosotros, y convengamos únicamente en que hay cosas buenas.

Sabido esto, pocas hay que se puedan comparar con la policia. Por de pronto su origen está en la naturaleza; la policia se debe al miedo, y el miedo es cosa tan natural, que poco ó mucho, no hay quien no tenga alguno; y esto sin contar con los que tienen demasiado, que son los mas. Todos tenemos miedo: los cobardes á todo: los valientes á parecer cobardes: en una palabra, el que mas hace es el que mas lo disimula, y esto no lo digo yo precisamente; antes que yo lo ha dicho Ercilla, en dos versos, por mas señas, que si bien pudieran ser mejores, dificilmente podrian ser mas ciertos.

*El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.*

Preclaro es, pues, el origen de la policia.

No nos remontarémos á las edades remotas para encontrar apoyos en favor de la policía. Trabajo inútil fuera, pues ya nos lo dan hecho; un orador ha dicho que en todos los países la ha habido *con este ó aquel nombre*, y es punto sabido y muy sabido que la habia en Roma y en el consulado de Ciceron: no se sabe si con este ó con aquel nombre, no precisamente con su subdelegado al frente y sus celadores al pie; pero ello es que la habia, y si la habia en Roma, es cosa buena: si á esto se añade, que la hay en Portugal, y que el pueblo da á sus individuos el nombre de *Morcegos*, ya no hay mas que saber.

Venecia ha sido el estado que ha llevado á mas alto grado de esplendor la policía; pues ¿qué otra cosa era el famoso tribunal pesquisidor de aquella república? A ella se debia la hermosa libertad que se gozaba en la reina del Adriático, y que con colores tan halagüenos nos ha presentado un literato moderno en la escena, y un célebre novelista en su Bravo. La inquisicion no era tampoco otra cosa que una policía religiosa; y si era buena la inquisicion, no hay para qué disputarlo. Aqui se prueba lo que ha dicho el orador citado, de que siempre ha existido en todos los países *con este ó aquel nombre*.

Otra prueba de que es cosa buena la policía es su existencia, no solo en Roma y en Portugal, sino tambien en Austria; y sobre todo, en la parte de Italia sujeta á aquel imperio, donde es delito á los ojos de la policía haber á las manos un papel francés. Asi son los italianos tan felices, asi se hacen lenguas del emperador de Austria. Oigase otro ejemplo. Ahí está la Polo-

nia, que debe su actual felicidad ¡vaya si es feliz! á la policía rusa. Que la policía es, pues, una institucion liberal, se deduce claramente de su existencia en Austria y en Polonia; y si nos venimos mas acá, veremos que en Francia la instaló Bonaparte, uno de los amigos mas acérrimos de la libertad; y tanto, que él tomó para sí toda la que pudo coger á los pueblos que sujetó; y á España, por fin, la trajo el célebre conquistador del Trocadero el año 23, y fue lo que nos dió en cambio y permuta de la Constitucion que se llevó; prueba de que él creía que valia tanto por lo menos la policía como la Constitucion.

Pues luego, si ha hecho bienes al pais, no hay para qué ponerlo en cuestion.

A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin; y como ha dicho muy bien otro orador, á la policía se debió sin duda alguna aquella inocente treta por la cual se sonsacó de Gibraltar á un célebre patriota para acabarlo en territorio español, con toda nobleza y valentía. Pero ¿á qué mas ejemplos? de cuantos liberales han muerto judicialmente asesinados en los diez años, acaso no habrá habido uno que no haya tenido algo que agradecer á esa brillante institucion. Ahora bien, continuador el año 35 y heredero universal, como se ha pretendido, de los diez años, mal pudiera rehusar herencia tan legítima: asi hemos visto á nuestra policía recientemente hacer prodigios en punto á conspiraciones.

La policía se divide en política y en urbana. Y es cosa tan buena una como otra. Por la primera, supongamos que sabe usted que se habla

en un café, en una casa, ó que no se habla, pero que tiene usted un enemigo; ¿quién no tiene un enemigo? Va usted á la policía, y con contar el caso, y con añadir que en la casa tienen pacto con *Isabelinos*, y que detras del *viva de ordenanza* está tapada la anarquía, hace usted prender á su enemigo. ¿Pues no es cosa excelente? Luego, para cualquier carrera se necesita saber algo, suponiendo que no haya favor ó parentesco; para médico, por ejemplo, alargar la enfermedad; para abogado, embrollar el asunto; para militar, ir á Vizcaya... para cura, todos sabemos ya lo que se necesita saber, y por ese estilo; pero para ser de policía, basta con no ser sordo. ¡Y es tan fácil no ser sordo! Ahora, si fuera preciso hacerse el sordo, ya era otra cosa: era preciso saber entonces casi tanto como para ser ministro.

Por otra parte decia un ilustre amigo nuestro, que la España se habia dividido siempre en dos clases; gentes que prenden á gentes que son prendidas: admitida esta distincion, no se necesita preguntar si es cosa buena la policía.

Acerca de los premios destinados á la delacion, y para cuyos gastos será sin duda gran parte de los millones del presupuesto, esto es indispensable: primero, porque uno no ha de delatar de valde, y segundo, porque no se cogen truchas, &c., refran que pudiéramos convertir en *no se cogen anarquistas, &c.* En una palabra, ó se ha de prender, ó no se ha de prender: si se ha de prender, es preciso que haya quien delate; y si ha de haber delatores, estos han de comer, porque tripas llevan pies. Por consiguiente, no

solo es cosa buena la policia, sino tambien los ocho millones.

En los Estados-Unidos y en Inglaterra no hay esta policia politica, pero sabido es en primer lugar el desorden de ideas que reina en aquellos paises; alli puede uno tener la opinion que le dé la gana: por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos, y nosotros leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones, como ha dicho muy bien otro orador, debemos aprender algo en él, y no seguir las mismas huellas de los paises demasiado libres, porque vendriamos á parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre, y la prosperidad le hace orgulloso por mas que digan.

La otra policia es urbana. Esta es todavia mas cosa buena que la otra. Entre las ventajas que produce nos contentarémolos con los pasaportes, con los cuales va usted adonde quiere y adonde le dejan. Paga usted su peseta, y ya sabe usted que tiene pasaporte. Suponga usted que á imitacion de Inglaterra no hubiera pasaportes. En verdad que no se concibe cómo se puede ir de una parte á otra sin pasaporte: si fuera sin caminos, sin canales, sin carruages, sin posadas, ¡vaya! ¡pero sin pasaportes! Por el mismo consiguiente saca usted su carta de seguridad, y ya está usted seguro, de haber gastado dos reales; pero en cambio hay otro que desde que usted los tiene de menos los tiene de mas. De modo, que para éste, sobre todo, la carta de seguridad es cosa buena, tan buena por el pronto como dos reales. Hay cosas mejores, es verdad, pero siempre es cosa buena.

Probada, pues, hasta la evidencia la bondad de la policía, ¿cómo pudiéramos no agregarnos al voto de los 50 señores Procuradores que han perdido la última votación? Poco vale por cierto nuestra opinión; no somos desgraciadamente ni procuradores ni inviolables, pero en cambio tendremos policía por lo menos; pagarémos en compañía de nuestros compatriotas ocho millones para que nos averiguen nuestras conversaciones, nuestros pensamientos, nuestros... y si algún día la policía nos prende, como es probable, por anarquistas, exclamarémos con justo entusiasmo: *¡Buena cárcel nos mamamos! ¡Pero buen dinero nos cuesta!*



POR AHORA.

En nuestro último artículo, en que defendíamos la policía, dejamos ligeramente apuntado que hay *cosas buenas* en el mundo; y probamos hasta la evidencia, como solemos, que una de ellas es la policía. Como no nos pasa por la imaginación que uno solo de nuestros lectores se haya resistido á nuestras razones, tratamos de probar hoy otra verdad mas indisputable todavía, á saber; que sentado el principio de que hay cosas buenas, hay *palabras* que parecen *cosas*, es decir, que hay *palabras buenas*.

A primera vista parece que buenas deben ser todas las palabras, puesto que sirven todas para hablar, ó sea para gastar conversacion, que es el fin que parecemos proponernos; esto es un error sin embargo, y error grave. Palabras hay malas, profundamente malas por sí mismas, y sin necesidad de accesorios, que forman por sí solas oracion y sentido, por mas que suelen ellas no tener sentido comun. Palabras que valen mas que un discurso, y que dan que discurrir; cuando uno oye por ejemplo la palabra *conspiracion*, cree estar viendo un drama entero, y aunque no sea nada en realidad. Cuando uno oye la palabra *libertad*, sola ella, solita, cree uno estar oyendo una larga comedia. Cuando uno oye la palabra *imprensa*, ¿no cree ver detras la censura, el im-

posible vencido, la cuadratura del círculo, la gran quisicosa? ¿No hay quien ve en ella el abismo, la anarquía, aquel qué sé yo, que nadie sabe explicar ni comprender? Cada una de estas palabras son verdaderas linternas mágicas: el mundo todo pasa al través de ellas. Una vez encendidas todo se ve dentro.

Estas palabras que encierran por sí solas una significación entera y determinada son malas generalmente: las buenas son aquellas que no dicen nada por sí, como por ejemplo: *prosperidad, ilustración, justicia, regeneración, siglo, luces, responsabilidad, marchar, progreso, reforma, &c. &c.* Estas no tienen un sentido fijo y decisivo: hay quien las entiende de un modo, hay quien las entiende de otro, hay, por fin, quien no las entiende de ninguno. Estas son buenas, porque blandas como cera, adáptanse á todas las figuras; estas son, en fin, el alimento de toda conversación. Con ellas no hay discurso que no se pueda sostener, no hay cosa que no se pueda probar, no hay pueblo á quien no se pueda convencer. Estas son las palabras que parecen cosas.

Ahora bien, cuando dos de estas palabras insignificantes y maleables se llegan á encontrar en el camino una de otra, únense al momento y se combinan por una rara afinidad filológica; y entonces no toman por eso mayor sentido: todo lo contrario, juntas suelen querer decir menos todavía que separadas: entonces estas palabras buenas, suelen convertirse en lo que vulgarmente llamamos *buenas palabras*.

Hé aquí las reflexiones que teníamos presentes al sentar en el papel el titulillo de este artí-

culo. Nadie nos negará que la palabra *por* quiere decir poco cuando va sola: pues de la palabra *ahora*, no decimos nada. Hé aquí, pues, dos palabras excelentes, y combínense como se combinen. Júntese el *por* con el *que*, y resultará el *porque*. Siempre se ha dicho que el *porque* de las cosas es inaveriguable; por consiguiente no quiere decir nada. Póngase el *ahora* en *oracion*, y digamos, por ejemplo: *¿Qué hay ahora? ¿Qué se hace ahora?* Nada. Ambas son, pues, palabras nulas, y buenas por consiguiente. Combínense ahora juntas y digamos: *por ahora*, y se verá el efecto peregrino de la suma de todas las nulidades.

Pocas palabras hay tan buenas, tan útiles en el día, tan en boga; pocas palabras buenas, que puedan tan fácilmente convertirse en *buenas palabras*. ¿A qué nos contesta usted con el *por ahora*? Es la espada de Alejandro, que corta todo nudo gordiano; es la panacea universal que templá todos los dolores. Buena jornada habíamos echado, si no pudiéramos contestar á todo: *por ahora*.

¿Cuánto no suaviza esta frase toda mala contestacion? Por mejor decir, no hay con ella mala contestacion posible, y todo aquel que sepa lo que es una repulsa seca, sabrá apreciar cuánto valen las buenas palabras. Son el vino que se mezcla con el agua para quitarle su crudeza. Ejemplo. *No*, quiere decir que *no*. Pero si en vez de decir *no*, dice usted *por ahora no*, aunque usted quiera decir lo mismo; si habla usted sobre todo con un tonto, como suele suceder, ha dicho usted una gran cosa. ¿Y qué cuesta decir dos palabras mas?

Convencidos hombres muy ilustrados de esta verdad, ¿cómo pudieran no usarlas continuamente?

Lleven sobre ellos en buen hora demandas y peticiones, renuévese la tabla de los derechos: clamen por todas partes tribuna y periódicos por la libertad de imprenta; no le responderán á usted con un *no seco*, sino que *por ahora no conviene*. Pida usted mas garantías; abogue usted por una verdadera seguridad individual; porque tal ó cual estado es absurdo. *Lo vemos*, responderán, y lo que es mas *con dolor*; empero *por ahora* no es oportuno. Para que un pueblo esté bien gobernado, para que sea feliz, es preciso que se difunda la *ilustración*; para que un pueblo sea libre, es preciso que sepa mucho... y esté bastante ilustrado... véase sino *Grecia y Roma*; aquellos eran pueblos libres... ¡pero lo que se sabía allí! ¡qué pueblos tan ilustrados! ¿Qué tiene que ver la España del siglo XIX con la *Grecia de Licurgo* y la *Roma de Numa*?

Venga usted á decirme que el sistema judicial no es gran cosa. Que cada uno multa como le da la gana, y juzga como le parece. Pero eso es *por ahora* no mas. Deje usted que llegue aquel dia raro, aquel dia particular, que ha de ser el decisivo; el dia, en fin, de la oportunidad, el dia que nos convenga pasarlo bien, que ese dia será otra cosa.

Que hay confusion de poderes, de palabras y de cosas; que no nos entendemos; que es una verdadera Babel; que no andamos un paso, un solo paso; pero eso es *por ahora*. Todavía no conviene que nos entendamos. Es preciso buscar el

momento oportuno. Pues qué, ¿no hay mas que entenderse cualquier dia del año, cualquier año del siglo?

¿Y quién es el encargado, preguntarán ustedes, de conocer el momento? ¿quién es ese sabio sagaz y penetrante que ha de conocer cuándo nos conviene ser iguales, ser libres, poder hablar, ser, en una palabra, felices? ¿dónde está la línea divisoria entre la inoportunidad y la oportunidad? ¿quién es el ilustrado encargado de medir nuestra ilustracion?

Por ahora, amigo lector, no se columbra todavía á ese sabio, responderémos: ni nosotros hemos hecho ánimo de responder *por ahora* á todas las preguntas, ni nos dejarán responder tampoco *por ahora*, aunque quisiéramos. Limitámonos *por ahora* á probar que como hay cosas buenas entre nosotros, hay palabras que parecen cosas, y *palabras buenas* que nos dan por *buenas palabras*. Que las voces *por ahora*, son las primeras de ese género, y si bien se mira, bastante hemos dicho *por ahora*.



R. E.—Núm. 484.—19 de Febrero.—1835.

LITERATURA.

POESIAS DE DON JUAN BAUTISTA ALONSO.

Los hombres son raros en verdad. De cuatro veces tres no se entienden unos á otros, y de tres cuatro no se entienden á sí mismos. Diria uno oyendo ese prolongado clamor que pide libertad de imprenta diariamente: "Este es el pais de la imprenta; de los libros... de los periódicos..." Solemne chasco se llevaria quien tales consecuencias dedujese. Es preciso entendernos: ese clamor de libertad de imprenta, tan continuo, tan incesante, tan justo, puede tener dos principios: puede considerarse como un derecho meramente político reclamado por un pueblo víctima, que hace el último esfuerzo para romper la cadena; y puede mirarse tambien como un órgano meramente literario, exigido por un pueblo ansioso de ilustracion. En el primer caso la imprenta es el baluarte de la libertad civil; en el segundo el paladion de los conocimientos humanos. Desgraciadamente, si se contempla despacio el cuadro de nuestra ilustracion científica, literaria y artística, esta ansia de libertad de imprenta no se puede achacar á la cooperacion de ambos principios reunidos, cooperacion que seria la perfeccion; no. Es preciso contentarse con reconocerle la primera causa por origen; y esto pinta bastante

nuestra situación. Pedimos libertad de imprenta, no para lucirnos, sino para quejarnos; como anda buscando la voz para gritar el que abrumado por una horrible y miedosa pesadilla, tiene embargada el habla por el sueño. Busquemos en España desgraciados y oprimidos, ¿pero literatos?

A estas tristes reflexiones da lugar cada publicación original que levanta la cabeza de cuando en cuando, mostrándose, como á hurtadillas, entre nosotros. Es la voz que resuena en el desierto: ni un eco hay que responda, ni un oído que la albergue, ni un pueblo que la escuche. Montes de arena, hoy aquí, mañana allí; y un huracán violento. Nada más.

Si bien luce algún ingenio todavía de cuando en cuando, nuestra literatura sin embargo no es más que un gran brasero apagado, dentro de cuyas cenizas brilla aun pálida y oscilante tal cual chispa rezagada. Nuestro siglo de oro ha pasado ya, y nuestro siglo XIX no ha llegado todavía.

En poesía estamos aun á la altura de los arroyuelos murmuradores, de la tórtola triste, de la palomita de Filis, de Batilo y Menalcas, de las delicias de la vida pastoril, del caramillo y del recental, de la leche y de la miel, y otras fantasmagorías por este estilo. En nuestra poesía á lo menos no se hallará malicia: todo es pura inocencia. Ningun rumbo nuevo, ningún resorte no usado. Convengamos en que el poeta del año 35, encenagado en esta sociedad envejecida, amalgama de tropeles y de costumbres perdidas; presa él mismo de pasioncillas endebles, saliendo de la fonda ó del villar, de la ópera ó del sarao, y á

la vuelta de esto empeñado en oír desde su bufete el cefirillo suave que juega enamorado y malicioso por entre las hebras de oro ó de ébano de Filis, y pintando á la Gesner la deliciosa vida del otero (invadido por los facciosos), es un ser ridículamente hipócrita, ó furiosamente atrasado. ¿Qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe, ni el que las lee?

Empero no quisiéramos que se interpretára en mal del libro que analizamos esta série de reflexiones generales, que tienden solo á probar, no el atraso particular de tal ó cual poeta, sino el general atraso de nuestra poesía. Mal pudiéramos por otra parte acriminar á nadie de seguir demasiado estrictamente el camino mas trillado; no todos tienen espíritu suficiente para sacudir las cadenas de la rutina; ni la antigua escuela que nos abrumba aun por todas partes con su acompasada monotonía nos permite otra cosa. Antes de inventar nos es forzoso olvidar, y esta es una doble tarea de que no son todos capaces; acaso cuando le ocurre á cada cual olvidar, es tarde ya para él. Todo va despacio entre nosotros; ¿por qué ha de ir de prisa solo la poesía?

Colocándonos, pues, en la época á que corresponden estas poesías, examinemos el libro en venta, no ya comparando á nuestro autor con lord Byron ó Lamartine, puesto que su género es tan distinto que difícilmente se le pudieran hallar puntos de contacto.

El tomo del señor Alonso se compone de *odas*, segun la antigua clasificacion, y bajo este rótulo se encierran verdaderos *discursos*, mas ó menos filosóficos, elegiacos ó pindáricos, en que

el poeta desarrolla buena porcion de dotes aventajadísimas : consta el volúmen ademas de romances , de sonetos , de letrillas , anacreónticas y canciones.

La coleccion del señor Alonso comienza con una oda titulada: *Que la instruccion es la mejor y la mas durable de las riquezas*. Sin convenir de ninguna manera en este principio , encontramos en la tal composicion buen juicio , y esa misma instruccion que el autor llama riqueza , y que nosotros menos poetas sin duda , llamaremos solo instruccion á secas.

La oda elegíaca que sigue está salpicada de poesía por todas partes : es á la muerte de una jóven hermosa recién casada. Imágenes atrevidas , símiles felicísimos , sentimiento alguna vez. Después de haber dicho que

*Cintia á su Delio mira
y entre sus brazos sonriendo espira,*

añade el poeta Alonso :

*Asi en oscuro templo
donde el silencio sepulcral domina ,
la agonizante lámpara vislumbra
sus moribundos trémulos reflejos ,
mientras su luz se ahuyenta
en desiguales partes soñolienta ;*

*Y al consumir oculta
entre las sombras de la negra noche ,
último resto del fulgor dudoso ,
el tibio gérmen de su triste vida ,
fugaz vigor adquiere
y súbita creciendo alumbra y muere.*

Quítensele á esas estrofas algun adjetivo inútil, y cierta oscuridad que resulta de la violenta colocacion del tercer verso de la segunda, y es un rasgo de primer orden.

Como imitacion de San Juan de la Cruz, la oda á la profesion religiosa de la señorita madrileña tiene todo el mérito de hallarse bien tomado el tono de esta clase de composiciones: hay uncion, hay aquel dialecto figurado y simbólico que han usado todos los poetas de ese género.

Dice el poeta á la muerte de una niña :

*Impune hiere el bárbaro asesino,
y tranquila se goza en sangre humana
retiniendo el puñal de muerte lleno;
y asesinando vive
alumbrándole el sol, que alumbra al bueno.*

Esta estrofa parece de Cienfuegos; su mismo atrevimiento, su novedad, su amargura misma.

Parécenos sin embargo que el género filosófico no es el sol de Austerlitz para el señor de Alonso: le comparáramos de buena gana en esta circunstancia con Melendez, de quien las odas y los discursos, salvo alguna escepcion como la de *las artes y las estrellas*, no son lo que le da inmortalidad.

El género del señor Alonso es el género mismo de Melendez, el bucólico; tiene composiciones enteras dignas de Batilo; sabe revestirse perfectamente del candor pastoril, de aquel dialecto jugueton, de aquel tono que huele á tomillo, segun la feliz espresion de un académico, que tambien hay académicos felices en ocurrencias.

*Iremos á la fuente
y allí la sed fogosa apagarémos
en su fresca corriente,
y el bien que nos debemos
sin miedo y sin testigo gozarémos.*

.....
*¿ A qué envidiar cortadas
las frutas en los cestos cortesanos,
si aquí penden colgadas
en árboles galanos
que desde el suelo alcanzarán las manos?*

Hé aquí al poeta en su terreno. Cuando se entrega á su verdadera inspiracion, nada huelga en él, nada le falta. Ya no hay aquella dureza, aquella confusion de epitetos superabundantes, aquella especie de oscuridad, aquella afectada profundidad, aquel lujo pampanoso de poesía y de ruido que se advierte en sus primeras composiciones. Las dos estrofas citadas son un modelo; es difícil hacer nada mas acabado que la segunda, felicísima imitacion de Virgilio.

¿Cómo no citar aquí, cual la reina del tomo, la composicion á la *vida feliz*, desempeñada en primorosas quintillas? Es de lo mejor que hay escrito en castellano, y en cualquiera lengua. ¡Qué sencillez tan elocuente! ¡qué giros tan castizos, tan elegantes! ¡qué verdad, qué pureza, qué encanto singular! Júzguela el lector por sí mismo, y una vez leído ese lindo rasgo de poesía, le aconsejamos que en lugar de pasar á leer ninguna otra composicion, la vuelva á leer segunda vez, y no salga de ella jamas.

Como modelo de facilidad en la versificacion,

las *quejas del moro* es romance inimitable; y en punto á romances, aunque son buenos el retrato de Rosana, el del cumpleaños de la señora doña María de los Dolores Armijo de Cambronero, el de Anfriso á Dalmiro, campea sobre todos el de *El consejo*. Es todo un romance y todo un consejo. ¡Qué pura intencion! ¡qué verdad! ¡qué noble indignacion contra el seductor Fabio! ¡qué interes tan noble por la inocente Elisa! ¡cómo corre la pluma en él! ¡cómo se desahoga la vena del poeta!

Facilmente conocerá el lector que ya puestos á citar, citariamos de buen talante infinitas bellezas mas por ese mismo estilo que brillan en la coleccion; con tanto mas placer, cuanto que amigos del poeta, quisiéramos no vernos obligados á poner al lado del elogio conquistado la merecida crítica. Pero conocemos demasiado al señor Alonso y sus severos principios de virtud, para ofenderle con una parcialidad indigna del escritor público. Al notar los defectos de su obra, como lo hemos hecho, repetirémos su axioma: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

En resúmen, el señor de Alonso tiene en general el mérito de ser original, y en estos tiempos no es poco. No se puede comparar con Rioja, con Herrera, con Carcilaso; no es precisamente Melendez, ni Cienfuegos; no es Quintana; no es... es un poeta *sui generis*; el señor Alonso es Alonso. Es superior, como hemos dicho, en el género bucólico. Su versificacion es en general buena, casi siempre armoniosa. No es muy correcto, y esto no porque le creamos incapaz de correccion; pero ha hecho mal en no pulirse

mas, como él mismo dice en su prólogo, por falta de *humor y de paciencia*. Hubiera podido espurgar algun tanto sus poesías, suprimir alguna composicion, y acortar muchas. Poeta franco y libre, suelta la rienda á su inspiracion y escribe demasiado. El talento no ha de servir para saberlo y decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir de lo que se sabe. Esa superabundancia de vena suele dañar al efecto, desliendo demasiado ideas que, ligeramente apuntadas, resaltarían doble; porque en las artes de imaginacion suele querer decir de mas lo que se dice de menos. Manifiesta instruccion y filosofia, sino abusára á veces de la primera, y sino afectase demasiado la segunda. Conoce su lengua, y aun creemos que pueda deber al cultivo de la poesia esas disposiciones oratorias que hemos oido elogiar en él aplicadas al foro.

Damos el parabien al señor Alonso por los laureles que acumula sobre su cabeza con la publicacion de sus poesías, y nos le damos á nosotros mismos por haber tenido esta ocasion de hacer pública justicia al mérito del señor Alonso.



R. E.—Número 2.—2 de Marzo.—1835.

CARTA DE FÍGARO

A SU ANTIGUO CORRESPONSAL.

Ya se vé que te escribo poco, amigo mio; pero ¿qué quieres? me he propuesto no escribirte sino cuando suceda por acá alguna cosa buena, cuando haya alguna buena noticia, ó cuando las novedades que ocurran sean tan grandes que valgan la pena de escribir sobre ellas cuatro párrafos de sustancia y de gusto. Cosa buena no ocurre, ni viene buena noticia de ninguna parte; y por lo que hace á novedades, todas las de por acá son viejas. A mí se me figura siempre que he visto ya en otra parte todas nuestras novedades; y debe de consistir en que las unas son plagios, las otras imitaciones, y las demas repeticiones de nosotros mismos. Siempre vamos por el mismo camino, y lo que es peor, al mismo parage. Hay sin embargo quien asegura que esta vez no vamos por ningun camino, ni á ninguna parte; si esto fuese cierto, ya sería el caso muy diferente.

Me preguntas ¿qué era eso que andábamos buscando aqui y que no se encontraba? Por esas señas apenas sé lo que me quieres decir. Todo... Me he figurado, al fin, si me querrias hablar del ministerio. Pero si era eso, ¿á qué tanto misterio? Ya no estamos en tiempo de Calomarde; ahora se puede hablar claro y sin rodeos todo lo que se piensa, cuando se piensa. Aqui se habla

mal de muchos ministros, y se los nombra y todo: á nadie han preso todavía por eso, lo cual es muy de alabar, y prueba por lo menos que no se quieren cometer injusticias.

En punto á ministerio te diré que es cierto que hemos andado buscando ministros. Tú sabes el cuento de Diógenes y la linterna. Poco mas ó menos se ha hecho aqui buscando un hombre. Parece que no es nada el ser ministro. Pues es algo. Antes, ¡vaya! Pero ahora con esto de que el ministro ha de saber hablar, y se ha de vestir limpio, y qué sé yo cuántas cosas... Sucede que no se atreven á quitar un ministro, porque, amigo, ¿dónde van por otro? Hombres para ministros no nacen todos los dias; y si *nacieran*, como decia muy bien el señor presidente del consejo de ministros en una lindísima elegía,

Solo al tocarlos yo se marchitáran,

porque esa es la suerte de todas las cosas de nuestro país. Pero por fin el hombre ya parece que se ha encontrado, y está provisto el ministerio de la Guerra.

Hace un año, poco mas, decia el gobierno (que entonces era Cea) que para acabar con don Carlos no se necesitaban *liberales ni innovaciones*. Pasó el tiempo, y fue preciso echar mano de *liberales y de innovaciones*, lo menos que se pudo, es verdad; pero al fin fue preciso. Que tuvimos ya nuestro poco de liberales, y nuestro poquito de innovación; siguieron los que entraron con el mismo cantar: *nosotros lo acabaremos*, dijeron; *pero ni hace falta Mina, ni...* Pues hizo falta *Mina*, hizo falta *Valdés*... Y hará falta todo.

Pues un espejo de lo que ha sucedido en Guerra ha sido *Gracia y Justicia*. De renuncia en renuncia vinimos á parar en fin al señor Dehesa. Yo no le conocia, ni tú tampoco; pero eso no prueba nada. Me dirás á eso que tú no has dicho que pruebe algo; entonces estamos de acuerdo. En Interior ha sido otra cosa; allí no costó nada el hacer la mudanza, si se esceptúa lo que costó decidirse á ella, y han puesto al señor Medrano. Con respecto á sus doctrinas, bien conocidas son; no hay sino coger los periódicos y echarse á adivinar en las sesiones que dan los taquígrafos lo que deben haber dicho los oradores, y por ahí te pones al corriente en un momento.

Lo que es la Hacienda sigue lo mismo, y el Estado *in statu quo*. La Marina sin novedad, que por cierto es lástima. La cuádruple alianza parece que tiene olvidada su cláusula de sacar al Pretendiente del territorio de la Península. A eso dirán que ya han cumplido, y que lo han sacado otra vez... No es para todos los días andar como pala de horno, sacando y metiendo á S. A. en la Península. Que se salga él si quiere, y si no que lo deje; lo demas no es tener maldita la formalidad.

Los presupuestos van en boga. El Conservatorio de Música no ha podido sacar un maravedí á la nacion. Primero se contentó con 600,000 reales, luego ya pidió 400,000, despues subió hasta 80,000. Pero nada. Sin embargo, á él se le dan dos cominos de todo eso. Anoche se cantó allí la *Norma*, y se asegura que siguen cantando. Siempre se ha dicho que el *español cuando canta, ó rabia ó no tiene blanca*. Mira tú lo que

es: yo era de opinion de que le hubieran votado alguna friolera.

Ya vamos mudando los nombres á las cosas. En verdad que hasta ahora no estamos mas que en las calles; pero por alguna parte se ha de empezar. Ya los mudaremos todos, si Dios quiere.

Los teatros siguen abiertos la cuaresma; eso sí, las comedias con este régimen, ó lo que sea, pelechan. Y á propósito de comedias; te diré que aquellos veinte y ocho carlistas que se habian cogido en la costa Cantábrica han resultado ser veinte y siete. Parece que habia sido un yerro de cuenta.

La fusion sigue en boga por todas partes: dentro de poco conseguirán que se junten el agua y el aceite. Pero ¡qué químicos, amigo, qué químicos! Asi nos refundiéramos como nos fundimos.

A propósito, tambien se me olvidaba la gran novedad, la verdadera novedad del dia. *La Revista y el Mensajero* se han fundido, es decir, se han casado. Si ha sido casamiento por amor ó por interes no te lo diré; pero yo creo que se querian; ya sabes que hace tiempo que se conocian; dónde se han visto, y dónde se han tratado, nadie lo sabe, porque al fin los padres siempre han andado por distinto lado, pero los chicos son el diablo: ello es que de la noche á la mañana nos hemos encontrado hecha la boda. La novia ha llevado casa puesta, coche y buen dote; y el novio sobre un capital decente muy buenas dotes. Él es un poco brusco y exigente; nada de transigir: hombre al fin: ella, que si fue coqueta, que si no fue coqueta. Pero es lo que ha dicho el *Mensajero*: *lo que no es en mi año, no es en mi*

daño. Por otra parte, vaya usted á buscar una muger que no sea coqueta, y que no haya hecho cara á... ¡Delirios! ó no casarse, ó apechugar con ellas como son.

La boda fue ayer, y hoy podemos decir con Desmahis:

*La jeune épouse de la veille
Tout á la fois pâle et vermeille
Avait encor l'air étonné;
Et tout ensemble heureuse et sage,
Laisait lire sur son visage
Le plaisir qu'elle avait donné.*



Yo creo que harán buen menage, porque al fin, pienso como Voltaire:

*Point de milieu; l'hymen et ses liens
Sont les plus grands où des maux où des biens.*

Y mas creo, que no tendrá que reproducir nunca la Revista la queja aquella de la señora que se querellaba de su marido ante los tribunales, diciendo: *Mi marido es gran músico, buen escribano, singular contador, salvo que no multiplica.*

Con esto, y con añadirte que en Navarra no hay novedad, y que se acabará probablemente la sesion sin presentarse la ley de ayuntamientos, y sin lograr una buena ley de imprenta, ya me parece que te digo bastante. Si á esto añades que estas semanas pasadas nos han robado en Madrid hasta por las calles, ¡tantos ladrones ha habido! no te queda mas que saber. = Tuyo.

R. E.—Número 9.—9 de Marzo.—1835.

EL HOMBRE-GLOBO.

La física ha clasificado los cuerpos, según el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos, y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de ebulición. Es ley general de los cuerpos la gravedad, ó la atracción que ejerce sobre ellos el centro común; es natural que esta atracción se ejerza mas fuertemente en los que retienen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que éstos por consiguiente tengan mas gravedad específica, y ocupen el puesto mas inmediato al centro. Así es, que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un río; un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en continuo movimiento para obedecer á la ley que le obliga á buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y se gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física, lo uno porque dudo si tengo la bastante para mí,

y lo otro porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella mas que yo; no hago mas que sentar una base de donde partir.

Igual clasificacion á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probemos.

Hay hombres sólidos, líquidos, y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Solo el contacto de la tierra puede sostener su vida; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raiz*, el *hombre-patata*: arrancado el terron que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensacion, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordinariamente; empuja casi hácia abajo el suelo que le sostiene; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes á legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio pelo le abruma, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, agena de él, le conmueve, produce un son confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes, que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él tambien tiene su alma particular; es su grado de calórico; pero tan poca cosa, que no

desprende luz; es un fuego fátuo entre otros fuegos fátuos; sirve para confundirle y estraviarle mas; el *hombre-sólido*, por lo tanto en religion, en política, en todo, no ve mas que un laberinto, cuyo hilo jamas encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamas se encenderá: falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demas cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, asi el *hombre-sólido* sostiene á los demas que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habria tiranos; y como aquellos son eternos, estos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdria llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcan. Ni mas ni menos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empellon; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace, yo creo que al nacer no hace mas que variar de forma); del café donde le pusieron á servir sorbetes; del callejon donde limpia botas; del buque donde carga las velas ó les to-

ma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baules; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre á los demas instrumentos.

El *hombre-líquido* fluye, corre, varía de posición; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolucion él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace al correr daño ó provecho, así el *hombre-líquido* al moverse no es mas que un instrumento menos imperfecto, que subleva instrumentos mas ignorantes; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafía al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen á rodar; el agua murmura solo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así tambien, va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo; el golpe dado ya en el líquido encuentra resistencia, produce ondas, imprime movimiento. Hé aqui otra observacion. El golpe dado al pueblo simplemente es solo perjudicial para él: el que se da

en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-líquido* tiene un alma menos compacta, y en ella mas grados de calórico, pero alma de imitacion; como todo líquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porcion toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán ustedes tambien al momento; su movimiento continuo le delata; pasa de un empleo á otro, va á ocupar los vacíos de las vacantes; hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la corte; pero por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se pára y se encarcela; no le es dado correr mas. Hoy es arroyo, mañana rio caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer; rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve á caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-líquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formacion de la tercera se necesita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

Hé aqui nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado á adquirir la competente dilatacion, se alza por sí solo donde quiera que está, y se sobrepone á ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos;

llega hasta la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, rompería, como el vapor, la caldera, y escaparía. Ponedle en una aldea; él vencerá la distancia y llegará á la capital; tirará el arado; pondrá un pie en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*, y una vez arriba: "*Yo mando, esclamará, no obedezco.*" Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* á primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapon de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay mas medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, mas natural que el que demos á esta especie el nombre de *hombre-globo*: solo así podemos hacerle perceptible á nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la direccion, emprendido y malogrado últimamente en París: todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente mas ligeros que otros; pero no todos se habrán parado á considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro pais de la perfeccion de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podia elevarse el *hombre-globo* entre no-

sotros, era sumamente limitada: los que mas se habian podido separar del suelo habian hecho consistir todo su esfuerzo en llegar á los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba á ser entonces ministro, habia hecho toda la ascension que se podia de él esperar: uno solo conocieron nuestros fisicos mas experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las mas altas cornisas del coronamiento del real Palacio; pero sea por falta de direccion una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer todo agujereado á orillas del Tiber, donde yace todavía mal parado: culpa acaso tambien de no haber hecho uso de para-caidas, aunque, como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla, *para-caidas no hay como un globo roto.*

Pero cuando posteriormente se han visto en casi todos los paises elevarse muchos á alturas desmesuradas, y mantenerse mas ó menos tiempo en ellas, no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se eleven verdaderamente, sino atribuyéndolo á desgracia del pais mismo. Los Estados-Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuanto pudo, y manejando diestramente su válvula, descendió cómo y cuando le plugo; de Francia hicieron mil su ascension, que estan todavía en la altura, haciendo la admiracion de los espectadores; la Suecia mira uno en su pináculo todavía; y si el mayor de todos fue á parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas.

Ahora bien, observemos al *hombre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron á quererse henchir multitud de mongolfieras; pero estábamos indudablemente al principio de la invencion, y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja, porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho, los otros quisieron sostenerse en tierra firme; pero han ido poco á poco deshinchándose, y una ráfaga ha acabado con unos, otra con otros.

El año 20 quisieron repetir el experimento; pero por lo visto no habian aprendido nada nuevo: no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del norte, que los envolvió, pegó fuego á unos que cayeron miserablemente donde pudieron, y arrebató á otros á caer de golpe y porrazo en países remotos y extranjeros. Raro fue el que cayó suavemente. Pero adelanto positivo para la ciencia no hubo ninguno.

Hé aquí sin embargo á nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascension; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Icaros, tienen miedo hasta al gas que los ha de levantar: y en una palabra, nosotros no vemos que suban mas alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Veán ustedes sin embargo al *hombre-globo* con todos sus caractéres. ¡Qué ruido antes! ¡*La ascension! Va á subir.* ¡*Ahora, ahora sí va á subir!* Gran fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confía: ved cómo se hinchen. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero como casi todos nuestros globos mientras estan abajo entre nosotros, asombra su grandeza, y su aparato y su

fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo mas pequeños; á la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y por supuesto, en llegando arriba, no hay direccion. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar direccion á este globo!

Entre tanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aqui, otro allá, descarga lastre... ¡inútiles afanes! al fin viene al suelo: solo observo que estan ya muchos en el uso del para-caidas: todos caen blandamente, y no lejos: los que mas se apartan van á caer al Buen-Retiro.

Pero, señor, me dirán, ¿y ha de ser siempre esto asi? ¿No les basta á esos hombres de experiencias? ¿Serán ellos los últimos que se engañen de sí mismos?

Hé ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada, creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos*; pero si los hay, ¿por qué no obedecen á las leyes de la naturaleza? Si su gas tiene mas intensidad, ¿cómo no se elevan por sí solos, cómo no se sobreponen á los otros?

Esta investigacion me conduciria muy lejos. Mi objeto no ha sido mas que pintar el *hombre-globo* de nuestro pais: un artículo de física no puede ser largo: si fuera de política sería otra cosa. Haré mi última deducción, y concluiré: los Rozzos, que hasta ahora han hecho pinitos á nuestra vista, parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡Otros al puesto, experimen-

tos nuevos! Si por el camino trillado nada se ha hecho, camino nuevo.

Esto la razon sola lo indica. Si hay un *hombre-globo*, que salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar direccion; y como dice Quevedo, *ascender á rodar es desatino; y el que desciende de la cumbre, ataja*; observe que puede sucederle lo que á los demas, que conforme se vaya elevando se vaya viendo mas pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejémos el *para-caidas*.



R. E.—Núm. 16.—16 de Marzo.—1835.

LA ALABANZA,

ó

QUE ME PROHIBAN ESTE.

Suponiendo que se escriba con principios, se puede escribir despues con varios fines. O se escribe para sí, ó se escribe para otros. Descifremos bien esto. Lo que se escribe en un libro de memorias se escribe evidentemente para sí. De modo que un *souvenir* es un monólogo escrito. No diré precisamente que sea necio el decirse uno las cosas á sí mismo, porque al cabo, ¿dónde habian de encontrar ciertos hombres un auditorio indulgente sino hablasen consigo mismos? Lo que diré es que yo nací con buena memoria. ¡Ojalá fuera mentira! Y tengo reparado que las cosas que una vez me interesan, tarde ó jamas se me olvidan; por lo tanto nunca las apunté; y las que no me interesaron siempre juzgué que no valian la pena de apuntarlas. Por otra parte, de diez cosas que en la vida suceden las nueve son malas, sin que esto sea decir que la otra sea enteramente buena. Razon demas para no apuntar. ¡Cuánto mas filosófico y mas consolador sería sustituir al *souvenir* otro repertorio de anotaciones llamado *olvido!* Cosas que debo olvidar, pondria uno encima: figúrese el lector si

el tal librero necesitaria hojas, y si podria uno estar ocioso un solo instante, una vez comprometido á llenar sus páginas de buena fé. Siempre he abundado en la idea de que se hacen generalmente las cosas al revés: el *souvenir* es una idea inversa; en este sentido nunca he escrito para mí.

Continuemos echando una ojeada sobre los que escriben para sí.

El que escribe un memorial escribe sin duda para sí. Generalmente nadie lee los memoriales, sino el que los escribe, que es el único á quien importan; la prueba de esto es que cuando el empleo se ha de dar, ya está dado antes de hacer el memorial; y cuando hay que hacer el memorial, es señal de que no hay que contar con el empleo. Apelo á los señores que estan colocados y á los que se han de colocar. Es, pues, mas necio escribir un memorial, que un *souvenir*. En este sentido tampoco he escrito nunca para mí.

El que escribe un informe, un consejo, un parecer, escribe para sí; la prueba es que generalmente siempre se pide el consejo despues de tomada la determinacion, y que cuando el informe no gusta se desecha.

El que escribe á una querida escribe para sí, por varias razones; por lo regular rara vez se encuentran dos amantes en igual grado de passion; por consiguiente el calor del uno es griego para el otro, y viceversa. Además, desde el momento en que dejamos de querer á nuestra amada, dejamos de escribirla. Prueba de que no escribiamos para ella.

Los autores han dicho siempre en sus prólo-

gos, y se lo han llegado á creer ellos mismos, que escriben para el público; no sería malo que se desengañasen de este error. Los no leídos y los silbados escriben evidentemente para sí: los aplaudidos y celebrados escriben por su interes, alguna vez por su gloria; pero siempre para sí.

¿Quién es, pues, me dirán, el que escribe para otro? Lo diré. En los países en que se cree que es dañoso que el hombre diga al hombre lo que piensa, lo cual equivale á creer que el hombre no debe saber lo que sabe, y que las piernas no deben andar, en los países donde hay censura, en esos países es donde se escribe para otro, y ese otro es el censor. El escritor que, lleno ya un pliego de papel, lo lleva á casa de un censor, el cual le dice que no se puede escribir lo que él lleva ya escrito, no escribe ni siquiera para sí. No escribe mas que para el censor. Este es el único hombre en que yo disculparia que escribiese un libro de memorias, y hasta que escribiese un memorial. A mayores tonterías puede obligar una prohibicion.

Estoy muy lejos de querer decir que yo haya escrito nunca para otro, en este sentido, porque, aunque es verdad que he tenido relaciones con varios señores censores, por otra parte muy beneméritos, puedo asegurar, que en cuanto he escrito, nunca he puesto una sola palabra para ellos, no porque no crea que no son muy capaces de leer cualquier cosa, sino porque siempre acaban por establecerse entre el censor y el escritor etiquetillas fastidiosas y dimes y diretes de poca monta, y á decir verdad soy poco amigo de cumplimientos. Los de los censores me hacen

el mismo efecto que le hacian al portugués los del casteçao. El cuento es harto sabido para repetirlo. Esto sería no escribir para nadie.

Bien determinado como estoy á no escribir jamas para el censor, he tratado siempre de no escribir sino la *verdad*, porque al fin, he dicho para mí, ¿qué censor habia de prohibir la *verdad*, y qué gobierno ilustrado, como el nuestro, no la habia de querer oír? Asi es, que si en el reglamento de censura se prohíbe hablar contra la religion, contra las autoridades, contra los gobiernos y los soberanos estrangeros, y contra otra porcion de materias, es porque se ha presumido con mucha razon, que era imposible hablar mal de esas cosas, diciendo verdad. Y para mentir mas vale no escribir. Todo esto es claro; es mas que claro; casi es justo.

Lo que está permitido es alabar, sin que en eso haya límite ninguno; porque es probado que en la alabanza ni puede haber demasía, sobre todo, para el alabado, ni puede dejar de haber verdad y justicia. Por esta razon yo me he propuesto alabar siempre todo, y á este principio debo la gran publicidad que se ha permitido á mis débiles escritos. Sistema que seguiré siempre; y que hoy mas que nunca seguiré, porque efectivamente no hay motivo para otra cosa.

Al decidirme á este plan tuve presente otra consideracion, por mejor decir, un principio de moral incontestable en todos los tiempos y paises. El hombre no debe hacer cosa que no pueda confesar y publicar altamente. Es asi que no puede decir ningun escritor que se le ha prohibido un artículo por la censura, porque eso lo

prohibe la ley, y la ley no puede ser mala; luego, ¿cómo habia yo de escribir artículos que se me pudiesen prohibir? Ni los he escrito, ni los he de escribir; ni lo dijera, si por algun evento los hubiera escrito, ni yo lo quiero decir, ni me dejarán tampoco, aunque yo quisiera. No hay medio. Por eso hago bien en no querer.

Persuadir ahora de las ventajas que me trae el no escribir para otro, y el alabar constantemente cuanto veo, paréceme un tanto inútil. Y tienen mis alabanzas lo que tienen pocas, y es, que no me han valido ningun empleo; no porque yo no pudiera servir para él, sino porque ellos que no lo dan, y yo que no lo recibo, hemos querido sin duda que mis alabanzas sean del todo independientes.

De esta independendencia nace el desembarazo con que he alabado francamente en distintas ocasiones, ora el amor de familia con que se ha solido colocar á los deudos y amigos de los gobernantes, cosa que ha variado ya enteramente; ora la prudente lentitud con que se han entregado y se entregan las armas á nuestros amigos; ora la oportunidad é idea con que se vistió á los señores Próceres, y en momentos de aprieto, fundados en que mas da el *duro que el desnudo*; ora la perspicacia con que se han descubierto varias conspiraciones, y se ha salvado á la patria amenazada; ora la prevision con que se evitó que se interpretase mal la primera acometida del cólera; ora la precipitacion con que se ha llevado á su término la guerra civil; ora... pero ¿á qué mas? yo no he dejado cosa apenas que no haya alabado; y si algo me he dejado, por mi vi-

da que me pesa, y téngolo de alabar hoy.

Por todo lo que llevo dicho hay pocas cosas que me incomoden tanto como el oír el continuo clamoreo de esas gentes quejumbrosas, á quienes todo cuanto se hace, ó parece mal, ó parece por lo menos poco. Aquí me irrito, y les respondo: ¿Poco, eh? Vamos á ver: ¿cuántos meses llevamos?—¿De qué? me preguntan. —¿De qué? De qué... de... Estatuto Real.—No llega á un año.—Y en poco menos de un año, aquí es la mia, se han reunido dos estamentos; se han mudado dos ministros de la guerra; se han visto tres ministros de lo interior; no se ha visto mas que un ministro de estado, pero se le ha oído mas que si hubieran sido tres. Se ha visto un ministro de hacienda, y la hacienda tambien, y como dice el refran, *hacienda, tu dueño te vea*; y si no se ha visto marina, eso poco importa, que nada dice de marina el refran. En menos de un año se ha abolido el voto de Santiago; ha habido tambien sus sesiones de Próceres alguna vez; y si en menos de un año se ha puesto la faccion sobrado pujante, tambien en menos de un año han penetrado los primeros talentos de España, que era preciso, por fin, hacer un esfuerzo. En menos de un año ¡qué de generales famosos no se han estrellado! ¡Qué de facciosos no se han perdonado! ¡Qué de gracias no se han dicho por varios insignes oradores! ¡Cómo en menos de un año ha dicho el uno un chascarrillo, y cómo le han contestado con otro y con otros! ¡Qué de insultillos ocultos del procurador al ministro, y del ministro al procurador!

*Cien veces ciento
mil veces mil.*

¡Cuánta serenidad, pues, en menos de un año, para ocuparse en apuros de la patria hasta de los mas pequeños dimes y diretes! ¡Cuánta conversacion! Temístocles le decia á su general: *¡Pega, pero escucha!* Cada uno de nuestros oradores es un Temístocles; con tal que le dejen hablar, él le dirá tambien á la guerra civil, al Pretendiente, á toda calamidad: *Pega, pero escucha.* ¿Qué mas cosas querrian ver esas gentes, qué mas sobre todo querrian oir en poco menos de un año?

No hay prevision, me decia uno dias pasados. — ¡No hay prevision! exclamé. Esto ya es mala fé. Y todo ¿por qué? Porque han sucedido cuatro lances desgraciados, que á pesar de haberse sabido no se pudieron prevenir. Pero esto ¿qué importa? A buen seguro que en cuanto acabó de suceder lo de Correos bien se puso un centinela avanzada en medio de la Puerta del Sol, que antes no le habia; el cual se está allí las horas muertas, viendo si viene algo por la calle de Alcalá. ¡Que vuelvan ahora los del 18! ¿Y no hay prevision?

¡Maldicientes! Lo mismo que el entusiasmo. Mil veces he oido decir que han apagado el entusiasmo. ¿Y qué? Pongamos que sea cierto. ¿No se acaba de decidir ahora que se haga entusiasmo nuevo? ¿No se va á escribir á todos los señores gobernadores que fomenten el espíritu público y que hagan entusiasmo á toda prisa? ¿Y no lo harán por ventura? Y excelente y de la mejor ca-

lidad. El año pasado no hacia falta el entusiasmo; como que la faccion era poca y el peligro ninguno, nos ibamos bandeando sin entusiasmo y sin espíritu público; y luego, que entonces estaba la anarquía cosida siempre á los autos del entusiasmo, y ahora ya no. Y el entusiasmo de ahora ha de ser un entusiasmo moderado, un entusiasmo frio y racional, un entusiasmo que mate facciosos, pero nada mas: entusiasmo, señor, de quita y pon, y entusiasmo, en una palabra, sordo-mudo de nacimiento: entusiasmo que no cante, que no alborote el cotarro; que no se vuelva la casa un gallinero. Y este es el bueno, el verdadero entusiasmo. No sino volvamos á las canciones patrióticas. ¿Qué trajo la ruina del sistema? Unas veces dicen que fue la libertad de imprenta, otras que fue... No señor, hoy estamos de acuerdo en que fueron las canciones. ¿Y esto no será de alabar?

Yo alabaré siempre; yo defenderé: reniego de la oposicion. ¿Qué quiere decir la oposicion?

Hé aqui un artículo escrito para todos, menos para el censor. La ALABANZA, en una palabra: ¡QUE ME PROHIBAN ESTE!



R. E.—Número 30.—30 de Marzo.—1835.

UN REO DE MUERTE.

Quando una incomprendible comezon de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de marmuración, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas pseudo-filantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin dada por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro: á esa muchedumbre en continuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde á veces hasta de valde y en valde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí á ella, y puedo asegurar que al co-
tejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era mas consolador este que aquel: porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caída y vilipendiada, las intrigas incesantes, el cri-

men entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al menos: *aquello es falso; es pura invencion; es un cuento forjado para divertirnos*; y en el mundo es todo lo contrario; la imaginacion mas acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mando hay que sufrirle; alli se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupacion es un rey, cada hombre un tirano; y de su cadena no hay librarse; cada individuo se constituye en eslabon de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros sin embargo, peor el uno que el otro, vino á desalojarme una farsa que lo ocupó todo. La política. ¿Quién hubiera leído un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe, y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telon de la política escenas, sino mejores, de un interes ciertamente mas próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la faccion, y todos volvimos la cara á mirar de dónde partia el tiro; en esta nueva representacion, semejante á la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*, vimos un faccioso primero, y luego vimos un *faccioso mas*, y en pos de él poblarse de facciosos el telon. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimi la pluma contra las balas, y revolviéndome

á una parte y otra, di la cara á dos enemigos; al faccioso de fuera, y al justo medio, á la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que habia mal engendrado; pero tras este debian venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debia destronar á su padre. Nació la censura, y héme aqui poco menos que desalojado de mi última posicion. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento; respétole y le obedezco; hé aqui cuanto se puede exigir de un ciudadano: á saber, que no altere el orden; es bueno tener entendido que en política se llama *orden* á lo que existe, y que se llama *desorden* este mismo *orden* cuando le sucede otro *orden* distinto; por consiguiente es perturbador el que se presenta á luchar contra el orden existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con mas, pasa á *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el orden probablemente, porque nunca tendré la locura de creermé por mí solo mas fuerte que él: en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para mas adelante, porque la eperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habian de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de

ser rechazado en posiciones mas avanzadas. Ahora bien, espero que despues de esta prévia inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle: digo esto, porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende mas veces de su asunto y de la predisposicion feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola, considérome débil, y escribo todavía con mas miedo que poco mérito, y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repeticion diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente á considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no debieran parecérnoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal ó cual manera, porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razon; pero esta es la dificultad que hay para hacer reformas: hé aqui por qué las leyes dificilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres: hé aqui por qué caducan multitud de leyes que no se derogan: hé aqui la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto: volvamos á él: este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inesplicable, supuesto que la sociedad al aplicarla no hace mas que suprimir de su mismo cuerpo

uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo á un trozo de poesía romántica.

*Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar.*

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; este grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algún reo de muerte habrá hecho esta singular observacion; pero debe ser horrible á sus oídos el último grito que ha de oír de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leida y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religion se apodera de él como de una presa ya segura: la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales transcurren allí para él: gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad sin embargo se abre

paso al través del corazón en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresión, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trata de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él; injusticia por cierto incomprendible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad al exigir valor y serenidad en el reo de muerte, con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y estraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educación; cada cual obedece á sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educación, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religion en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oídos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazón á Dios, y este es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordeció á la voz del deber y de la religion, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectación de despreocupado

en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religion acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor; y en esos reos, en quienes una opinion es la preocupacion dominante, se han visto las muertes mas serenas.

Llegada la hora fatal entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compas monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é irreligiosas, que momentos antes componian juntamente con las preces de la religion el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de pies y manos sobre un animal, que sin duda por ser el mas útil y paciente, es el mas despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones estan coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre. ¿Qué espera esa multitud? diria un extranjero que desconociese las costumbres. ¿Es un rey el que va á pasar; ese ser coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un dia solemne? ¿Es una pública fes-

tividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curioséa está nación? Nada de eso. Ese pueblo de hombres va á ver morir á un hombre. ¿Dónde va?—¿Quién es?—¡Pobrecillo!—Merecido lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya.—¿Va sereno?—¡Qué entero va!

Hé aquí las preguntas y espresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situación del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desorden: la otra mitad es obra de la tropa que va á poner orden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolia, de indignacion y de desprecio. No quiero entrar en la cuestión tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaría ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿que loco se atrevería á rebatir ese? Pienso solo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un ser que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprendible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazon desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble?

¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo: en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo: esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los carneros de Casti, á quienes su amo proponia, no si debian morir, sino si debian morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena me pusieron delante que habia llegado el momento de la catástrofe: el que solo habia robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella; la sociedad tambien da ciento por uno: si habia hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos.

El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré al reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivia aun... De allí á un momento una lúgubre campanada de San Millan, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad que se abrian, resonó por la plazuela; el hombre no existia ya: todavía no eran las doce y once minutos.—“La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.”



R. E.—Número 34.—3 de Abril.—1835.

UNA PRIMERA REPRESENTACION.

En los tiempos de Iriarte y de Moratin, de Comella y del abate Cladera, cuando divididas las pandillas literarias se asestaban de librería á librería, de corral á corral, las burlas y los epigramas, la primera representacion de una comedia (entonces todas eran comedias ó tragedias) era el mayor acontecimiento de la España. El buen pueblo madrileño, á cuyos oídos no habian llegado aun, ó de cuya memoria se habian borrado ya las encontradas voces de *tiranía y libertad*, hacia entonces la vista gorda sobre el gobierno. S. M. cazaba en los bosques del Pardo, ó reventaba mulas en la trabajosa cuesta de la Granja; en la corte se intrigaba, poco mas ó menos como ahora, si bien con un tanto mas de hipocresía; los ministros colocaban á sus parientes y á los de sus amigos; esto ha variado completamente; la clase media iba á la oficina; entonces un empleo era cosa segura, una suerte hecha; y el honrado, el heróico pueblo iba á los toros á llamar *bribón* á boca llena á Pepe-hillo y Pedro Romero cuando el toro no se queria dejar matar á la primera. Entonces no habia mas guerra civil que los famosos bandos y parcialidades de *chorizos y polacos*. No se sospechaba siquiera que podia haber mas derecho que el de tirar varias cáscaras de melon á un *morcillero*, y el de acom-

pañar la silla de manos de la Rita Luna, de vuelta á su casa desde el teatro, lloviendo dulces sobre ella. En aquellos tiempos de tiranía y de inquisicion habia sin embargo mas libertad; y no se nos tome esto en cuenta de paradojas; porque al fin se sabia por dónde podia venir la tempestad, y el que entonces la pagaba era por poco avisado. En respetando al rey, y á Dios, respeto que consistia mas bien en no acordarse de ambas magestades, que en otra cosa, podia usted vivir seguro sin carta de seguridad, y viajar sin pasaporte. Si usted queria escribir, imprimia y vendia cuanto á las mientes se le viniese, y ahí estan sino las obras de Saavedra, las del mismo Comella, las de Iriarte, las de Moratin, las poesías de Quintana, que escritas en nuestros dias no podrian probablemente ver en muchos años la luz pública. Entonces ni habia espías, ni menos policia: no le ahorcaban á usted hoy por liberal y mañana por carlista, ni al dia siguiente por ambas cosas: tampoco habia esta comezon que nos consume de ilustracion y prosperidad: el que tenia un sueldo se tenia por bastante ilustrado, y el que se divertia alegremente se creía todo lo próspero posible. Y esto pesado en la balanza de las compensaciones es algo sin duda.

Habia otra ventaja, á saber; que si no queria usted cavar la tierra, ni servir al rey en las armas, cosas ambas un si es no es incómodas; si no queria usted quemarse las cejas sobre los libros de leyes ó de medicina; si no tenia usted ramo ninguno de rentas donde meter la cabeza, ni hermana bonita, ni muger amable, ni madre que lo hubiese sido; si no podia usted ser page de

bolsa de algun ministro ó consejero, decia usted que tenia una estupenda vocacion; vistiendo el tosco sayal tenia usted su vida asegurada, y dejando los estudios, como fray Gerundio, se metia usted á predicador. El oficio en el dia parece tambien haber perdido algunas de sus ventajas.

Por nuestros escritos conocerán nuestros lectores que no debimos nosotros alcanzar esos tiempos bienaventurados. Pero ¿quién no es hijo de alguien en el mundo? ¿Quién no ha tenido padres que se lo cuenten?

Entonces en el teatro se escuchaban pocas silbas, y el ilustrado público, menos descontentadizo, era á la par mas indulgente. Lo que por aquellos tiempos podia ser una *primera representacion*, lo ignoramos completamente, y como no nos proponemos pintar las costumbres de nuestros padres, sino las nuestras, no nos aflige en verdad demasiado esta ignorancia.

En el dia una primera representacion es una cosa importantísima para el autor de... ¿de qué diremos? Es tal la confusion de los títulos y de las obras, que no sabemos cómo generalizar la proposicion. En primer lugar hay lo que se llama *comedia antigua*, bajo cuyo rótulo general se comprenden todas las obras dramáticas anteriores á Comella; de capa y espada, de intriga, de gracioso, de figuron, &c. &c.; hay en segundo el drama, dicho melodrama, que fecha de nuestro interregno literario, traduccion de la *Porte Saint Martin*, como el Valle del Torrente, el Mundo de Arpenas, &c. &c.; hay el drama sentimental y terrorífico, hermano mayor del anterior, igualmente traduccion, como la Huérfana de

Bruselas; hay despues la comedia dicha clásica de Moliere y Moratin, con su versito asonantado ó su prosa casera; hay la tragedia clásica, ora traduccion, ora original, con sus versos pomposos y su correspondiente hojarasca de metáforas y pensamientos sublimes de sangre real; hay la piecicita de costumbres, sin costumbres, traduccion de Scribe, insulsa á veces, graciosa á ratos, ingeniosa por aqui y por alli; hay el drama histórico, crónica puesta en verso, ó prosa poética, con sus trages de la época y sus decoraciones *ad hoc*, y al uso de todos los tiempos; hay, por fin, sino me dejo nada olvidado, el drama romántico, nuevo, original, cosa nunca hecha ni oida, cometa que aparece por primera vez en el sistema literario con su cola y sus colas de sangre y de mortandad, el único verdadero; descubrimiento escondido á todos los siglos y reservado solo á los Colones del siglo XIX. En una palabra, la naturaleza en las tablas, la luz, la verdad, la libertad en literatura, el derecho del hombre reconocido, la ley sin ley.

Hé aqui que el autor ha dado la última mano á lo que sea: ya lo ha cercenado la censura decentemente; ya la empresa se ha convencido de que se puede representar, y de que acaso es cosa buena.

Entonces los periodistas, amigos del autor, saben por casualidad la próxima representacion, y en todos los periódicos se lee entre las noticias de facciosos derrotados completamente, la cláusula que sigue:

“Se nos ha asegurado ó sabemos (*el sabemos no se aventura todos los días*) que se va á po-

ner en escena un drama nuevo en el teatro de... (por lo regular del Príncipe). Se nos ha dicho que es de un autor conocido ya *ventajosamente* por obras literarias de un mérito incontestable. Deben desempeñar los principales papeles nuestra célebre señora Rodríguez y el señor Latorre. La empresa no ha perdonado medio alguno para ponerlo en escena con toda aquella brillantez que requiere su argumento; y tenemos *fundados motivos* (la amistad, nadie ha dicho que no sea un motivo, ni menos que no sea fundado) para asegurar que el éxito corresponderá á las esperanzas, y que por fin el teatro español &c. &c." y así sucesivamente.

Luego que el público ha leído esto, es preciso ir al café del Príncipe: allí se da razón de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de por qué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes, lo cual se dice al oído: el café del Príncipe, en fin, es el memorialista, el valenciano del teatro.

¿Ha visto usted eso del drama que trae la Revista?—¿Qué drama es ese?—No sé.—Sí, hombre, si es aquel que estaba componiendo... — ¡Ah! sí. ¡Hombre, debe ser bueno!—Preciso.—¿Cómo se titula?—¡FULANO!—¿A secas?—No sé si tiene otro título.—Es regular.—¿Cuántos actos?—Cinco creo.—No son actos, dice otro.—¿Cómo? ¿no son actos?—Sí, son actos, pero... yo no sé. — ¡Ah! sí. ¿Y muere mucha gente? — ¡Por fuerza! dicen que es bueno.

¿Gustará? dicen en otro corrillo. — Hombre, eso como este público es así... yo no me atrevería... pero mi opinión es que ó debe alborotar, ó

le tiran los bancos. — ¡Hola! — No hay medio. Hay cosas atrevidas; ¡pero qué escenas! Figúrese usted que hay uno que es hijo de otro. — ¡Oiga! — Pero el hijo está enamorado... Déje usted: yo no me acuerdo si es el hijo ó el padre el que está enamorado. Es igual. El caso es que luego se descubre que la madre no es madre: no; el padre es el que no es padre; pero hay un veneno, y luego viene el otro, y el hijo ó la madre matan al padre ó al hijo. — ¡Hombre! Eso debe ser de mucho efecto. — ¡Yo lo creo! Y hay una tempestad y una decoracion oscura, tétrica, romántica... en fin, con decirle á usted que la dama, ayer en el ensayo no podia seguir hablando. — ¡Ui!!!!

Si la cosa es por otro estilo, aunque ahora no hay cosas por otro estilo: — Es bonita, dicen, solo que es pesada; pero á mí me hizo reir mucho cuando la leí; es clásica por supuesto; pero no hay accion; no sucede nada.

El autor entre tanto se las promete felices, porque en los ensayos han convenido los actores (que son muy inteligentes) que hay una escena que levanta del asiento: solo se teme que el galan, que ha creído que el papel no es para su carácter, porque no es de bastante bulto, le haga con tibieza: y el segundo gracioso no ha entendido una palabra del suyo: no hay forma de hácerselo entender. Por otra parte, una dama está un poquillo ofendida porque la protagonista, que nació demasiado pronto, tiene mas años de los que ella quiere aparentar. Y los segundos papeles estan en malas manos, porque como aqui no hay actores...

Esto, sin embargo, los ensayos siguen su cur-

so natural: el autor se consume porque los actores principales no dicen su papel en el ensayo, sino que lo rezan entre dientes. — Un poco mas energía, se atreve á decir el autor, en ademán de pedir perdon. — No tenga usted cuidado, le responden; á la noche verá usted. — Con esto apenas se atreve á hacer nuevas advertencias; si las hace, suele atraerse alguna risilla escondida; verdad es que á veces el autor suele entender de representar menos todavía que el actor.

—¿Qué saco yo en la cabeza? le pregunta una jóven. ¿Diadema?—No es necesario.—Como soy... —No importa, se va usted á acostar cuando sucede el lance. — Es verdad.

¿Y yo, qué saco en las piernas? — La época, el calzon ajustado, pie y brazo acuchillados.— Es que no tengo. — Si tienes, dice un compañero, el calzon que te sirvió para Dido.—Ya; pero eso debe ser otra época. — No importa, le pones cuatro lazos, y es eso.

Yo saco peluca rubia, dice el gracioso.— ¿Por qué rubia? — No tengo mas que rubias; todas las hacen rubias. — Bien; así como así la escena es en Francia.—¡ Ah! ¡ entonces!... los franceses son rubios.—¿Y calva, por supuesto?—No, hombre, no: sino tiene usted mas que cincuenta años.— Es que todas mis pelucas tienen calva. — Entonces saque usted lo que usted quiera.

Yo necesito un retrato, que saco, dice otro. — No, un medallon: cualquier cosa: desde fuera no se ve.

Arreglado ya lo que cada uno saca, se conviene en que las decoraciones harán efecto, porque se han anunciado como nuevas: la del pabe-

llon de la *Espiacion*, en poniéndole cuatro retratos, es romántica enteramente, y si se añaden unas armas, no digo nada; un gabinete de la edad media; la de tal otra comedia en abriéndole dos puertas laterales, y en cerrándole la ventana, es el cuarto de la dama.

Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afeitar ó no; si tienen que afeitarse es preciso que se les den dos reales mas; ¿se han de poner limpios de valde? Para conciliar el efecto con la economía, se conviene en que los cuatro que han de salir delante se afeiten; los que estan en segundo término, ó confundidos en el grupo, pueden ahorrarse las navajas. Si deben salir músicos, es obra de romanos encontrarlos; porque es cosa degradante soplar en un serpenteon, ó dar porrazos á un pergamino á la vista del público; cuando van por la calle ó de casa en casa, entonces nadie los ve.

Por fin, ha llegado la noche: merced á los anuncios de los periódicos y de los carteles, en los cuales se previene al público que si se tarda en los entreactos es porque hay que hacer, y que como la funcion es larga, no admite intermedio ni sainete; merced á estas inocentes estratagemas, se acaban los billetes al momento, y á la tarde estan á dos, tres duros las lunetas. El autor ha tomado los suyos, y los amigos, que han comido con él, le tranquilizan, asegurándole que si el drama fuera malo se lo hubieran dicho francamente en las repetidas lecturas que se han hecho préviamente en casa de éste ó de aquel. Todo lo contrario: se han estasiado: y no es decir que no lo entiendan. El buen ingenio anda aquel dia

distraído; no responde con concierto á cosa alguna; reparte algunos apretones de manos, lo mas espresivos posibles, á cuenta de aplausos, y está muy modesto; se cura en salud; refuerza alguna sonrisa para contestar á los muchos que llegan y le dicen embromándole, sin temor de Dios: *Con que hoy es la silba; voy á comprar un pito.*

¡Las seis! es preciso asistir al vestuario. — ¡Qué tal estoy! — Bien: parece usted un verdadero abate; dése usted mas negro en esa megilla; otra raya; es usted mas viejo. Usted si que está perfectamente, señora, y cierto que daria los mejores trozos de mi comedia por ser el galan de ella, y hacer el papel con usted. Se me figura que está frio el segundo galan. — ¡Ah! no; ya lo verá usted; ahora está bebiendo un poco de ponche para calentarse. — ¿Sí, eh? ¡Magnífico! No se le olvide á usted aquel grito en aquel verso. — No se me olvida, descuide usted; aturdiré el teatro. — Sí, un chillido sentido: como que ve usted al otro muerto. Con que salga como en el penúltimo ensayo me contento. Alborota usted con ese grito. ¡A mí me estremeció usted, y soy el autor!...

¡La orden! ¡La orden! gritan á esta sazón.

¿Cómo la orden? esclama el autor asustado. ¿La han prohibido? — No señor, es la orden para empezar; habrá venido S. A.

Suena una campanilla. ¡Fuera, fuera! y salen precipitadamente de la escena aquella multitud de pies que se ven debajo del telon.

¡Cuidado con los arrojés, señor autor! dice un segundo apunte cogiéndole de un brazo. ¿Qué es eso? — Nada; los arrojés son cuatro mozos de cordel que hacen subir el telon, bajando ellos

colgados de una cuerda. Se oye un estruendo espantoso; se ha descornado la cortina, y el ingenio se refugia á un rincón de un palco segundo, detrás de su familia, ó de sus amigos, á quienes mortifica durante la representación con repetidas interrupciones. Tiene toda la sangre en la cabeza, suda como un cavador, cierra las manos, hace gestos de desesperación cuando se pierde un actor. Si lo dije, sino sabe el papel.—¿Silban?—¿Qué murmullo es ese?—Bien, bien: este aplauso ha venido muy bien ahí: esto va bien; ese trozo tenía que hacer efecto por fuerza.—¡Bárbaros! ¿Por qué silban? Sino se puede escribir en este país: luego la están haciendo de una manera... Yo también la silbaria.

En el auditorio son otras las expresiones fugitivas. ¡Vaya! Ya tenemos el telón bajando y subiendo.—¡Bravo! se han dejado una silla.—Mire usted aquel comparsa. ¿Qué es aquello blanco que se le ve? — ¡Hombre! ¡en esa sala han nacido árboles!—¿Lo mató? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Si morirá el apuntador. — Pues señor, hasta ahora no es gran cosa. — Lo que tiene es buenos versos.

Entre tanto la condesita de ** entra al segundo acto dando portazos para que la vean; una vez sentada no se luce el vestido: los *fashionables* suben y bajan á los palcos: no se oye: el teatro es un infierno: luego parece que el público se ha constipado adrede aquel día. ¡Qué toser, señor, qué toser!

Llegó el quinto acto, y la mareta sorda empieza á manifestarse cada vez mas pronunciada: á la última puñalada el público no puede mas, y prorrumpe por todas partes en ruidosas carca-

jadas: los amigos defienden el terreno; pero una llave decide la cuestion: sin duda no es la llave con que encerraba Lope de Vega los preceptos; y cae el telon entre la magestuosa algazara y con toda la pompa de la ignominia.

No sé qué propension tiene la humanidad á alegrarse del mal ageno; pero he observado que el público sale mas alegre y decidior, mas risueño y locuaz de una representacion silbada: el autor entre tanto sale confuso y renegando de un público tan atrasado: no estan todavía los españoles, dice, para esta clase de comedias: se agarra otro poco á las intrigas, otro poco á la mala representacion, y de esta suerte ya puede presentarse al dia siguiente en cualquier parte con la conciencia limpia.

Sus amigos convienen con él, y en su ausencia se les oye decir: —Yo lo dije; esa comedia no podia gustar; pero ¿quién se lo dice al autor? ¿Quién pone el cascabel al gato?—Yo le dije que cortara lo del padre en el segundo acto: aquello es demasiado largo; pero se empeñó en dejarlo.

He observado sin embargo que los amigos literatos suelen portarse con gran generosidad; si la comedia gusta, ellos son los que como inteligentes hacen notar los defectillos de la composicion, y entonces pasan por imparciales y rectos: si la comedia es silbada, ellos son los que la disculpan y la elogian; saben que sus elogios no la han de levantar, y entonces pasan por buenos amigos. En el primer caso dicen:—Es cosa buena, ¿cómo se habia de negar? No tiene mas sino aquello, y lo otro, y lo de mas allá... ya se ve las cosas no pueden ser perfectas.

En el segundo dicen:—Señor, no es mala; pero no es para todo el mundo: hay cosas demasiado profundas: tiene bellezas: sobre todo hay versos muy lindos.

Pero la parte indudablemente mas divertida es la de oír, acercándose á los corrillos, los votos particulares de cada cual: este la juzga mala porque dura tres horas; aquel porque mueren muchos; el otro porque hay gente de iglesia en ella; el de mas allá porque se muda de decoraciones: es otro porque infringe las reglas: los contrarios dicen, que solo por esas circunstancias es buena. ¡Qué Babilonia, Santo Dios! ¡Qué confusion!

Al dia siguiente los periódicos... Pero ¿quién es el autor? ¿Es un principiante, un desconocido? ¡Qué nube! ¿Es algo mas? ¡Qué reticencias! ¡Qué medias palabras! ¡Qué exacto justo medio! ¡Despues de todo eso, haga usted comedias!!!



R. E. — Número 47. — 16 de Abril. — 1835.

LA DILIGENCIA.

Quando nos quejamos de que *esto no marcha*, y de que la España no progresa, no hacemos mas que enunciar una idea relativa; generalizada la proposición de esa suerte, es evidentemente falsa; reducida á sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Asi como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, asi no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos á nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar; hijas de la época, secuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la mas importante la facilitacion de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las Diligencias mas que un medio de transportar paquetes y personas de un pueblo á otro: seguros de alcanzar con su brazo de hierro á todas partes, se han sonreido imbécilmente al ver mudar de sitio á sus esclavos: no han considerado que las ideas se agarran como el polvo á los paquetes y viajan tambien en Diligencia. Sin Diligencias, sin navios, la libertad estaria todavia probablemente

te encerrada en los Estados Unidos. La navegacion la trajo á Europa; las Diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido á los hombres de todos los paises: verdad es que ese lazo de los liberales lo es tambien de sus contrarios; pero ¿qué importa? La lucha es asi general y simultánea: solo asi puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurría á usted hacer un viaje, empresa que se acometia entonces solo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de transporte. Estos se dividian entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no habia diferencia ninguna: no se concebía cómo podia un hombre apartarse de un punto en un solo dia mas de seis ó siete leguas; aun asi era preciso contar con el tiempo y con la colocacion de las ventas: esto, mas que viajar, era irse asomando al pais, como quien teme que se le acabe el mundo al dar un paso mas de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban solo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban á tomar posesion de su destino, los corregidores que mudaban de vara: los carromatos y las acémilas estaban reservadas á las mugeres de militares, á los estudiantes, á los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demas gentes no viajaban; y semejantes los hombres á los troncos, alli donde nacia, alli morian. Cada cual sabia que habia otros pueblos que el suyo en el mundo, á

fuerza de fé; pero viajar por instruccion y por curiosidad, ir á París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad: y el viajero al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: *¡Qué grande es el mundo!* Al llegar á París, despues de dos meses de medir la tierra con los pies, hubiera podido exclamar con mas razon: *¡Qué corta es el año!*

A su vuelta ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban á su al rededor para cerciorarse de si habia efectivamente París, de si se iba y se venia, de si era, en fin, aquel mismo el que habia ido, y no su ánima que volvia sola! Se miraba con admiracion el sombrero, los anteojos, el baul, los guantes, la cosa mas diminuta que venia de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecia imposible. *¡Ha ido á París! ¡ha vuelto de París!! ¡Jesus!!!*

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado á todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo mas, hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el dia se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, ó está uno en la emigracion, ó de vuelta de ella, ó disponiéndose para otra: el liberal es el simbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujó. Yo no sé cómo se lo com-

ponen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las Diligencias: ellos esperan siempre á pie firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene mas movimiento que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera ó dentro de la concha. A propósito, ¿la tiene ahora dentro ó fuera?

Volviendo empero á nuestras Diligencias, no entraré en la esplicacion minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos dias en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las Diligencias llamadas *reales*, sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las Diligencias de comun con su Magestad; una empresa particular las dirige, el público las llena, y las sostiene. La misma duda tengo con respecto á los *villares*; pero como si hubiera yo de estender ahora en el papel todas mis dudas no haria gran diligencia en el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en último resultado, que ora fuese á despedir á un amigo, ora fuese á recibirle, ora en fin con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las Diligencias.

No es facil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las Diligencias: yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros mas vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados: no hay sino ver y coger. A la entrada le llama á usted ya la atencion un pequeño aviso que advierte pegado en un poste, que nadie

puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen á despedir ó recibir á los viajeros: es decir, que allí solo puede entrar todo el mundo. Al lado numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios: aconsejarémos sin embargo á cualquiera que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba á entrar años pasados en el botánico con chaqueta y palo, y á quien un dependiente decia: — No se puede pasar en ese trage: ¿no ve el cartel puesto de ayer? — Sí señor, contestó el palurdo, pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego: verá como no hay carruages para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razón. — *¡Como los facciosos estan por ahí, y por allí, y por mas allá!!!* Esto siempre satisface: verá ademas como los precios no son los mismos que cita el aviso; en una palabra, si el curioso quiere proceder por orden, pregunte y lea despues, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quien dé razon; pero en ese caso puede volver á otra hora, ó no volver si no quiere.

El patio comienza á llenarse de viajeros y de sus familias y amigos: los unos se distinguen facilmente de los otros. Los viajeros entran despacio; como muy enterados de la hora, estan ya como en su casa: los que vienen á despedirles, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando: — ¿Ha marchado ya la Diligencia? Ah,

no; aquí está todavía. Los primeros tienen capa ó capote, aunque haga calor; echarpé al cuello y gorro griego ó gorra si son hombres: si son mugeres gorro ó papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué mas sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, á la ligera.

A la derecha del patio se divisa una pequeña habitación; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipages, piensan el último momento de su estancia en la población: media hora falta solo: una niña, ¡qué jóven, qué interesante! apoyada la megilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas: á su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pie, su trémula mano... “Vamos, niña, dice la madre, robusta é impávida matrona, á quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última, ¿á qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.”

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje: en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce á fondo todas las ventajas de la presión de una Diligencia. Sabe que en Diligencia el amor sobre todo hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pudor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse á la persona á quien nunca se ha visto, á quien nun-

ca se volverá acaso á ver, que no le conoce á uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajón dos, tres días con sus noches? Luego parece que la sociedad no está allí: una Diligencia viene á ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no sería precisamente donde tendríamos que sufrir mas deseos de la belleza. Por otra parte, ¡qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros! ¡qué multitud de ocasiones de prestarse mútuos servicios! ¡cuántas veces al día se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche ó en la posada! ¡cuántas veces hay que dar la mano para bajar ó subir! Hasta el rápido movimiento de la Diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en Diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre: sabido es que nunca está el corazón mas dispuesto á recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atras, dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡la naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto: pero sabe tambien que toda regla tiene escepciones, y que la edad de quince años es la edad de las escepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva.—Pobre niña, dice entre dientes: lo que es la poca edad: si pensará que no se aprecian las caras bonitas mas que en Madrid: el tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos paises.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años : el militar fija el lente ; ella es la que parte : hay lágrimas , sí ; pero ¿ cuándo no lloran las mugeres ? las lágrimas por sí solas no quieren decir nada : luego hay cierta diferencia entre estas y las de la niña : una sonrisa de satisfacción se dibuja en los labios del militar. Entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases , que no son reñir enteramente , pero poco menos : hay cierta frialdad , cierto dominio en el hombre. ¡ Ah ! es su marido. — Se puede querer mucho á su marido , dice el militar para sí , y hacer un viaje divertido.

— ¡ Voto va ! ya ha marchado , entra gritando un original , cuyos bolsillos vienen llenos de salchichon para el camino , de frazquetes ensogados , de petacas , de gorros de dormir , de pañuelos , de chismes de encender... ¡ Ah ! ¡ ah ! este es un verdadero viajero : su muger le acosa á preguntas. — ¿ Se ha olvidado el pastel ? — No , aqui le traigo. — ¿ Tabaco ? — No , aqui está. — ¿ El gorro ? — En este bolsillo. — ¿ El pasaporte ? — En este otro.

Su exclamacion al entrar no carece de fundamento ; faltan solo minutos , y no se divisa disposicion alguna de viaje. La calma de los mayorales y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros ; pero es de advertir que estos al ponerse en camino alteran el orden de su vida para hacer una cosa extraordinaria : el mayoral y el zagal por el contrario hacen lo de todos los dias.

Por fin , se adelanta la Diligencia : se aplica la escalera á sus costados ; y la vaca recibe en su

seno los paquetes: en menos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente á colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor á las repetidas solicitudes de los viajeros. — A ver, esa maleta; que vaya donde se pueda sacar. — Que no se moje ese baul. — Encima ese saco de noche. — Cuidado con la sombrerera. — Ese paquete, que es cosa delicada. Todo lo oye, lo toma, lo encajona, á nadie responde; es un tirano en sus dominios. — La hoja, señores, ¿tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿están todos? Al coche, al coche.

El patio de las Diligencias es á un cementerio, lo que el sueño á la muerte: no hay mas diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre; no les comprende el terrible *voi ch'intrate lasciate ogni speranza*, de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mugeres lloran sin vergüenza.

—Vamos, señores, repite el conductor; y todo el mundo se coloca. La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va á tomar las aguas: la bella casada entre una actriz que va á las provincias, y que lleva sobre las rodillas una gran caja de carton con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese al aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta:—¿Tendremos ladrones? y

un fraile corpulento, que con arreglo á su voto de humildad y de penitencia, va á viajar en estos carruages tan incómodos. La rotunda va ocupada por el hombre de las provisiones; una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de continuo á la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del succulento viajero una caja de un loro, é hinca el codo para colocarse en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va, trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura, las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea los caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida.—A Dios—hasta la vuelta—tantas cosas á Pepe: — envíame el papel que se ha olvidado — que escribas en llegando. — Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle á una casa que se desprendiese de las demas con todos sus trastos é inquilinos á buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.



R. E.—Número 58.—27 de Abril.—1835.

EL DUELO.

Muy incrédulo sería preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la mas estremada civilizacion: el hombre ha dado ya con la verdad, y la razon mas severa preside á todas las acciones y costumbres de la generacion del año 1835.

Dejarémos á un lado, por no ser hoy de nuestro asunto, la perfeccion á que se ha llegado en punto á religion y á política, dos cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir, y á que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente se merecen. En el primero no tenemos preocupacion ninguna, no abrigamos el mas mínimo error; y cuando decimos con orgullo que el hombre es el ser mas perfecto, la hechura mas acabada de la creacion, solo añadimos á las verdades reconocidas otra verdad mas innegable todavía. Hacemos muy bien en tener vanidad. Si hemos adelantado en política, dígalo la estabilidad que alcanzamos, la fijacion de nuestras ideas y principios: no solo sabemos ya cuál es el buen gobierno, el único bueno, el verdadero secreto para constituir y conservar una sociedad bien organizada, sino que lo sabemos establecer y lo gozamos con toda paz y tranquilidad. Acerca de sus bases estamos todos acordes, y es tal nuestra ilustracion, que una vez reconocida la verdad y

el interes político de la sociedad, toda guerra civil, toda discordia viene á ser imposible entre nosotros; asi es que no las hay. Que hubiese guerras en los tiempos bárbaros y de atraso, en los cuales era preciso valerse hasta de la fuerza para hacer conocer al hombre cuál era el Dios á quien habia de adorar, ó al rey á quien habia de servir... nada mas natural. Ignorantes entonces los mas, y poco ilustrados, no fijadas sus ideas sobre ninguna cosa, forzoso era que fuese presa de multitud de ambiciosos, cuyos intereses estaban encontrados. Empero ahora, en el siglo de la ilustracion, es cosa bien dificil que haya una guerra en el mundo. Asi es que no las hay. Y si las hubiera sería en defensa de derechos positivos, de intereses materiales, no de un apellido, no del nombre de un ídolo. La prueba de esto mismo es bien facil de encontrar. Esa poca de guerra, *que empieza ahora*, en nuestras provincias, es indudablemente por derechos claros y bien entendidos: sobre todo, si alguno de los partidos contendientes pudiese ir á ciegas en la lid, é ignorar lo que defiende, no sería ciertamente el partido mas ilustrado, es decir, el liberal. Este bien sabe por lo que pelea; pelea por lo que tiene, por lo que le han concedido, por lo que él ha conquistado.

En un siglo en que ya se ven las cosas tan claras, y en que ya no es facil abusar de nadie, en el siglo de las luces, una de las cosas sobre que está mas fijada la pública opinion, es el honor, quisicosa que, *en el sentido que en el dia le damos*, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este *honor* de la edad media

y de la confluencia de los godos y los árabes, se ha ido comprendiendo y perfeccionando á tal grado, á la par de la civilizacion, que en el dia no hay una sola persona que no tenga su honor á su manera; todo el mundo tiene honor.

En los tiempos antiguos, tiempos de confusion y de barbarie, el que faltando á otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias ó su atrevimiento, se infamaba á sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonrado. Ahora es enteramente al revés. Si una persona baja ó mal intencionada le falta á usted, usted es el infamado. ¿Le dan á usted un bofeton? Todo el mundo le desprecia á usted, no al que le dió. ¿Le faltan á usted su muger, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿Le roban á usted? Usted robado queda pobre, y por consiguiente deshonrado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó á pie, es usted gente ordinaria, canalla. ¡Milagros todos de la ilustración!

En la historia antigua no se ve un solo ejemplo de un duelo. Agamenon injuria á Aquiles, y Aquiles se encierra en su tienda, pero no le pide satisfaccion: Alcibiades alza el palo sobre Temístocles, y el gran Temístocles, segun una expresion de nuestra moderna civilizacion, queda como un cobarde.

El duelo, en medio de la duracion del mundo, es una invencion de ayer: cerca de seis mil años se ha tardado en comprender que cuando uno se porta mal con otro, le queda siempre un medio de enmendar el daño que le ha hecho, y

este medio es matarle. El hombre es lento en todos sus adelantos, y si bien camina indudablemente hacia la verdad, suele tardar en encontrarla.

Pero una vez hallado el desafío, se apresuraron los reyes y los pueblos, visto que era cosa buena, á erigirlo en ley, y por espacio de muchos siglos no hubo entre caballeros otra forma de enjuiciar y sentenciar que el combate. El muerto, el caído era el culpable siempre en aquellos tiempos: la cosa no ha cambiado por cierto. Siguiendo, empero, el curso de nuestros adelantos, se fueron haciendo cabida los jueces en la sociedad, se levantó el edificio de los tribunales con su séquito de escribanos, notarios, autos, fiscales y abogados, que dura todavía y parece tener larga vida, y se convino en que los *juicios de Dios* (asi se habia llamado á los desafíos jurídicos, merced al empeño de mezclar constantemente á Dios en nuestras pequeneces) eran cosa mala. Los reyes entonces alzaron la voz en nombre del Altísimo, y dijeron á los pueblos: "*no mas juicios de Dios; en lo sucesivo nosotros juzgaremos.*"

Prohibidos los juicios de Dios, no tardaron en prohibirse los duelos; pero si las leyes dijeron: *no os batireis*, los hombres dijeron: *no os obedeceremos*; y un autor de muy buen criterio asegura que las épocas de rigurosa prohibicion han sido las mas señaladas por el abuso del desafío. Cuando los delitos llegan á ser de cierto bulto, no hay pena que los reprima. Efectivamente, decir á un hombre: *no te harás matar, pena de muerte*, es provocarle á que se ria del

legislador cara á cara; es casi tan ridículo como la pena de muerte establecida en algunos países contra el suicidio; sabia ley que determina que se quite la vida á todo el que se mate, sin duda para su escarmiento.

Se podria hacer á propósito de esto la observacion general de que solo se han obedecido en todos tiempos las leyes que han mandado hacer á los hombres su gusto: las demas se han infringido y han acabado por caducar. El lector podrá sacar de esto alguna consecuencia importante.

Efectivamente, al prohibir los duelos en distintas épocas, no se ha hecho mas que lo que haria un jardinero que tirase la fruta queriendo acabarla; el árbol en pie todos los años volveria á darle nueva tarea.

Mientras el *honor* siga entronizado donde se le ha puesto, mientras la opinion pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinion pública, el duelo será una consecuencia forzosa de esta contradiccion social. Mientras todo el mundo se ria del que se deje injuriar impunemente, ó del que acuda á un tribunal para decir: "*me han injuriado.*" será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posicion ridícula en sociedad. Para todo corazon bien puesto la duda no puede ser de larga duracion: y el mismo juez que con la ley en la mano sentencia á pena capital al desafiado indistintamente ó al agresor, deja acaso la pluma para tomar la espada en desagravio de una ofensa personal.

Por otra parte, si se prescinde de la parte de preocupacion mas ó menos visible ó sublime del pundonor, y si se considera en el duelo el

mero hecho de satisfacer una cuenta personal, diré francamente que comprendo que el asesino no tenga derecho á quitar la vida á otro, por dos razones: primera, porque se la quita contra su gusto siendo suya: segunda, porque él no da nada en cambio.

Los duelos han tenido sus épocas y sus fases enteramente distintas: en un principio se batian los duelistas á muerte, á todas armas, y tras ellos sus segundos: cada injuria producía entonces una escaramuza. Posteriormente se introdujo el duelo á primera sangre; el primero le comprendo sin disculparle; el segundo ni le comprendo ni le disculpo; es de todas las ridiculeces la mayor; los padrinos ó testigos han sucedido á los segundos, y su incumbencia en el día se reduce á impedir que su mala fé abuse del valor ó del miedo. Al arma blanca se sustituye muchas veces la pistola, arma de cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir; en que la destreza es infame si hay superioridad, é inútil si hay igualdad.

La libertad empero, si no es la licencia de mi imaginacion, me ha llevado mas lejos de lo que yo pretendia ir; al comenzar este artículo no era mi objeto explorar si las sociedades modernas entienden bien el honor, ni si esta palabra es algo; individuo de ellas y amamantado con sus preocupaciones, no seré yo quien me ponga de parte de unas leyes que la opinion pública repugna, ni menos de parte de una costumbre que la razon reprueba. Confieso que pensaré siempre en este particular como Rousseau, y los mas rígidos moralistas y legisladores, y obraré como el

primer calavera de Madrid. ; Triste lote del hombre el de la inconsecuencia!

Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no ha muchos meses fui testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, mas que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relacion *ab ow*.

Mi amigo Cárlos, hijo del marqués de... era heredero de bienes cuantiosos, que eran en él al revés que en el mundo, la menos apreciable de sus circunstancias. Adorado de sus padres, que habian empleado en su educacion quanto esmero es imaginable, Cárlos se presentó en el mundo con talento, con instruccion, con todas esas superfluidades de primera necesidad, con una herencia capaz de asegurar la fortuna de varias familias, con una figura á propósito para hacer la de muchas mugeres, y con un carácter destinado á constituir la de todo el que de él dependiese.

Pero desgraciadamente la diferencia que existe entre los necios y los hombres de talento suele ser solo que los primeros dicen necedades, y los segundos las hacen: mi amigo entró en sociedad, y á poco tiempo hubo de enamorarse; los hombres de imaginacion necesitan mugeres muy picantes ó muy sensibles, y esta especie de mugeres deben de ser mejores para ajenas que para propias. La jóven Adela era sin duda alguna de las picantes: hermosa á sabiendas suyas, y con una conciencia de su belleza acaso harto pronunciada; sus padres habian tratado de adornarla de todas las buenas cualidades de sociedad; la sociedad llama buenas cualidades en una muger lo que se llama alcance en una escopeta y tino en

un cazador; es decir, que se habia formado á Adela como una arma ofensiva con todas las reglas de la destruccion; en punto á la coquetería era una obra acabada, y capaz de acabar con cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podia fingir admirablemente todo ese sentimentalismo, sin el cual no se alcanza en el dia una sola victoria; cantaba con una languidez mortal; le miraba á usted con ojos de víctima espirante, siendo ella el verdugo; bailaba como una sílfida desmayada; hablaba con el acento del candor y de la conmocion; y de cuando en cuando un destello de talento ó de gracia venia á iluminar su tétrica conversacion, como un relámpago derrama una ráfaga de luz sobre una noche oscura.

¿Cómo no adorar á Adela? Era la verdad entre la mentira, el candor entre la malicia, decia mi amigo al verla en el gran mundo; era el cielo en la tierra.

Los padres no deseaban otra cosa: era un partido brillante, la boda era para entrambos una especulacion; de suerte que lo que sin razon de estado no hubiera pasado de ser un amor, una calamidad, pasó á ser un matrimonio. Pero cuando el mundo exige sacrificios los exige completos, y el de Cárlos lo fue; la víctima debia ir adornada al altar. Negocio hecho: de allí á poco Cárlos y Adela eran uno.

He oido decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familias: tambien suele salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinion que la muger que empieza mal acaba peor. Adela fue un ejemplo de esta verdad: medio año hacia que se habia unido con santos

vínculos á Carlos; la moda exigia cierta separacion, cierto abandono. ¿Cuánto no se hubiera reido el mundo de un marido atento á su muger? Adela por otra parte estaba demasiado bien educada para hacer caso de su marido. ¡La sociedad es tan divertida y los jóvenes tan amables! ¿Qué hace usted en un rigodon si le oprimen la mano? ¿Qué contesta usted si la repiten cien veces que es interesante? Si tiene usted visita todos los dias, ¿cómo cierra usted sus puertas? Es forzoso abrirlas, y por lo regular de par en par.

Un joven del mejor tono fue mas asiduo y mañoso, y Adela abrazó por fin las reglas del gran mundo: el joven era orgulloso, y entre el cúmulo de adoradores de camino trillado parecia despreciar á Adela; con mugeres coquetas y acostumbradas á vencer, rara vez se deja de llegar á la meta por ese camino. ¡Adela no queria faltar á su virtud... pero Eduardo era tan orgulloso!! Era preciso humillarlo; esto no era malo; era un juego; siempre se empieza jugando. Como se acaba no lo diré; pero así acabó Adela como se acaba siempre.

La mala suerte de mi amigo quiso que entre tanto marido como llega á una edad avanzada diariamente con la venda de himeneo sobre los ojos, él solo entoviese primero su destino, y lo supiese despues positivamente. La cosa desgraciadamente fue escandalosa, y el mundo exigia una satisfaccion. Carlos hubo de dársela. Eduardo fue retado, y llamado yo como padrino, no pude menos de asistir á la satisfaccion.

A las cinco de la mañana estabamos los contendientes y los padrinos en la puerta de..., de

donde nos dirigimos al teatro frecuente de esta especie de luchas. Esta no era de aquellas que debian acabar con su almuerzo. Una muger habia faltado, y el *honor* exigia en reparacion la muerte de dos hombres. Es incomprensible, pero es cierto.

Se eligió el terreno, se dió la señal, y los dos tiros salieron á un tiempo: de allí á poco habia espirado un hombre útil á la sociedad. Carlos habia caido, pero habian quedado en pie su *muger* y su *honor*.

Un año hizo ayer de la muerte de Carlos: su familia, sus amigos le lloran todavía.

¡Hé aqui el mundo! ¡hé aqui el honor! ¡hé aqui el duelo!



R. E.—Número 64.—3 de Mayo.—1835.

EL ALBUM.

El escritor de costumbres no escribe exclusivamente para esta ó aquella clase de la sociedad, y si le puede suceder el trabajo de no ser de ninguna de ellas leído, debe de figurarse al menos, mientras que su modestia ó su desgracia no sean suficientes á hacerle dejar la pluma, que escribe imparcialmente para todos. Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo ó de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir á buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro y oscuro, sin los cuales no habria cuadro.

La cuna, la riqueza, el talento, la educación, á veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre á los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad es un amalgama de mil sociedades colocadas en escalon, que solo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reúne en un todo compacto en cada pais sino el vínculo de una lengua comun, y de lo que se llama entre los hombres patriotismo ó nacionalismo. Hay mas puntos de contacto entre una reunion de *buen tono* de Madrid y otra de

Londres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapies, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños.

Sabiendo esto el escritor de costumbres no desdeña muchas veces salir de un brillante *ront*, ó del mas elegante sarao, y prévia la conveniente trasformacion de trage, pasar en seguida á contemplar una escena animada de un mercado público, ó entrar en una simple horchatería á ser testigo del modesto refresco de la capa inferior del pueblo, cuyo carácter trata de escudriñar y bosquejar.

¡Qué de costumbres diversas establecidas en una atmósfera, que en otra inferior, ni aun sabiéndolas se comprenderían! El título de este artículo, sin ir mas lejos, es verdadero griego para la inmensa mayoría que compone este pueblo. No harán, pues, un gesto de desagrado nuestras elegantes lectoras cuando nos vean explicar la significacion de nuestro título: esta explicacion no es ciertamente para ellas; pero nosotros no tenemos la culpa si su extraordinaria delicadeza y si su civilizacion llevada al extremo, que forma de ellas un pueblo aparte, y pueblo escogido, nos pone en el caso de empezar para traducir hasta las palabras de su elegante vocabulario, cuando queremos dar cuenta al público entero de los usos de su impagable sociedad.

El que la voz *album* no sea castellana es para nosotros, que ni somos, ni queremos ser *puristas*, objecion de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni

con la naturaleza de usar de tal ó cual combinación de sílabas para explicarse; desde el momento en que por mútuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena; desde el punto en que una lengua es buena para hacerse entender en ella, cumple con su objeto, y mejor será indudablemente aquella cuya elasticidad le permite dar entrada á mayor número de palabras exóticas, porque estará segura de no carecer jamás de las voces que necesite: cuando no las tenga por sí, las traerá de fuera. En esta parte dirémos de buena fé lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que *estropeaba* la lengua de Garcilaso.

«*Que si él habla lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.*»

Pasando por alto este inconveniente, el *Album* es un enorme libro, en cuya forma es esencial condición que se observe la del papel de música. Debe de estar, como la mayor parte de los hombres, por de fuera, encuadernado con un lujo asiático, y por dentro en blanco: su carpeta, que será mas elegante si puede cerrarse á guisa de cartera, debe ser de la materia mas rica que se encuentre, adornada con relieves del mayor gusto, y la cifra ó las armas del dueño: lo mas caro, lo mas inglés, eso es lo mejor; razon por la cual sería muy difícil lograr en España uno capaz de competir con los extranjeros. Solo el conocido y el hábil *Alegría* podría hacer una cosa que se aproximase á un *album* decente. Pero en cambio es bueno advertir que una de las circunstancias que debe tener, es que se pueda decir de él: "Ya

me han traído el *album* que encargué á Londres." También se puede decir en lugar de Londres, París; pero es mas vulgar, mas trivial. Por lo tanto, nosotros aconsejamos á nuestras lectoras que digan *Londres*: lo mismo cuesta una palabra que otra; y por supuesto que digan de todas suertes que se lo han enviado de fuera, ó que lo han traído ellas mismas cuando estuvieron allá la primera, la segunda, ó cualquiera vez, y aunque sea obra de *Alegria*.

¿Y para qué sirve, me dirá otra especie de lectores, ese gran librote, esa especie de misal, tan rico y tan enorme, tan estrangero y tan raro? ¿De qué trata?

Vamos allá. Ese librote es, como el abanico, como la sombrilla, como la targeta, un mueble enteramente de uso de señora, y una elegante sin *album* sería ya en el dia un cuerpo sin alma, un rio sin agua, en una palabra, una especie de Manzanares. El *album*, claro está, no se lleva en la mano, pero se transporta en el coche; el *album* y el *coche* se necesitan mutuamente: lo uno no puede ir sin lo otro; es el agua con el chocolate; el *album* se envia ademas con el lacayo de una parte á otra. Y como siempre está yendo y viniendo, hay un lacayo destinado á sacarle; el lacayo y el *album* es el ayo y el niño.

¿De qué trata? No trata de nada; es un libro en blanco. Como una bella conoce de rigor á los hombres de talento en todos ramos, es un libro el *album* que la bella envia al hombre distinguido para que este estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos, si es pintor un dibujo, si es músico una composicion &c.

En su verdadero objeto es un repertorio de la vanidad: cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado á usted la lisonjera distincion de suplicarle que incluya algo en su *album*, es muy natural pagarle en la misma moneda; de aqui el que la mayor parte de los versos contenidos en él suelen ser variaciones de distintos autores sobre el mismo tema de la hermosura y de la amabilidad de su dueño. Son distintas fuentes donde se mira y se refleja un solo Narciso. El *album* tiene una virtud singular, por la cual deben apresurarse á hacerse con él todas las elegantes que no lo tengan, si hay alguna á la sazón en Madrid: hemos reparado que todas las dueñas de *album* son hermosas, graciosas, de gran virtud y talento, y amabilísimas: asi consta á lo menos de todos estos libros en blanco, conforme van tomando color.

Como el caso es tener un recuerdo, propio, intrínsecamente de la persona misma, es indispensable que lo que se estampe vaya de puño y letra del autor; un *album*, pues, viene á ser un *panteon* donde vienen á enterrarse en calidad de préstamos adelantados hechos á la posteridad una porcion de notabilidades; á pesar de que no todos los hombres de mérito de un *album* lo son igualmente en las edades futuras. Y como por una distincion de esquisito precio, la amistad participa del privilegio del mérito, de poner algo en el *album*, y como se puede ser muy buen amigo y no tener ninguna especie de mérito, un *album* viene á ser frecuentemente, mas bien que un panteon, un cementerio, donde estan enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los dis-

cretos con la única diferencia de que los segundos honran al *album*, y este honra á los primeros.

Sabido el objeto del *album*, cualquiera puede conocer la causa á que debe su origen: el orgullo del hombre se empeña en dejar huellas de su paso por todas partes; en rigor las pirámides famosas ¿qué son sino la firma de los Faraones en el gran *album* de Egipto? Todo monumento es el *fac simile* del pueblo que le erigió, estampado en el grande *album* del triunfo. ¿Qué es la historia sino el *album* donde cada pueblo viene á depositar sus obras?

La Alhambra está llena de los nombres de viajeros ilustres que no han querido pasar adelante sin enlazar con aquellos grandes recuerdos sus grandes nombres; esto que es lícito en un hombre de mérito, confesado por todos, es risible en un desconocido, y conocemos un sugeto que se ha puesto en ridiculo en sociedad por haber estampado en las paredes de la venerable antigüedad de que acabamos de hablar, debajo del letrero puesto por Chateaubriand: "Aqui estuvo tambien Pedro Fernandez el dia tantos de tal año." Sin embargo, la accion es la misma, por parte del que la hace.

Hé aqui cómo motiva el origen de la moda del *album* un autor francés, que escribia como nosotros un artículo de costumbres acerca de él el año 11, época en que comenzó á hacer furor esta moda en Paris.

El origen del *album* es noble, santo, magestuoso. San Bruno habia fundado en el corazon de los Alpes la cuna de su orden; dábase allí hospitalidad por espacio de tres dias á todo viajero.

En el momento de su partida se le presentaba un registro, invitándole á escribir en él su nombre, el cual iba acompañado por lo regular de algunas frases de agradecimiento, frases verdaderamente inspiradas. El aspecto de las montañas, el ruido de los torrentes, el silencio del monasterio, la religion grande y magestuosa, los religiosos humildes y penitentes, el tiempo despreciado y la eternidad siempre presente, debian de hacer nacer bajo la pluma de los huéspedes que se sucedian en la augusta morada altos pensamientos y delicadas espresiones. Hombres de gran mérito depositaron en este repertorio cantidad de versos y pensamientos justamente célebres. El *album* de la gran cartuja es incontestablemente el padre y modelo de los *albums*.

Esta aficion, recién nacida, cundió extraordinariamente; los ingleses asieron de ella; los franceses no la despreciaron, y todo hombre de alguna celebridad fue puesto á contribucion: el valor por consiguiente de un *album* puede ser considerable; una pincelada de Goya, un capricho de David, ó de Vernet, un trozo de Chateaubriand, ó de Lord Byron, la firma de Napoleon, todo esto puede llegar á hacer de un *album* un mayorazgo para una familia.

Nuestras señoras han sido las últimas en esta moda como en otras, pero no las que han sabido apreciar menos el valor de un *album*: ni es de estrañar: el libro en blanco es un templo colgado todo de sus trofeos; es su *lista civil*, su presupuesto, ó por lo menos el de su amor propio. Y en rigor, ¿qué es una bella sino un *album*, á cuyos pies todo el que pasa deposita su tributo

de admiracion? ¿Qué es su corazon muchas veces sino *album*? Perdónenos la atrevida comparacion; ¡pero dichoso el que encuentra en esa especie de *album* todas las hojas en blanco! ¡Dichoso el que no pudiendo ser el primero (no pende siempre de uno el madrugar) puede ser siquiera el último!

El *album* no se llama nunca el *album*, sino mi *album*; esto es esencial. En rigor las señoras no han tomado de él mas que la parte agradable: todos los inconvenientes estan de parte de los que han de quitarle hoja á hoja la calidad de *blanco*. ¡Qué admirable fecundidad no se necesita para grabar un cumplimiento, por lo regular el mismo, y siempre de distinto modo, en todos los *albums* que vienen á parar á manos de uno! Luego ¡hay tantas mugeres á quienes es mas facil profesar amor que decírselo! ¡Cuánta habilidad no es menester para que comparados despues estos diversos depósitos no pueda picarse ningun amor propio! ¡Qué delicadeza para decir galanterías, que no sean mas que galanterías, á una hermosa, de la cual solo se conoce el *album*!

Si este es el mueble indispensable de una muger de moda, tambien es la desesperacion del poeta, del hombre de mérito, del amigo. Siempre se espera mucho del talento, y nunca es mas difícil lucirle que en semejantes ocasiones.

Nosotros para tales casos, si en ellos nos encontrásemos, reclamariamos siempre toda indulgencia, y no concluirémos este artículo sin recordar á las hermosas que cada una de ellas no tiene mas que un *album* que dar á llenar, y que cada poeta suele tener á la vez varios á que contribuir.

R. E.—Número 82.—22 de Mayo.—1835.

LAS ANTIGÜEDADES DE MÉRIDA.

PRIMER ARTICULO.

Hace mucho tiempo creo haber dado cuenta á mis lectores de cierta inconstancia y versatili-
dad, bases de mi carácter, el cual podria muy
bien venir á ser el de no tener ninguno: yo no
sé si hace demasiada falta el carácter para vivir,
pero en caso de duda bien se podrian encontrar
no lejos de nosotros multitud de ejemplares de
gentes, que no teniendo ninguno conocido, no
solo aciertan á vivir, sino que estan sanas y gor-
das, y aun cómodamente establecidas.

Ahora bien, aquella comezon singular, aquel
mi prurito de mudar de casa, que puse en cono-
cimiento del público en uno de mis artículos, ti-
tulado las *casas nuevas*, cuyo titulo recuerdo por-
que no estoy muy seguro de que se acuerde todo
el mundo de mis artículos tan bien como yo, de-
bia llegar á ser con el tiempo, segun ya entonces
se anunciaba, síntoma de mas grave importancia.
Aficion naciente entonces, creíala contentar yo
siempre, inocente de mí, con pasar de un bar-
rio de Madrid á otro, de una calle á su vecina,
de un piso al que encima ó debajo tenia. Pero
sucedió con ella lo que con toda aficion mal re-
primida: de idea pasajera pasó á idea fija, y no
cortado el mal en su principio, debia llegar á ser

una pasión devoradora de mudar de sitio, pasión que indudablemente me hubiera llevado al sepulcro, como todas las pasiones vehementes, á no verse satisfecha.

Felizmente el mundo es grande, mucho mas grande que yo, y es de esperar por mi fortuna que sea todavía mas grande que mi pasión de amovilidad. ¿Qué hago yo en Madrid, exclamé una mañana, despues de haberle rodado en todas direcciones, en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas, en el cual no puede uno echarse á la calle un dia con ánimo de andar sin encontrarse á los cuatro pasos con la puerta de Atocha, ó la de Alcalá, con el campo de los Moros, ó la Pradera de los Guardias? ¿En este Madrid, que solo se puede comparar en eso con nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse á moverse sin tropezar con una traba? ¿Qué hago en Madrid? me dije. Primero es preciso saber si hay alguien que haga algo en Madrid. Todo es chico en Madrid: no quepo en el teatro; no quepo en el café; no quepo en los empleos; todo está lleno, todo obstruido, refugiado, escondido, empotrado en un rincón de la Revista Española... *j'etouffe*. Fuera, pues, de Madrid: no bien lo había dicho, un mozo llevaba ya debajo del brazo el equipage de *Figaro*, mas ligero que unas poesías fugitivas. Un lente para observar á los hombres, recado de escribir para bosquejarlos, y mi mal ó buen humor para reirme de los mas de ellos. *Omnia mea mecum porto*.

El carruage marchaba lentamente; sin embargo, no era carruage del gobierno, y tardé en perder de vista el delicioso empedrado, las desigua-

les cúpulas de los numerosos conventos, que semejantes al espectro descrito por Virgilio, hunden su planta en los abismos y esconden su cabeza en las nubes, ocupándolo todo. De cuando en cuando volvía la cabeza á mirar atrás, no como Hector hacía su Andrómaca, sino que me parecía oír todavía fuera de puertas el ruido de los abogados y poetas del café del Príncipe; resonaba en mis oídos la canturía monótona de nuestros actores cómicos; oía las silbas dadas á nuestros ingenios clásicos y románticos; perseguíame la deuda interior como un remordimiento; sin embargo, yo no la habia arreglado: las reformas eran las únicas que no me perseguían, ellas debían de ser sin duda las perseguidas.

El ruido se iba por fin apagando, y Castilla entre tanto desarrollaba á mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega á los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en ademan de pedirle con que cubrir sus macilentas y desnudas carnes. Un gemido sordo, pero prolongado, habia sustituido al ruidoso marmallo de la ciudad populosa: era la contribucion que resonaba por el yermo. *Felicidad*, decia el segundo con acento irónico, para el que sabia oírle: *miseria*, decia el primero con acento de verdad y de desesperacion.

No eran ciertamente los pueblos los que podían estorbarme en el camino; viajando por España se cree uno á cada momento la paloma de Noé, que sale á ver si está habitable el pais; y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa estension del mas desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos. ¿Dónde está la España?

Tres días rodamos por el vacío: hácia el fin del cuarto una esplanada sin límites se desenvolvió á mis ojos, y se dibujaban en el fondo pálido de un cielo nebuloso los confusos y altísimos vestigios de una magnífica población. ¿Hay hombres por fin allí? me pregunté. No; los ha habido. Eran las ruinas de la antigua *Emerita-Augusta*.

La humilde Mérida, semejante á las aves nocturnas, hace su habitacion en las altas ruinas. Es un hijo raquítico, que apenas alienta, covijado por la rica faldamenta de una matrona decrepita. Es un niño dormido en brazos de un gigante.

Mérida es indudablemente una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos mas antiguos de nuestra España. Sus fundadores eligieron un terreno fértil, un clima productor, y un rio cuyas aguas, pérfidamente mansas como la sonrisa de una muger, debian regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posicion, los dominadores del mundo la llevaron al más alto grado de esplendor; y es fama conservada por los mas de nuestros autores, que ha tenido un millon de habitantes. Erigida en *colonia romana*, y gozando de todos los fueros é inmunidades de tal, fue la segunda ciudad del imperio, y el sitio del descanso á que aspiraban altos funcionarios y guerreros cansados del aplauso de la victoria.

La caída del imperio, las irrupciones de los vándalos y de los godos, la dominacion de árabes, han pasado como un trillo sobre la frente de Mérida, y no han sido bastantes á allanar y nivelar su suelo, incrustado de colosales bellezas

romanas. Las habitaciones han desaparecido comidas por el tiempo; pero las altas ruinas al desplomarse han desigualado la llanura, y han formado, reducidas á polvo, un segundo suelo artificial y enteramente humano sobre el suelo primitivo de la naturaleza. Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitacion romana: nada mas comun que ver en una pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol ó de piedra, labrado, de un palacio del siglo I. Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas sepulcrales: y un labrador, creyendo pisar la tierra, huella todos los dias con su rústica suela el *aquí yace* de un procónsul, ó la advocacion de un Dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra, y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diariamente el azadon de un estremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es comun allí el hallazgo de una urna cineraria, o de un tesoro numismático, coetáneo, de los emperadores. Lo que es mas asombroso, gran número de cosecheros se sirven aun en sus bodegas de las mismas tinajas romanas, que se conservan empotradas en sus suelos, y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavía al tiempo por mas siglos de los que lleva vividos. Las vasijas mismas que se construyen en el pais tienen una forma elegante, y participan de un carácter respetable de antigüedad que dificilmente puede ocultarse á la perspicacia de un argueólogo.

Una vez en Mérida, y rodeado de ruinas, la imaginación cree percibir el ruido de la gran ciudad, el son confuso de las armas, el *hervir vivo* de la inmensa población romana. ¡Error! Un silencio sepulcral y respetuoso no es interrumpido siquiera por el *aquí fue* del hombre reflexivo y meditador.



R. E.—Número 91.—3o de Mayo.—1835.

LAS ANTIGÜEDADES DE MÉRIDA.

SEGUNDO Y ULTIMO ARTICULO.

Mi primer cuidado en Mérida fue hacerme con un *Cicerone*; pero no ofreciéndome alicientes la entrevista con ningun *literato* del pais, ni queriendo que me contase ningun pedante lo que acaso sabria yo mejor que él, despues de haber buscado inútilmente en aquel museo del tiempo alguna historia de las antigüedades ó de la misma ciudad, solo traté de sorprender la tradicion popular en su curso, y atúveme á un extremeño que se me presentó, como el hombre mas instruido del comun del pueblo, acerca de las bellezas de Mérida, y que haria por tanto oficio de enseñarlas.

Mi *Cicerone* era una verdadera ruina, no tan bien conservada como las romanas; sus piernas se plegaban en arco, como si el peso de la cabeza hubiése sido por mucho tiempo oneroso á la base del edificio; sus brazos pendian tambien como dos arcos laterales, cuyo pie hubiesen carcomido dos ramales de un rio, que hubiesen lamido por muchos años los costados del hombre. La cara hubiera dado lugar á las mas graves investigaciones de una academia: semejante á una moneda largo tiempo enterrada, y tomada á trechos del orin y de la tierra, sus facciones estaban me-

dio borradas, y ora parecian letras en estilo lapidario, ora vistas á otra luz semejaban algo un rostro humano maltratado por la intemperie, ó la incuria de sus guardianes. La fecha no se conocia, y aquel fragmento podia ser de varias épocas. Su desigual cabello, blandamente meneado por el viento, remedaba esa yerbecilla que por entre las cornisas y coronamiento de una torre antigua hace nacer la humedad; sus dientes eran almenados, y la posicion inclinada del cuerpo todo, fuera al parecer del centro de gravedad, le hacia parecer una pared que comienza á cuartearse, cuyas grietas hubiesen sido la boca y los ojos, y me trajo á la memoria la célebre torre de Pisa.

Tal se me representó á mí al menos mi *Cicerone*: tal me pintaba mi imaginacion cuanto en Mérida veía.

— ¿De qué año es usted, buen hombre? No pude menos de preguntarle. — Tres duros y medio, señor, me contestó, en estilo monetario, queriéndome decir que tenia tantos años como reales aquellas medallas. — Par diez, no le hubiera creído tan del dia. ¿Y usted es el que suele enseñar á los viajeros las otras ruinas de esta ciudad?

— Sí señor... estoy algo enterado...

— ¿Y vienen muchos viajeros?...

— Estrangeros, sí señor. Ingleses sobre todo, y se han solido llevar algunas cosas. Pintan ahí, y dibujan, y escriben, y qué sé yo... nos muestran á preguntas... parecen locos los ingleses. Pero españoles, señor, pocos: los mas pasan sin preguntar; como no vengan de estancia al pueblo...

— Mérida ha sido gran ciudad, interrumpí al hombre de la tradición, poniéndonos en camino para recorrer las antigüedades, y siguiendo yo á la que me servia de guia.

— ¡Oh! Sí señor. La historia dice que tenia ochenta puertas, y que cada puerta estaba guardada por cuatrocientos soldados de á pie y ciento *de caballería*; tenia cuatro palacios magníficos en los cuatro ángulos, que eran de cuatro *príncipes* muy ricos.

— ¿Y estas ruinas son muy antiguas?

— ¡Vaya!

— ¿De los romanos todas?

— ¡Qué! mas antiguas, señor, mucho mas; de los moros, y de los godos, y de los... qué sé yo de cuánta casta de gentes... mucho antes de los romanos.

— ¡Hola! Perfectamente.

En esto llegábamos al puente, verdadera obra romana; colocado sobre uno de los puntos en que presenta el rio mayor latitud, mas de sesenta ojos espaciosos le dan una longitud que se pierde de vista: él solo es una historia de las dominaciones que han pasado por nuestro suelo: solo las dos cabezas, en una estension regular, se conservan puras é intactas: remendado lo demas á trechos, ora por los godos, ora por los árabes, la distinta forma de los espolones, el color de la piedra y su diversa labor, revelan las fechas de las composturas: la mas moderna es la mayor, y se hizo á costa de los tributos rendidos por los pueblos de cincuenta leguas á la redonda. Nuestras pobres piedras, unidas con hierros y argamasa, declaran toda la debilidad de nuestros me-

dios, al lado de los pedruscos romanos, cuya única trabazon consiste en su colocacion, y que durarán todavía mas que las nuestras.

Perdíase mi fantasía en la investigacion de los tiempos: romano ya enteramente, figurábase me ver el Dios tutelar del rio, que levantando la espalda colosal, repelia indignado la mísera traba que la moderna arquitectura osaba enlazar á la antigua sobre sus ondas, cuando la voz de mi *Cicerone*, semejante á un aire colado, me sacó de mi estupor, y volviéndome hácia un nicho de ladrillo levantado sobre el trozo mas romano del puente, en el cual se divisaba una pequeña é informe efigie de yeso, me dijo:

—Este, señor, es San Antonio.

— ¡Muy poderosa es una religion, exclamé, cayendo de mas alto que la catarata del Niágara, que ha podido colocar esa efigie de yeso sobre este puente romano! ¡El agua se ha llevado los dioses; sus piedras han durado mas que ellos; y nuestro yeso dura mas que ellos y sus piedras!

Dos acueductos magníficos enriquecian de aguas á Mérida: otro moderno parece elevado entre los antiguos como una parodia de piedra, como una insolencia, como un insulto y una befa hecha al poder caido: sin embargo, las ruinas son las triunfantes; arcos colosales y gigantes asombran la vista: allí todo es obra del hombre, que ha hecho hasta la piedra; no son ya trozos cortados de una cantería: el hombre ha cogido la tierra y el guijo, lo ha amasado entre sus manos como harina, y ha hecho una mole indestructible, una argamasa compacta, á la cual el tiempo ha dado la última mano, prestándole al mismo tiempo

color, y sobre la cual salta en pedazos el pico de hierro: el poder del hombre se estrella en su propia obra.

Uno de los dos acueductos romanos parecía no tener otro objeto que formar un gran depósito de aguas destinado á una *neumaquia*, gran diversion de un gran pueblo, para quien era solo obra del deseo el crear un mar en medio de la tierra.

—Este es, me dijo gravemente mi *Cicerone* al llegar á la *neumaquia*, casi terraplenada por el tiempo, este es el baño de los moros.

— Gracias, buen hombre, le respondí lleno de agradecimiento. ¿Y como cuántos moros cabrian en este baño? le pregunté.

— ¡Ui! ¡Figúrese usted! me dijo con aire de respeto y voz solemne, como aterrado del número de los moros, y de la capacidad del baño.

El trozo mejor conservado es el circo; las ruinas han designado el terreno sin embargo, elevándolo sobre su antiguo nivel hasta el punto de enterrar varias de las puertas que le daban entrada; pero se distinguen todavía enteras muchas de las divisiones destinadas á las fieras y á los reos y atletas; la gradería, perfectamente buena á trechos, parece acabarse de desocupar, y cree uno oír el crujido de las clámides y las togas barriendo los escalones.

—Esta era, me dijo mi *Cicerone*, la plaza de los toros: por allí salía el toro, me añadió, indicándome una puerta medio terraplenada, y por aquí, concluyó en voz baja y misteriosa, enseñándome la jaula de una fiera, entraban el Viático cuando el toro heria á alguno de muerte.

Una ruidosa carcajada que no fui dueño de contener resonó por el ancho y destrozado circo, y pasamos á ver el anfiteatro, peor conservado, el hipodromo, apenas reconocible por la meta, y de allí nos dirigimos hácia la *via romana*, vulgo en el país *calzada romana*; aquí es tradición que debe de haber muchos sepulcros: se han hallado efectivamente algunos. Sabida es la costumbre de los romanos de colocar los sepulcros á orillas de los caminos, por la cual ellos solían en sus epitafios dirigir la palabra á los pasajeros.

Nosotros, al heredar las frases hechas y las locuciones enteras de su lenguaje, sin heredar sus costumbres, hemos tenido que hacer metafóricas sus espresiones propias; así, cuando hablamos de las cenizas de un muerto, que nosotros no quemamos, y cuando en un epitafio apostrofamos un viajero que no ha de ver á orillas del camino nuestro sepulcro, cometemos según los hablistas una belleza, llamada figura retórica, y según mi entender una tontería, que pudiera llamarse *decir una cosa por otra*.

A la parte opuesta de Mérida suélese encontrar sepulcros de niños, á juzgar por sus dimensiones.

El arco de Trajano colocado en el centro de la actual población está en buen estado, y lo que me asombró fue encontrar en dos nichos laterales de su parte interior dos estatuas de mármol blanco, de un trabajo acabado y del gusto griego mas puro; considerablemente maltratadas, en verdad, pero muy capaces de lucir como dos trozos antiguos de primer orden: y digo que esto me asombró por dos razones; primera, porque

en Madrid creo haber visto un museo de escultura extraordinariamente pobre: segunda, porque la posteridad de los romanos se advierte en acabar de desmoronar á pedradas la obra de algun Fidiás del imperio.

A un tiro de bala de Mérida existe una capilla dedicada á Santa Olalla, patrona de la que fue *colonia romana*, llamada *el hornillo de la Santa*, por haber sido martirizada allí: está construida con fragmentos de un templo de Marte: el viajero no se cansa de admirar los relieves, los trozos de columnas: aquel pequeño monumento se me representaba un hombre de una estatura colosal, á quien el tiempo y los achaques hubiesen encorvado y reducido á la altura de un enano. Dentro se ve ó se adivina la efigie de Santa Olalla, y en la portada de la ermita se lee en letras gruesas la inscripcion siguiente:

MARTI SACRUM

VETILLA PACULLI.

La idea que este contraste presenta, imagínela el lector; estas letras parecen haber sido de bronce, pero habiendo saltado el metal, solo ha quedado el hueco de ellas, y este hace el mismo efecto que el cóncavo vacío de los ojos en una calavera.

En la ciudad hay otros restos de igual importancia; entre ellos es de citar la casa del conde de los Corvos, construida de moderno ladrillo y cal, entre los huecos que han dejado las magníficas y desmesuradamente altas columnas de un templo de Diana, de pie todavía y empotra-

das en ella; el conjunto presenta la diforme idea de un vivo alado á un cadáver: aquella suma de dos épocas tan encontradas forma un verdadero matrimonio, en que los consortes parecen estar riñendo continuamente.

El *conventual* es otra ruina, pero mas moderna; colocado á la cabeza del puente, ofrece el aspecto de un edificio grandioso, y sus murallas siguen largo trecho la direccion del rio; parece haber sido una fortaleza gótica; posteriormente perteneció á los templarios, y se arruinó en poder de los caballeros de Santiago.

Sobre una alta columna romana, que se levanta en medio de una plaza, domina una efigie de Santa Olalla mirando al oriente. Al llegar aqui y concluir nuestro paseo, se acercó á mí mi *Cicerone*, y me dijo con notable fervor: —Repáre usted, señor: esta es otra vez Santa Olalla: yo no me acuerdo qué año hubo en Mérida una peste muy mortífera; la Santa miraba entonces á poniente; hiciéronle grandes rogativas, y una mañana amaneció vuelta al oriente y cesó la peste; desde entonces mira á esa parte, y ya no se teme la peste en Mérida.

Efectivamente, parece que desde entonces no ha vuelto ningun azote de esa especie á affligir á la antigua colonia romana, si se exceptúa el cólera; y ese, todo el mundo sabe que no es peste, con lo cual queda en pie la tradición, y la Santa siempre vuelta.

No concluiré este artículo, por largo que sea ya, sin hacer mencion del último descubrimiento que ha llamado la atención de los meridenses, si se puede hablar así de unos hombres que vi-

ven entre sus ruinas tan ignorantes de ellas como los buhos y vencejos que en su compañía las habitan.

Cavando un labrador su corral, encontró recientemente debajo de su miserable casa el pavimento de una habitacion, indudablemente romana, hecho de un precioso mosaico, en el cual asombra tanto la obra de la apariencia como el lujo que revela. Piedrecitas iguales de media pulgada de diámetro, y de colores hábilmente combinados, forman figuras simbólicas, cuya inteligencia no es facil; algunas tienen un carácter egipcio, lo cual puede hacer sospechar si habrá pertenecido la casa á algun sacerdote ó arúspice; á la cabeza de la pieza se descubre, pero no se descifra, una inscripcion en letras latinas, y á los dos lados parece prolongarse el precioso mosaico á otras habitaciones no descubiertas todavía.

La autoridad de Mérida parece haber dado parte convenientemente al gobierno; pero no habiéndose dispuesto nada todavía, el dueño de la casa reclama que se le deje usar de su terreno como mejor le convenga, ó que se le compre; en el ínterin, no habiendo fondos destinados á continuar esta importante escavacion, y habiendo quedado á la intemperie el pavimento descubier- to hasta la presente, el polvo, el agua llovediza y el desmoronamiento de la tierra circunstante, echa á perder diariamente el peregrino hallazgo, lleno ya de quebraduras y lagunas; sin embargo, bastaria una cantidad muy pequeña para construir un cobertizo y comprar la choza, ya que no fuese para continuar la escavacion.

Mérida, la antigua *Emerita-Augusta*, poseso-

ra de tantos tesoros numismáticos, olvidada de ellos, y olvidada ella misma, es en el día una población de cortísima importancia; pueblanla apenas mil vecinos, y de su grandeza pasada solo le quedan suntuosas ruinas y orgullosos recuerdos. Despues de haber saludado á las unas con supersticioso respeto, y de haber enlazado los otros con vanidad al nombre español que llevo, proseguí mi viaje, lleno de aquella impresion sublime y melancólica que deja en el ánimo por largo espacio la contemplacion filosófica de las grandezas humanas, y de la nada de que salieron, para volver á entrar en ella mas tarde ó mas temprano.



R. E.—Número 94.—2 de Junio.—1835.

LOS CALAVERAS.

ARTICULO PRIMERO.

Es cosa que daría que hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera* en su acepción figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designación del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepción picaresca es de uso moderno. La especie sin embargo de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* mas perfecto de Atenas: el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso mas que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto: César, marido de todas las mugeres de Roma, hubiera pasado en el día por un excelente *calavera*: Marco Antonio echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podía ser mas que un *calavera*; en una palabra, la suerte de mas de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costum-

bres privadas, se veria probada aquella verdad, y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarian una clave de muy verosimil y sencilla esplicacion en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por mas mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relacion puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*. ¡Cuánto esceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Ann concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para pocas cosas se necesita mas talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua, y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehusó esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así solo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defendiendo se harán cargo de lo difícil que me sería darme á entender valiéndome para designarlos de una pa-

labra nueva; ellos mismos no se reconocerian, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendria á ser inútil la descripcion que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, mas ó menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creído en alguna muger, quién no se ha dado malos ratos algun dia por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa en fin?... Todos lo somos; pero asi como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los mas, asi solo se llama *calaveras* á aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo comun de donde parten, y en rigor solo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reunen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los mas: entiéndase esto bien; *talento natural*: es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, ó de estensa instruccion, sería lastre demasiado pesado que se opondria á esa

:

ligereza, que es una de sus mas amables calidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprension*. No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprension* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace mas que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, mas para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinion, saliendo de él mas depurados. Es un espectáculo cuyo telon está siempre descorrido; quiténsele los espectadores, y á Dios teatro. Sabido es que con mucha aprension no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprension*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamas. Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educacion ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversacion va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condicion *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quitame allá esas pajas le da

honrosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre están ocupadas: ó empujeta el cigarro, ó saca la navaja, ó tuerca la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, mas le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se parece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: así es que éste le ve, con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí, en qué se me da á mí*, pára en la cárcel, á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladrón en su condición generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilización, y su cuna, su edad, su educación, su profesión, su dinero, le subdividen después en diversas castas. Las principales son las siguientes.

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo mas diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Mientras que sus compañeros mas laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balijas de papel, las cua-

les arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. A pesar de eso, el día del examen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetía con osadía las cuatro voces tercas que había recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercía predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servía de blanco ó de pelota, se distinguía de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En carnaval era el que ponía las mazas á todo el mundo, y aun las manos encima si tenían la torpeza de enfadarse: si era descubierto hacia pasar á otro por el culpable, ó sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su más tierna edad el germen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro había perdido unos anteojos, que se habían encontrado en su faltriquera: el rapé de otro había pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrían hufando los corredores con gran risa de los más juiciosos, la peluca del maestro de matemáticas había quedado un día enganchada en su sillón, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbación de un problema que estaba por resolver. Aquel día no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle

en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro habia volado: y como sus padres se convencieron de que no habia forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aqui fecha la libertad del *lampiño*. Es el mas pesado, el mas incómodo: careciendo todavía de barba y de reputacion, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atencion: privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oírle hablar de las mugeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj como si tuviera que hacer; contar todas sus acciones del dia como si pudieran importarle á alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenia una cita: á las diez se vino á encargar el billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete; no puede faltar. ¡Estas mugeres le hacen á uno hacer tantos disparates! A media mañana se fue al villar; aunque hijo de familia no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido: su duro es el que mas suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobre manera. El villar es su elemento; los intervalos que le deja libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mugeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazon femenino. A veces el *calavera-lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras

mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar, es mas cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que alguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-lampião*. Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los gefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temeron*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma mas de lo que hubiéramos querido, y de aquella que para un periódico convendría, ¡tan fecunda es la materia! Por tanto nuestros lectores nos concederán algun ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad si alguna tienen.



R. E.—Número 97.—5 de Junio.—1835.

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSION.

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temeron*. Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fue bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano; pero no existe entre uno y otro mas que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y mas importante de lo que parece: el uniforme ya es la mitad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temeron*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este trage es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temeron* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cervatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado

en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detras de dos ó tres amigos, que fingen discurrir seriamente.

— Aquel viejo que viene allí: ¡mírale que serio viene! — Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno! — Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no mireis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco: el acometido se pára, se quita el sombrero, lo examina.

— ¡Ahora! dice la turba. — ¡Pum! otra en la calva. El viejo da un salto y echa una mano á la calva: mira á todas partes... nada.

— ¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero; algun pillastre... bien podia irse á divertir...

— ¡Pobre señor! dice entonces el *calavera*, acercándosele: ¿le han dado á usted? es una desvergüenza... ¿pero le han hecho á usted mal?...

— No señor, felizmente.

— ¿Quiere usted algo?

— Tantas gracias.

Despues de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubria... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa mas que en alejarse. Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa mas risa que la estrañe-

za y el enfado del pobre; sin embargo, nada mas natural.

El *calavera-temeron* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite mas abandono en la risa de los amigos, y es el mas oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco espuesto.

A veces se dispara la cervatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera, y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él, y le da un pisoton; el otro entonces le dice: *perdone usted*; y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos — Pepe, exclama: *¿cuándo has vuelto?* ¡Sí, tú eres! Y lo mira: el hombre, todo aturrido, duda si es un conocido antiguo... y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa:— ¡Ah! usted perdone, dice retirándose el *calavera*: creí que era usted un amigo mio... — No hay

de qué. — Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa mas parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla.—¿Quién es?—Dígame usted, pregunta el *calavera*, ¿tendría usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole: — Retírese usted; la noche está muy fresca, y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta.—¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcon medio desnudo. — Nada, contesta: soy yo, á quien usted no conoce, que no queria irme á mi casa sin darle á usted las buenas noches. — ¡Bribon! ¡insolente! Si bajo... — A ver cómo baja usted; baje usted: usted perderia mas: figúrese usted donde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Con que, buenas noches: sosieguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: los placeres solo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto, el *calavera* cria á su al rededor constantemente una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: estos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior,

y tiene el aire mas decidido, el sombrero mas ladeado, la corbata mas *negligé*: sus hazañas son mas serias; este es aquel que se reúne en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero como ella no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el dia no es de lo mas en hoga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concorre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la llegada de la policía, y despues de haber dañado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover tambien su cipizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga*; se va para él, y le aplica un bofeton: de diez hombres que reciban bofeton, los nueve se quedan tranquilamente con él: pero si alguno quiere devolverle, hay desafio; la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente: este es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al dia siguiente lo tendrá con otro que no le mire: este es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar: este es el que talla y apunta con furor: es jugador, griego nato, y gran villarista ademas. En una palabra, este es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demas divierten; este mata.

Dos líneas mas allá de este está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego; el *calavera-tramposo*, ó trapalon, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el

que emprésta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, &c., &c.: pero estos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demas. No los reconocemos.

Solo tres clases hemos conocido mas detestables que esta: la primera es comun en el dia, y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no haremos mas que indicarla. Queremos hablar del *calavera-cura*. Vuelvo á pedir perdon; pero ¿quién no conoce en el dia algun sacerdote de esos que queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustracion empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre al rededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo parage profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el mas timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crimen mas hediondos. Vale mas ser cura carlista de buena fé.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un de-

crépito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin orden, sin casa, sin método... el jóven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus pies: sin embargo, este es el único á quien cuadraría el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *muger-calavera*. La muger con *poca aprension*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto le hermosea, cesa de ser muger para ser hombre; es la confusion de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza: ¿qué deja para nosotros? La muger, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Despues del *calavera-temeron* hablaremos del *seudo-calavera*. Este es aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera*: es género bastardo, y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera-mosca*. *Rien n' est beau que le vrui*, ha dicho Boileau, y en esa sentencia se encierra toda la crítica de esta apócrifa casta.

Dejando por fin á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro en un lige-

ro bosquejo de la mas delicada y esquisita, es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilizacion, el emblema del siglo XIX. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introduccion en ella, ha recibido una educacion esmerada: dibuja con primor y toca un instrumento: filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la mas graciosa, ó á la mas sentimental: mas de una mala cantatriz le es deudora de su boga: se rie de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra: reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso mas crítico, y del cual se va temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble antejo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temeron*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pie: habla el francés, el inglés y el italiano: saludá en una lengua, contesta en otra, cita en las tres: sabe casi de memoria á Paul de Koc, ha leído á Walter Scot, á D'Arlinecourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-le-Brun, mienta á Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien, y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas ra-

ras, habla de prisa, y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que él se ha visto, solo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresion es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo ademas de él: *¡Qué cabeza! ¡Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: *¡Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas* es libre, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una muger, cuando otro es insolente, él es solo atrevido, amable; las bellas que se enfadarian con otro, se contentan con decirlo á él: *¡No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Seria preciso ser mas loca todavía.

Dichoso aquel á quien llaman las mugeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremedura de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l'enfant gaté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en

su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos, mariposa ligera vuela de flor en flor. Tiene algun amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, solo toma su valor de su curso y circulacion, y por consiguiente no se adhiere á una muger sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podría hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creeria falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algun escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una muger arruinada por él, es un mérito contraido para con las demas. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio*, se enamora, y por consiguiente es víctima de las mugeres; por el contrario, las mugeres son las víctimas del *calavera*. Digasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de este es la edad misma; una posicion social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira magestuosamente, dejan-

do, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces, con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girára.

Solo una observacion general haremos antes de concluir nuestro articulo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que estas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* del *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colon perece víctima del furor de su gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleon es fusilado devuelta de Egipto, como acaso merecia: la intentona de aquel y la insubordinacion de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido mas que dos *calaveras*. Por el contrario, en el dia estan sentados en el gran libro como dos *grandes hombres: dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres: sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?... Porque tal es la *opinion pública*.



H. E.—Número 121.—29 de Junio.—1855.

MODOS DE VIVIR QUE NO DAN DE VIVIR.

OFICIOS MENUDOS.

Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas ó carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás: los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles: los militares, que venden la suya con la espesa condición de matar á los otros: los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa: los nacidos propietarios, que viven de heredar: los artistas, únicos que dan trabajo por dinero: &c., &c.: y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre, del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias á la manutención de una fami-

lia, son mas bien *pretestos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir*: los que los profesan son no obstante como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener á primera vista grande importancia, rotas ó separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre á la cola de las pequeñas necesidades de una gran poblacion, y suelen desempeñar diferentes cargos, segun el año, la estacion, la hora del dia. Esos mismos que en noviembre venden ruedos ó zapatillas de orillo, en julio venden horchata: en verano son bañeros del Manzanares: en invierno cafeteros ambulantes: los que venden agua en agosto, vendian en carnaval cartas y garbanzos de pega, y en navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institucion de San Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introduccion á los demas, es decir, el oficio de exámen, y el mas facil: quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podria en todo tiempo tranquilizar á cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atencion á lo difícil que es obtener hijos sin prívios padres, pero no porque hubiese datos mas positivos), se esparcian por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducian á una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provision: á la luz de la filosofia, debian tener cierto valor: cuando el

mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero. Desgraciadamente un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicársele á sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto á los demas, digásenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, segun lo maltratado, la imágen de la justicia, y cuya profesion es dar *higos y pasas por hierro viejo*; el otro que siempre detras de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina*: capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender despues, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos, aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga mas familia; el que vende *alpiste* para *canarios*, la que pregona *pajuelas*, &c., &c.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la trápera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada, y aun mas comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trápera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante tambien á la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar asi á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atencion á que otros hacen peores figuras, que

las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decia, sacando de cada parte solo el jugo que necesita: repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los mas recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de mas decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sexto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto esquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces por un sentimiento simultáneo, por una relacion simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera por tanto con otra educacion sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: hé ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditacion, á la contemplacion de la muerte, de que es viva imágen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la trapera con la muerte: en ella vienen á nivelarse todas las gerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervantes y Avellanada: alli como en un cementerio, vie-

nen á colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reúnen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A.***: allí se codean Calderon y C.***: allá van juntos Moratin y B.***. La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regunque turres*. Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre: ¡de cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡de cuántos banderos la segunda!

El cesto de la trapera, en fin, es la realización, única posible, de la fusión, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio y la Estrella, la Revista y la Abeja*, las metáforas de Martínez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven: nace vieja: estos son los dos oficios extremos de la vida: y cómo la Providencia, justa, destinó á la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la muger para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios á la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese ser, con todo ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordi-

naria de su existencia anterior: la traperera por lo regular (antes por supuesto de serlo) ha sido jóven, y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera oscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y éste la hubiera sostenido. Por desdicha era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer: perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó á naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista: un caballere te fue de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el césto: de allí á algun tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trages y costumbres, la recomendó eficazmente á una modista: nuestra heroína tuvo diez años felices de modistilla: el pañuelo de labor en la mano, el *fichu* en la cabeza, y el galan detras, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó á ser prima de un procurador (de la curia), que como pariente, la alhajó un cuarto: poco despues el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro: esta fue la época de su apogeo y de su gloria: de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos: entonces empezó á bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo: luego mudó de barrios hasta el hospital: la ve-

jez, por fin, vino á sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades: el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fue la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana:

¡Ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!

Llena por consiguiente de recuerdos de grandeza, la trapera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al dia y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distincion, alguna mirada de cuando en cuando... algun... nada. Pero ni una contestacion de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daría la vida por un harapo de su señora.

¡Ah! ¡mundo de dolor y de trastrueques! La trapera es mas feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo!! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera: por fin, sale, y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos á su misma vista, el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntacion antigua de la ropa dada á

la lavandera, toda de su letra (la cosa mas tierna del mundo) y una gola de linon hecha pedazos... ¡Una gola!! Y acaso el borrador de algun billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca; el corazon te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la traperera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa asi nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripcion á la traperera entre todos los demas menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, é íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos mas.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la traperera es indudablemente el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavacion subterránea, las mas veces sin luz ni pavimento. Al rayar del alba fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banqueta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra mas pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menage*: el cajon de las lesnas á un lado, su delantal de cuero, un calzon de pana y medias azules, son

sus signos distintivos. Antes de estender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada: cualquiera al verla creeria que quiere decir: "*aquí se estropean botas.*"

No puede establecerse en un portal sin prévio permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazon tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente: la del segundo, en vista de esa primera proteccion, no quiere chocar con la señora condesa: los demas inquilinos no son siquiera consultados. Asi es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero á lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como una alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcon ó una puerta; pero se parece á la yedra y á la muger; abraza para destruir. Es la víbora abrigada en el pecho; es el raton dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora á que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con riento, cuándo sube tal ó cual caba-

llero: ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinacion del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicleos á toda criada que sale y entra, y se granjea por tanto su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el antejo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie escapa. Para darle mas estension, es siempre casado, y la muger se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistentá*; es conocida por tal en el barrio: ¿se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la muger del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil

recados, en fin, extraordinarios? La muger del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la muger se reúnen y hacen fondo comun de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él sobre cualquier friolera le pega una paliza, y hasta el dia siguiente. Esto necesita esplicacion: los artesanos en general no se embriagan mas que el domingo y el lunes, algun dia entre semana, las pascuas, los dias de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los dias: esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se sube á las espaldas de la muger; es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos que enredan en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, muger, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *observe usted quién entra y quién sale de mi casa*. A la vuelta ya sabrá quién debe solo decir que ha estado, ó *habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento...* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolucion, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galan no puede entrar en la casa, y es preciso

que alguien entregue las cartas: el zapatero es hombre de bien, y por tanto no hay inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores, y los que persiguen á su muger de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazon tan firme para no aficionarse sino á los que mas pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de en frente, adonde ha ido un momento á echar un trago: semejante á la araña, tiende la tela en el portal y se retira á observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar desechos... pero éste regularmente es un ladron encubierto que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparacion con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aun una historia particular, que les haríamos si no temiésemos fastidiar á nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho mas: la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, á cuarto la pieza: la mercadera de *torrados* de la Ronda: el de los *tirantes y navajas*:

el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina: los comparsas del teatro, condenados eternamente á representar por dos reales, barbas, un pueblo numeroso entre seis ó siete: el infinito *corbatines y almohadillas*, que está en todos los cafés á un mismo tiempo; siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera: el barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda: esa multitud de *corredores de usura* que viven de llevar á empeñar y desempeñar: esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando dias y enhorabuena á gentes que no conocen: esa muchedumbre de maestros de lenguas á 30 reales y retratistas á 70 reales: todos los habitantes y revendedores del rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios? *Esas casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo... pero, no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto á costumbres y menudos oficios acaso son los mas picantes los que es forzoso callar: los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningun *oficio* reconozco *mas á menudo*, y sirva esto de conclusion, ningun *modo de vivir que dé menos de vivir*, que el de escribir para el público, y hacer versos para la gloria: mas menudo todavía el público que el oficio, es todo lo mas si para leerlo á usted le componen cien personas, y con respecto á la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

R. E.—Número 128.—6 de Julio.—1855.

LA CAZA.

Los tiempos en que la caza era á un mismo tiempo la ocupacion y la diversion de nuestros reyes y nuestros nobles, quedan ya bien lejos de nosotros: aquel sin número de empleados destinados á ese ejercicio que llenaban el palacio han desaparecido, dejando solo tras sí algun nombre que otro, alguna denominacion, fuera en el dia de su lugar. La invencion de la pólvora fue sin duda uno de los primeros golpes, casi mortales, para la antigua manera de cazar. ¿A qué mantener y educar costosamente varios halcones, cuando una menuda bola de plomo puede hacer en menos tiempo y sin precisa enseñanza el mismo camino? Las revoluciones, que han dejado apenas á los reyes tiempo para serlo, han venido despues á dar á ese ejercicio el último golpe de cachete; los sotos se han descuidado; las costumbres estrangeras se han introducido, y los teatros, los bailes, los cafés, el juego, los clubs y los periódicos han sustituido enteramente á aquella azarosa distraccion. En otros paises no han sido bastantes todas esas causas á destruirla; en Inglaterra, por ejemplo, magníficos parques, sostenidos y cuidados con el mismo esmero que todas las cosas inglesas, ofrecen aun abundante caza á los *gentlemen*, que dedican á sus locas batidas una estacion del año. En Alemania no es menor la

aficion, y en algunos otros puntos de Europa, como en el Tirol, se encuentran en punto á caza tiradores de sorprendente habilidad.

Entre nosotros Cárlos IV ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre en sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversion en la cual ya no tenian á quien remedar: en Espana, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos; pero no hay *caza* propiamente dicha, y solo en algun rincon de provincia da todavía esta antigua aficion señales de un resto de agonizante vida.

Una de las provincias á que esto puede aplicarse con mas razon es la Estremadura: destinada la mayor parte á dehesas para pasto, sumamente despoblada y cubierta de encinas, malezas y jarales, se puede decir que es casi toda ella un inmenso soto: agréguese á esto que no necesitando cultivo alguno ni laboreo la mayor parte de su terreno, gran parte de los hombres del pais no tienen mas modo de vivir que constituirse guardas de las dehesas de los señores, ó darse ellos mismos á la caza, atropellando todos los respetos de la propiedad, que en ninguna otra provincia está mas desconocida y haciendo la vida de los pueblos primitivos del hombre de la naturaleza: ni agricultura todavía, ni industria, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni bellas letras... caza para comer y cubrirse: hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras: la existencia y la fisonomía de estos seres son enteramente originales.

Al dejar Mérida el conde de ***, jóven de

una ilustracion y un talento poco comunes en su edad, de un patriotismo que ha probado en varias ocasiones, y de un trato superior á todo elogio, en cuya compañía habia salido de Madrid, me invitó á pasar unos dias en una de sus mejores posesiones, famosa en el pais por la abundancia de caza mayor y menor que encierra. No llevando en mi viaje ni prisa, ni objeto determinado, siéndome del todo indiferente matar el tiempo en una dehesa, en Badajoz ó fuera de España, y costándome por otra parte algun trabajo separarme tan pronto de una persona cuya amistad habia hecho para mí de un viaje árido un paseo delicioso, me decidí á admitir un convite que podia proporcionarme ademas una ocasion de estudiar la caza y los cazadores.

No tardamos en llegar al desierto que íbamos á habitar por algunos dias: una dehesa inmensa, empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y yerbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves, aves de todas especies y colores, todo esto junto, revuelto, y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, abullando, bramando, cantando, una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de dia color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lu-

cientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio: figúrese usted todo esto, añádale usted algún rebaño de ovejas y cabras trepando por la colina, tal cual vaca al parecer sin dueño, alguna yegua de un pastor seguida de sus potros, alguna mula, algún otro cuadrúpedo que no nombraré, diversas castas de perros, mastines, caseros y de caza, un gallinero en la cabaña de los guardas y un arroyo de cuando en cuando poblado de ruidosas ranas, y tendrá usted la representación perfecta de la creación.

La vivienda humana, la población más inmediata, está dos leguas, Ornachos, célebre en el país por sus naranjas, que pueden realmente competir, sino en el número, en la calidad con las mejores de Valencia, de Andalucía y de Portugal. Tanto éste como los demás pueblos del alrededor son enteramente cazadores, lo cual no puede menos de resultar en grave perjuicio de la misma caza, que diariamente se disminuye, y que acabará por desaparecer del todo.

El aspecto de uno de esos hombres que viven de la caza, llamados vulgarmente *corsarios*, no es menos original que su lenguaje. Un mal sombrerillo gacho amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra de piel; calzón de paño burdo; polaina ó botín de cuero; sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado un pedazo de piel, sin curtir, sujeto á la pierna con cordeles; una canana al rededor del cuerpo; un morral de piel; perdigonera y polvorín de cuerno y una escopeta sencilla, vieja, antiquísima, de cañón largo, de chispa, llena toda de remiendos y composturas, escopeta sin

embargo que ninguno de ellos cambiaria por otra de dos cañones y piston del mismo *Del-pire*, y escopeta que jamas les falta. Barba crecida; las pestañas y las cejas comidas de la intemperie, las manos y la cara como las de las fieras que persiguen, curtidas, sin pasiones, sin sentimientos, sin espresion: seres de los moates, sus facciones parecen rayas indeterminadas semejantes á las de la corteza de los árboles. No pregunte usted á este hombre si hay rey ó reina en Madrid, si es carlista ó liberal; si no, si hay caza en el monte. Despues de su frugal almuerzo, el corsario se lanza fuera de su choza alguna vez con reclamo, mas comunmente con perro, tan fiero y tan campesino como él, y nuevo Robinson del monte, le recorre, le devasta, le saquea, y corre á vender al pueblo inmediato por siete ú ocho cuartos el fruto del sudor de un dia, que él nunca come, sea por hastio, sea por remordimiento. ¿Por remordimiento? Precisamente: no puedo hallar otro origen á la diferencia que el hombre establece entre matar hombres y animales que su infinito amor propio: sin embargo, hay animales que valen mas que hombres, y hombres que deberian darse la enhorabuena sino fueran mas que animales.

217. Pero llega el domingo, dia anhelado por los empleados de la ciudad inmediata. ¿Es una pascua? Mejor: la batida durará tres dias: el sábado por la tarde se ensillan los caballos, se hacen provisiones, y en marcha. Se convocan los mejores escopetas y corsarios, aquellos para darles *ojeos* en competente número y cubrir todos

los *puestos*, y estos para dirigirlos y reconocer las *manchas* ó espesuras donde se alberga la caza. Aquella noche se pasa al hogar al rededor de una encina, oyendo al corsario mas experimentado: él explica la caza de la perdiz como la mas divertida y honorífica: la de los conejos al *aguardo* es pesada, y no se puede hacer sino á la madrugada y á la caída de la tarde: en tiempo de su cria, la mejor es la *chilla*: la *mancha* de la *tristeza*, que cae al oriente, es la mejor para liebres; en otro *manchon* hay venado ó *cochino*; pero ese no se puede cazar sin gran *recoba*, y todavía no se han traído todos los perros; él arregla los ojeos para el dia siguiente, y asainea en fin su conversacion con el relato útil de mil anécdotas de caza, con la variedad de los lances de su vida.

A la mañana con la aurora todo el mundo está alerta: los corsarios y escopetas, de pie y en rueda, hunden en un enorme caldero, despues de haberse santiguado, su cuchara de cuerno sin mango, sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar á la mano y de esta á la boca; repetida esta operacion hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va á dar la batalla: momento de confusion: nadie pide parecer, cada cual da el suyo: uno pide pólvora, otro perdigones, otro postas por si sale alguna res: en fin, se carga: los ojeadores, precedidos de un corsario, van á tomar la vuelta de la *mancha* ó espesura designada, y á rodearla, en tanto que los escopetas y cazadores, capitaneados por otro corsario inteligente, van á ocupar con el mayor silencio los puestos á la

parte contraria: allí estatuas de sí mismos, y árboles entre otros árboles, esperan traidoramente á las víctimas, que ahuyentadas y encaminadas á ellos por los palos y las voces de los ojeadores, vienen á ofrecerse al tiro, no teniendo otra salida que los puestos. Apurada una mancha se pasa á otra, y así sucesivamente. A media mañana se comen unas naranjas y se echa un trago: á las tres ó á las cuatro se recoge la gente á la casa, y se devora con apetito parte de la mortandad de la mañana: con el bocado en la boca, y con todo el calor del sol, se vuelve á la caza, se cena, se sueña con la caza, hombres y perros, y al día siguiente se repite la misma función.

Los escopetas y cazadores ejercitados matan; pero los aficionados principiantes ó se sobrecojen á la salida del *bicho* y pierden el momento favorable, ó se mueven y hacen torcer de su camino los animales maliciosos, ó tiran por fin demasiado pronto sin calcular el tiempo y la distancia, el vuelo recto de la perdiz, ó torcido de la paloma; en una palabra, no logran hacer dar á una liebre la vuelta de *campana*.

Concluida la batida se suman las piezas, se reúnen las tropas, se cruzan apuestas sobre el número de vencejos que matarán en el pueblo el día siguiente: hay quien se atreve á matar con bala, de doce nueve: se suceden las burlas y los denuestos entre los peritos, y los pobres aficionados se muerden los labios de despecho, y se vuelven á la ciudad con una insolación ó un tabardillo, la piel tostada, y con la perspectiva ante los ojos de los sarcasmos y las chanzas de

las damas que los esperan con impaciencia para vengarse de la soledad en que las ha dejado una diversion que por lo regular aborrecen como una rival que les roba sus víctimas y adoradores.

El cazador generalmente es infatigable: á la larga le sucede siempre alguna avería, ó pierde un ojo ó un dedo, ó se rompe un brazo, y diariamente por lo regular se hieren y se estropea bregando entre la maleza: el sol y el aire, el agua y el frio le combaten, los peligros le cercan; pero todo ello es nada á sus ojos. Haya que matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida, envidiable aun para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desnudo de ambicion y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la aficion á la caza es como el amor, que donde está ha de dominar. Es como ciertas enfermedades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo: el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él: en medio de su frenesí su podenco mismo entre las matas es un zorro: un compañero que bulle entre la jara es un ciervo: y el burro del ganadero que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe mas de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en faltarle alguna vez: su perro es su querida, su compañera, su muger. En cuanto á las ventajas apelamos á todo cazador viudo. La verdad, ¿cuál cuesta menos? ¿cuál vale mas?

Se entiende que estas circuntancias solo corresponden al verdadero cazador, al cazador de

batida, de ninguna manera al cazador de Madrid, que equipado de los pies á la cabeza de instrumentos de caza, seguido de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo por la puerta de Atocha, con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta á los gorriones de la pradera del Canal, y se vuelve molido y sudado al anochecer, despues de haber tenido que comprar algun conejo y una caña de alondras para

á casa

volver, como suele el conde

de Toledo, vencedor.

Este simulacro de cazador le ha descrito ya mejor que pudiera yo hacerlo mi antecesor el *Curioso Parlante*, y le dejaré por tanto descansar sobre sus comprados laureles.

Despues de haber sufrido á la intemperie ratos que hubieran sido muy pesados á no haberlos aligerado la compañía del conde, y de habernos ocupado seriamente unos cuantos dias en matar aquellos animales, que ni nos hacian daño, ni nos estorbaban, ni podian oponernos resistencia (si bien á mí me podia tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver á probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido, y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocacion, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

R. E.—Número 141.—19 de Julio.—1835.

IMPRESIONES DE UN VIAJE.

ULTIMA OJEADA SOBRE ESTREMADURA.—DESPEDIDA
A LA PATRIA.

Por fin, debia dejar la España, pero bien como el que se separa de una querida á quien ha debido por mucho tiempo su felicidad, no podia menos de volver frecuentemente la cabeza para dar una última ojeada á esa patria donde habia empezado á vivir, porque en ella habia empezado á sentir.

Uno de los puntos que antes de mi partida se ofrecieron á mi vista fue Alange, pueblecillo situado á la falda de una colina, y en una posicion sumamente pintoresca: esta villa, que dista pocas leguas de Mérida, posee una antigüedad sumamente curiosa: un baño romano de forma circular y enteramente subterráneo, cuya agua nace allí mismo, y que se mantiene en el propio estado en que debia de estar en tiempo de los procónsules; recibe su luz de arriba, y los habitantes, no menos instruidos en arqueología que los meridenses, le llaman tambien el *baño de los moros*. (*Véase nuestro artículo sobre antigüedades de Mérida.*)

La colocacion de este baño hace presumir que los romanos debieron de conocer las virtudes de las aguas termales de Alange. En el dia son todavía muy recomendadas, y hace pocos años se

ha construido en el centro de un vergel espesísimo de naranjos á la entrada de la poblacion una casa de baños, donde los enfermos, ó las personas que se bañan por gusto, pueden permanecer alojados y asistidos decentemente durante la temporada. El agua sale caliente, pero no se nota en su sabor, ni en su olor, ninguna diferencia esencial del agua comun. Los naturales me refirieron una de sus primeras virtudes populares. Los arroyos y pequeñas charcas que se forman en el pais de las aguas llovedizas, crian infinitas sanguijuelas, las cuales se introducen muchas veces en la boca de las caballerías y las desangran: en tales casos parece que con solo llevar el animal, acometido mal su grado del régimen brusista, al manantial terminal y hacerle beber del agua, los bichos sanguinarios sueltan la presa y dejan libre al paciente. En una nacion donde hay tanta sanguijuela, que como la de Horacio no se separa de su empleo, *nisi plena cruoris*, no parece inútil la publicacion de este sencillo modo de hacerles soltar la presa. Solo es de temer que no haya en todo Alange agua bastante para empezar.

Este pueblo, de fundacion árabe, posee además en lo alto de un cerro eminente los restos de un castillo moro, y á sus pies corre el Matachel, riachuelo ó torrente notable por la abundancia de adelfas que coronan sus márgenes.

Considerada la Estremadura históricamente ofrece al viajero multitud de recuerdos importantes y patrióticos, y hace un papel muy prin-

principal en nuestras conquistas del nuevo mundo: de ella salieron la mayor parte de nuestros héroes conquistadores. Hernán Cortés reconoce por patria á Medellín, y Pizarro á Trujillo. Este último pueblo conserva un carácter severo de antigüedad que llama la atención del viajero; los restos de sus murallas, y multitud de edificios particulares repartidos por toda la población, tienen un sello venerable de vejez para el artista que sabe leer la historia de los pueblos y descifrar en sus monumentos el carácter de cada época.

Pero considerada la Estremadura como país moderno en sus adelantos y en sus costumbres, es acaso la provincia mas atrasada de España, y de las que mas interes ofrecen al pasajero.

Si se exceptúa la Vera de Plasencia y algun otro punto, como Villafranca, en que se cultiva bastante la viña y el olivo, la agricultura es casi nula en Estremadura. La riqueza agrícola de la provincia consiste en sus inmensos yermos, en sus praderas y encinares, destinados á pastos de toda clase de ganados. Antes de la guerra de la independencia y del decaimiento de la cabaña española, las dehesas eran un manantial de riqueza para el país, y sobre esa base se han acumulado fortunas colosales. Ann en el día, produciendo mas la tierra de las dehesas que la puesta á labor, facilmente se concibe que la provincia debe de ser sumamente despoblada; y reasumida la poca riqueza en unos cuantos señores ó capitalistas, resulta una desigualdad inmensa en la division de la propiedad. El sistema de las dehesas es sumamente favorable

ademas á la caza, de suerte que el pobre no halla mas recurso que ser guarda de una posesion, cuando tiene favor para ello, ó darse á aquel ejercicio. Asi es que hay pueblos enteros que se mantienen como las sociedades primitivas, y que estan á dos dedos del estado de la naturaleza: ejercen su profesion asi en los terrenos de los *proprios* como en los de pertenencia particular: en ninguna provincia puede estar mas desconocido el derecho de propiedad.

El hombre del pueblo en Estremadura es indolente, perezoso, hijo de su clima, y en extremo sobrio. Pero franco y veraz, á la par que obsequioso y desinteresado. Se ocupa poco de intereses políticos, y encerrado en su vida oscura, no se presta á las turbulencias. Animada en el dia la provincia del mejor espíritu por la buena causa, si no hará gran peso en la balanza liberal, tampoco ofrecerá un foco ni un asilo á los traidores.

La industria no existe mas adelantada que la agricultura: alguna fábrica de cordelería, de cinta, de paño burdo, de bayeta, de sombreros y de curtidos (sobre todo en Zafra) para el consumo del pais, son las únicas escepciones á la regla general: por lo demas tampoco sus habitantes echan mucho de menos sus productos; las casas, miseramente alhajadas, no admiten superfluidad ninguna: si se exceptúan las pocas habitaciones de algunas personas de dinero y gusto, que en los pueblos principales hacen venir de fuera á gran costa cuanto necesitan, se puede asegurar que la vivienda de un extremeño es una verdadera posada, donde el cristiano no

puede menos de tener presente que hace en esta vida una simple peregrinacion, y no una estancia.

Una vez conocido el estado de la agricultura y de la industria, facil es deducir de cuán poca importancia será el comercio. Encerrada entre Castilla la Nueva, Portugal y Andalucía, sin rios navegables, sin canales, sin mas caminos que los indispensables para no ser una isla en medio de España, sin carruages, ni medios de conduccion, ¿quién podria traer á una provincia despoblada, y acostumbrada á carecer de todo, sus productos, en cambio de los cuales solo puede ofrecer á la esportacion alguna lana (porque es sabido que los mas de los ganados que gozan sus pastos no son estremeños), algun aceite que envia al Alentejo, algun cáñamo, miel, cera, piaras de cerdos y embuchados hechos de este precioso animal? El comercio de importacion es casi nulo; y la esportacion se podria reducir á la que se hace de ganados en la feria famosa de Trujillo, y á la que practican sus célebres choriceros en los mercados de Madrid. En el mismo Badajoz está muy espuesto el viajero á no encontrar nada de lo que necesite: si desgraciadamente no lleva consigo cuanto puede hacerle falta, ni encontrará un sombrero de buena calidad, ni calzado bien hecho, ni un sastre regular, ni unos guantes, en fin, cosidos en la capital. Algunas producciones escelentes de su suelo, como son las frutas, entre las cuales se distinguen las naranjas, el melon y la zandía, solo pueden servir al consumo del pais.

La carrera de Madrid á Badajoz, principal

camino de Estremadura, es una de las mas descuidadas é inseguras de España. En primer lugar no hay carruages; una endeble empresa sostiene la comunicacion por medio de galeras mensagerías aceleradas, que andan sesenta leguas en cinco dias; es decir, que para llegar mas pronto el mejor medio es apearse. Por otra parte son tales, que galeras por galeras, se les pudieran preferir las de los forzados: solo de quince en quince dias sale una especie de *coche-góndola* con honores de diligencia. Servida ademas esta empresa por criados medianamente selváticos é insolentes, no ofrece al pasagero los mayores atractivos: añádase á esto que por economía, ó por otras causas dificiles de penetrar, durante todo el viaje paran sus carruages en la posada peor de todo pueblo, donde hay mas de una.

En segundo lugar esas posadas, fieles á nuestras antiguas tradiciones, son por el estilo de la que nos pinta Moratin en una de sus comedias: todas las de la carrera rivalizan en miseria y desagrado, escepto la de Navalcarnero, que es peor y campea sola sin émulos ni rivales por su rara originalidad y su desmantelamiento: entiéndase que hablo solo de la que pertenece á la empresa de las mensagerías: habrá otras mejores tal vez: no es dificil.

En tercer lugar suele haber ladrones, y entre otras curiosidades que se van viendo por el camino (como por ejemplo el árbol en que fue ahorcado por su misma tropa el general San Juan en una época de exaltacion), mal pudiera olvidar los dos amenos sitios que se descubren antes de llegar á Mérida, comunmente llamados los

confesonarios, el *grande* y el *chico*: nombre verdaderamente original: él solo es la mejor pincelada con que el escritor de costumbres puede pintar á un pueblo: nombre lleno de poesía y de misterio: nombre que vale él solo mas que una novela: nombre impregnado de un orientalismo singular, y á la vez terrible, sublime é irónico, dado por un pueblo religioso á un asilo de bandidos. Los confesonarios son dos hondonadas inmediatas, dos pequeños valles dominados por todas partes y protegidos de la espesura, donde los foragidos *confiesan* á los pasajeros, donde los *pecados* son el dinero y la vida, y donde un *puñal* hace á la vez de absolucion y de penitencia. Niéguese á nuestro pueblo la imaginacion. Otros países producen poetas. En España el pueblo es poeta.

Sobre la orilla izquierda del Guadiana, al O. y á una legua de la frontera de Portugal, se encuentra á Badajoz, antigua capital de la Estremadura, y residencia de sus reyezuelos moros. Esta plaza fuerte, cuyas fortificaciones ofrecen una rara mezcla de diversos sistemas de fortificacion, ofrece al forastero en su mayor eminencia restos venerables de sus dominadores árabes: murallas, calles, casas, y hasta torres enteras, revelan otros tiempos y otras costumbres al viajero. A la parte del rio se ve el palacio llamado de Godoy.

Por lo demas Badajoz nada ofrece de curioso: ni una iglesia digna de ser vista, ni un cuadro en ellas de mediano pincel, ni una mala biblioteca, ni un colegio, ni un teatro, ni un paseo. No se puede llamar paseo á los árboles nacientes del Campo de San Francisco, debidos al

celo del general Anleo, ni al Campo de San Juan, pequeña plazuela en medio de la ciudad adornada de algunos árboles y bancos: ni teatro una especie de sala donde algunos aficionados, ó tal cual compañía ambulante, dan de cuando en cuando sus originales representaciones. La alameda de *Palmas* está abandonada por mal sana desde el cólera. El villar, el ejercicio de los Urbanos en el campo de San Roque, la retreta y dos ó tres cafés, son las distracciones de la población. Hay una fonda llamada, si mal no me acuerdo, de *las cuatro naciones. Menos naciones y mejor servicio*, puede uno decir al salir de ella.

La amabilidad sin embargo y el trato fino de las personas y familias principales de Badajoz compensan con usura las desventajas del pueblo, y si bien carece de atractivos para detener mucho tiempo en su seno al viajero, al mismo tiempo le es difícil á éste separarse de él sin un profundo sentimiento de gratitud por poco que haya conocido personas de Badajoz, y que haya tenido ocasion de recibir sus obsequios y de ser objeto de sus atenciones.

La costumbre que en todos los pueblos se conserva de blanquear casi diariamente las fachadas de las casas, les da un aspecto de novedad y de limpieza singulares: no hay edificio que perezca viejo: en una palabra, en Estremadura la casa es un ser animado que se lava la cara todos los dias.

Para pasar á Portugal se sale de Badajoz por la puerta de Palmas, y se pasa el Guadiana sobre un magnífico puente. No llamándome la

atencion nada en Estremadura , me decidí por fin á partir.

Era el 27 de mayo : el sol empezaba á dorar la campiña y las altas fortificaciones de Badajoz: al salir saludé el pabellon español , que en celebridad del dia ondeaba en la torre de Palmas. Media hora despues volví la cabeza : el pabellon ondeaba todavia : el Caya , arroyo que divide la España del Portugal , corria mansamente á mis pies : tendí por la última vez la vista sobre la Estremadura española : mil recuerdos personales me asaltaron : una sonrisa de indignacion y de desprecio quiso desplegar mis labios , pero sentí oprimirse mi corazon , y una lágrima se asomó á mis ojos.

Un minuto despues la patria quedaba atras , y arrebatado con la velocidad del viento , como si hubiera temido que un resto de antiguo afecto mal pagado le detuviera , ó le hiciera vacilar en su determinacion , espatriado corria los campos de Portugal. Entonces el escritor de costumbres no observaba : el hombre era solo el que sentia.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO TERCERO.

<i>La Sociedad.</i>	Pág.	I
<i>Un periódico nuevo.</i>		11
<i>La Policía.</i>		21
<i>Por ahora.</i>		28
<i>Literatura. — Poesías de Don Juan Bau-</i> <i>tista Alonso.</i>		33
<i>Carta de Figaro á su antiguo corresponsal.</i> . .		41
<i>El Hombre-globo.</i>		46
<i>La alabanza, ó que me prohiban este.</i>		56
<i>Un reo de muerte.</i>		64
<i>Una primera representacion.</i>		73
<i>La Diligencia.</i>		85
<i>El Duelo.</i>		95
<i>El Album.</i>		105
<i>Las antigüedades de Mérida: primer ar-</i> <i>tículo.</i>		113
<i>Idem: segundo artículo.</i>		119
<i>Los calaveras: artículo primero.</i>		129
<i>Idem: artículo segundo y conclusion.</i>		137
<i>Modos de vivir que no dan de vivir. —</i> <i>Oficios menudos.</i>		148
<i>La caza.</i>		161
<i>Impresiones de un viaje. — Ultima ojea-</i> <i>da sobre Estremadura. — Despedida á</i> <i>la Patria.</i>		170

883835

Judith Hodgson

29. 5. 1989

